

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 30 enero - 5 febrero 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il. Epoca - Número

GUERRA EN EL KREMLIN:

KRUTSCHEV O MALENKOV



MOLOTOV Y LOS MARISCALES A LA EXPECTATIVA

LA GUERRA PEQUEÑA ENTRE LAS "DOS CHINAS"

Formosa puede ser el polvorín de Asia (pág. 9)
Carta del director a don Florentino Pérez Embid (pág. 8) ● Gaudí y Wagner se dan cita en Barcelona (pág. 12) ● En Santander, usted no encontrará analfabetos, por Blanca Espinar enviado especial (pág. 16) ● Djilas y Dedijer, dos voces que rompen el silencio, por M. Blancó Tobío (pág. 21) ● Loa y gozo del africanismo español (pág. 25) ● Camilo José Cela en su cuartel general, por Enrique Ruiz García (pág. 27) ● Gaza y los campos de refugiados árabes, por F. P. de Cambra, enviado especial (pág. 32) ● Ramón Pérez de Ayala, 1955, por Jiménez Sutil (pág. 45) ● El libro que es menester leer: «Cartas de Bormann» (página 50) ● 800.000 hombres movilizados contra las contribuciones (página 53) ● La importancia de ser concejal en España (pág. 56)

TRONOS DE MISERIA, novela por Raúl Grien

SE PREPARAN LAS
LISTAS DE LAS
PROXIMAS "PURGAS"



Solo así
**PUDO
ENTERARSE**

Lo terrible de la halitosis (fetidez de aliento) es que quien la padece no se da cuenta de ello. Los demás, lo notan... y se alejan; pero nadie se atreve a decírselo. ¡Es tan violento! Sólo una casualidad puede hacerle enterarse.

Y, aún la persona más exageradamente limpia, puede padecer halitosis.

FRASCOS
DESDE
PTS. 7,50

NO LE OCURRIRA A USTED...

si tiene la precaución de enjuagarse, mañana y noche, con Antiséptico LISTERINE, que destruye las bacterias productoras de la halitosis.

LISTERINE

**NO ENMASCARA;
SUPRIME EL OLOR**



Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Concesionarios: FEDERICO BONET. S. A. - Infantas, 31 - Madrid



GUERRA EN EL KREMLIN: KRUTSCHEV O MALENKOV

SE PREPARAN LAS LISTAS DE LA PROXIMA "PURGA"

MOLOTOV Y LOS MARISCALES A LA EXPECTATIVA

HACE unos meses, EL ESPAÑOL, saliendo al paso de una serie de crónicas publicadas en el «New York Times» por Harrison Salisbury, afirmaba que nada fundamental había cambiado en Rusia con la muerte de Stalin. Lo contrario, justamente, de lo que decía el periodista americano, que auguraba la nueva etapa rusa como el fin del «endurecimiento» staliniano.

Nuestro semanario, al señalar que nada había cambiado en Rusia, afirmaba que nada había cambiado en los aspectos fundamentales. Es decir, que el partido comunista seguía siendo el imperativo y el eje de la cuestión. Al comentar las medidas de mayor elasticidad en el interior —que a Salisbury le parecían decisivas—, EL ESPAÑOL llegaba a la conclusión siguiente: son medidas dictadas por la necesidad. La lucha por el Poder sigue en pie.

De entonces para acá se han producido ya los hechos necesarios para reafirmar potencialmente aquella creencia. El «endurecimiento», si cabe decirlo, ha sido reforzado, y con él, una sucesiva ola de depuraciones. Nadie puede predecir a quién o a quiénes alcanzarán. El hecho cierto es que violenta y subterráneamente, los clanes rivales del partido se enfrentan en el Kremlin.

EL VATICINIO DE UN PERIODICO INGLES: «PARA SAN SILVESTRE NO VIVIRAN NI MALENKOV NI KRUTSCHEV»

La tormenta rusa, más que co-

nocerse por detalles concretos, que difícilmente traspasan la cortina del silencio, se puede adivinar por una serie de noticias aisladas. Los especialistas de la política soviética miran hacia el país esfinge a través de una serie de detalles aparentemente nimios para un occidental: el tamaño de letra con que los periódicos soviéticos destacan el nombre de un político; la forma con que «Pravda» califica, entre líneas, tal suceso.



Krutschhev, primer secretario del Comité Central del partido, alcanza hoy en la política interior de Rusia la más alta expectación en su duelo contra Malenkov

Cosa sabida es que las fotografías del 7 de noviembre, cuando las autoridades rusas se reúnen en torno al mausoleo de Lenin, son examinadas con la misma atención que se examinaría, al microscopio, un nuevo tejido celular. Pues bien; ese análisis que cada año se registra en las Cancillerías, no hace otra cosa que auscultar, por el grado, punto y situación de los retratados, la posición de determinada figura en la vida rusa. Cualquier cambio, cualquier ligera alteración, puede significar la pérdida de una cabeza.

Que el hecho no es exagerado lo demuestra el que la subida de Malenkov o de Krutschhev, actual secretario del partido, se anticipó en apariciones públicas imprevistas. En un discurso, en una reunión. La cámara fotográfica preparaba a los ciudadanos para recibir figuras que no conocía apenas. En el ambiente «robotizado» de Rusia todo tiene importancia.

Por eso, una frase ha dado la vuelta, con enorme rapidez y éxito, por el mundo: «Para San Silvestre no vivirán Malenkov ni Krutschhev».

Aun separando lo que haya de exceso en el augurio, no cabe duda que responde a un clima. La lucha ha comenzado.

EL MISTERIO DE LAS DESAPARICIONES

En los dos años que han transcurrido desde la muerte de Stalin no ha dejado de existir nunca el terror.

El primer acto de la tragedia que ahora apuntan los «sismógrafos de las explosiones rusas», comienza con una serie sucesiva de desapariciones en Leningrado entre los años 1948 y 1949.

Las desapariciones, los raptos, afectaron a los altos funcionarios políticos de Leningrado. Entre ellos moría, «de muerte natural» soviética—dice un periodista francés—, el hasta entonces prepotente mariscal Jdanov.

Pero la desaparición, la muerte o el envío a un campo de concentración, son, después de todo, cosas habituales. Sin embargo el expediente del «dossier Leningrado» ha comenzado a tener su importancia política. A través de él

se puede percibir, con su entera violencia, el paisaje íntimo de las últimas horas rusas. ¿Qué ha ocurrido para que sea así?

Antes de comenzar con ellos, situemos al lector ante un caso parecido.

Todo el mundo recuerda la condena que los Tribunales rusos hicieron de los «criminales de la blusa blanca». Estos eran una serie de médicos considerados presuntos asesinos de varias personalidades políticas del Kremlin. Se había demostrado hasta la saciedad su culpabilidad—al menos, la aparente—, cuando, bruscamente, ocurre la muerte de Stalin. Da comienzo con ella la segunda parte del proceso.

Los «médicos criminales» son rehabilitados y declarados totalmente inocentes de cualquier clase de actos delictivos. La señora de Molotov, también condenada, vuelve del exilio. ¿Qué significa todo eso? Significa, simplemente, que la máquina comienza de nuevo a girar; pero, en esa ocasión, hacia atrás. Se trata de uno de los clásicos cambios de ruta. El resultado fue tan claro como brutal: Beria quedó triturado. Lo que importa menos, como vemos, es la justicia en sí. Sino lo que impulsa, en determinado momento, a la gran máquina de triturar.

Ese es el gran juego.

Y ahora, ¿qué ocurre? Pues ocurre, sencillamente, que aquellas desapariciones de 1948 y de 1949 han llevado ante los fusiles a una serie de hombres y, subterráneamente, a una persona en particular: a Malenkov.

FUSILAMIENTO DEL GENERAL ABAKUMOV

Puestos en ese trance de que todo es síntoma, no cabe negar la importancia del juicio seguido contra el general Víctor S. Abakumov.

Este hombre fué, ha sido, jefe de la Sección «Smerch», dedicada a misiones de represalia y peligro. De un lado, tenía a su cargo los raptos, desapariciones—tanto en el interior como en el exterior—y las represiones. Fuerza oculta, pues, de tan enorme importancia, que no podía pasar inadvertida. Por esa Sección han pasado las más extrañas y enigmáticas aventuras.

El general Abakumov ha sido,

de igual forma, ministro de la Seguridad del Estado. Cuando Stalin le encarga la depuración de Leningrado, una figura está siempre detrás de él: esa figura es Malenkov.

De ahí, naturalmente, la importancia que se ha dado en el mundo al juicio y a la condena de Abakumov y a la de los tres altos funcionarios del ministerio de Seguridad del Estado que han muerto a su lado. «Abakumov—dicen los especialistas—fué el martillo de la venganza. El hecho de ser ejecutado y enterrado bajo el estigma mismo que el de Beria parece un agrio mensaje para Malenkov.»

MALENKOV TIENE EL «COLOR DEL KREMLIN»

De Malenkov se ha dicho que tiene el «color del Kremlin». El palido color del hombre que no ha abandonado nunca sus muros. Así es, en efecto. Malenkov no ha abandonado, durante años, su despacho del Kremlin, ocupado incansablemente en compulsar sus famosos ficheros.

Una de las tareas de Malenkov cerca de Stalin consistió, durante años, en poner al día las fichas de los militantes, de alto a bajo, de la escala del partido. Secretamente, sin ruido, pacientemente, registraba en las fichas la menor falta. Hacía observaciones en ellas sobre las pasiones de cada uno de los afiliados, incluyendo en ellas también sus debilidades.

Después de la muerte de Lenin, durante el periodo en el que fueron liquidados despiadadamente los componentes de los primeros cuadros, Trotsky, Zinoviev, Kamanev, Bujarin y Rykov, igual que sus amigos y partidarios, Stalin y su fiel colaborador «terrorizaban los cuadros del partido con la constante y terrible eficacia de una vigilancia que quedaba reflejada en las fichas.

Mientras se preparaban las «purgas» y los procesos históricos, detrás de los investigadores y de Vichinsky, procurador general, se encontraba Malenkov entregando los documentos decisivos, cumpliendo sistemáticamente las órdenes de Stalin.

Esta ocupación, conocida por todo el cuadro del partido comu-

nista, se reflejó otra vez en el caso de las desapariciones de Leningrado.

El juicio y la muerte de Abakumov parece apuntar, antes que a nadie, al presidente del Consejo.

No se puede rechazar, como una imagen completa de lo que significan las duras y terribles luchas subterráneas por el Poder, la desarrollada, nada más ser enterrado Stalin, entre Beria y Malenkov.

Aquel combate duró cuatro meses. La caída de Beria responde a una lógica implacable. Para los jefes stalinianos, la coexistencia, tanto en el exterior como en el interior, no es ni puede ser otra cosa que un medio para ganar tiempo y conquistar posiciones más sólidas.

¿Qué factores o qué fuerzas intervinieron en aquellos momentos? En el caso de Beria, la intervención de Molotov—elemento de equilibrio—debó ser decisiva. La casta militar representada por Bulganin, Joukov, Vassilievski y Vorochilov, aparecía también como elemento de equilibrio esperando ver lo que ocurría.

Aquella situación, pues, de hace escasamente dos años vuelve a encontrarse en el mismo punto muerto. Molotov es considerado por el Ejército. El mariscal Bulganin ha contribuido, con él, a elaborar mucha de la estrategia exterior de Rusia. Bulganin, que no era un militar de carrera (procede de la Tchéca), proclamaba en 1945 una tesis militar y política de la guerra. Decía entonces: «Es preciso utilizar las debilidades de los adversarios y utilizar cualquier clase de fuerzas que les sean contrarias. Nuestra estrategia es la «guerra permanente». Es preciso mantener al mundo en estado de guerra permanente, haciendo nacer pequeñas guerras locales y provocar todos los problemas que sean precisos para ello, utilizar para estos fines a los satélites, para evitar así comprometer a la U. R. S. S., al menos por el instante...»

Mientras se resuelve directamente el predominio total de uno solo sobre «la dirección colectiva», los retratos de los miembros del Presidium están repartidos de



Una manifestación comunista desfila con grandes retratos de los «amos rusos». Stalin, Lenin, Malenkov y Beria, cuando aun brillaba la estrella política de este último.



Sergio Kruglov, ministro del Interior y jefe de la Policía secreta, «digno» sucesor del «fallecido» Beria

tal manera en las salas del Kremlin, que nadie conseguirá señalar jerarquía ninguna entre ellos. Ninguno sobresale.

KRUTSCHEV, EL HOMBRE RECIÉN ASCENDIDO

Aunque Malenkov, al principio, se reservó también la Secretaría del partido, esto fué por poco tiempo. El 14 de marzo de 1953, el Comité Central se reunió para celebrar una conferencia secreta en el Kremlin. Por unas u otras razones no se anunció los resultados en ella obtenidos, hasta el día 20, es decir, casi una semana más tarde. Según el comunicado que dieron, resultó que Malenkov, a «petición propia», renunciaba al cargo de secretario general en favor de Krutschev.

En seis meses, Krutschev, que se dice es cuñado de Malenkov, había escalado los más altos puestos. Era un hombre ascendido repentinamente. Nadie sabía bien cuál iba a ser su función verdadera cuando en septiembre de 1953 comenzaron a señalarse los objetivos iniciales de su obra. Primero, una gran campaña sobre la agricultura rusa. En segundo lugar, Nicolás Krutschev tenía a su cargo la coordinación política de los países satélites.

A los treinta y ocho años de revolución comienza Krutschev la batalla del pan. Las declaraciones del nuevo hombre significan una bomba sobre la propaganda. Según las estadísticas que proporciona, puede conocer un mundo estupefacto que la economía rural soviética, continuaba, en muchos aspectos, inferior a la de los zares.

Y esta noticia no es un capricho de la redacción. Es un testimonio que proporciona el secretario del partido comunista ruso.

La crisis alimenticia, caballo de batalla siempre en la U. R. S. S., comienza a tener, otra vez de

nuevo, su gigantesca importancia.

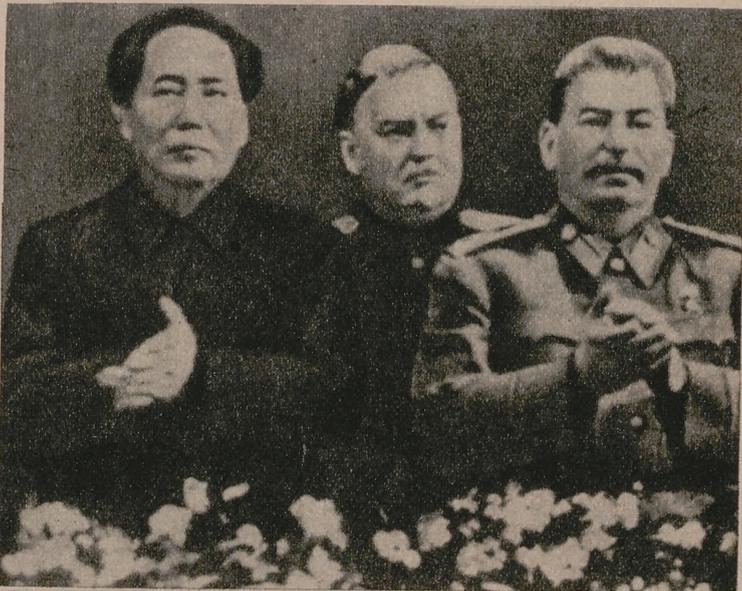
Krutschev y Mikoayan, ministro de Comercio, están cogidos en la ratonera de su propia osadía. «Pravda» ha comenzado ya la insinuosa campaña contra ellos. Parece, aparentemente, que se trata de una leve crítica; pero teniendo en cuenta el sistema ruso, no hay nada de eso. Se trata, evidentemente, de la creación de un clima. Son detalles insignificantes, muestras de una serie de eslabones. Pero lo cierto es que la lucha subterránea no cesa.

El general Kruglov, responsable directo del aparato de la M. V. D. (ministerio del Interior), está con

Krutschev. Pero el M. G. B. (Seguridad del Estado) está con Malenkov. La lucha de los clanes, impulsados por un simple instinto de conservación, parecen dispuestos ya a buscar, como en el caso de Beria, una decisión.

LA CAIDA DE MIKOYAN, EL GRAN ALDABONAZO

Krutschev, el hombre de a batalla por el pan, tenía a su lado, como hemos visto, a Mikoyan. Contra los dos se ha abierto el fuego directo de «Pravda», y ello cuando llegaban al mundo las declaraciones de Krutschev, secretario del partido, al publicista americano J. D. Bernal, que visitara Rusia en septiembre. En ellas



Mao Tsé Tung, líder de la China roja, presunta Tito de la política expansionista rusa en Asia, bate palmas acompañado de Stalin. Bulganin observa



decía, por ejemplo, «que estaba dando los pasos para proporcionar, en un plazo de dos o tres años, artículos de consumo popular al pueblo...» La declaración de la sorprendente penuria después de la carga de la propaganda.

Pero la rueda de triturar no da tiempo a nada. Mikoyan, ministro de Comercio, no ha tenido tiempo para la defensa. El Presidium del Soviet Supremo «ha aceptado su dimisión» y ha sido relevado por Paulov.

¿Qué señal es ésta? ¿En qué posición queda Krutchev? No se pueden adelantar juicios, porque los rayos de la invisible tormenta de las depuraciones se suceden instantáneamente. Lo cierto es que la depuración comienza a tener aire «anti-Beria», es decir, una represalia antigeorgiana, ya que en esta región existían todavía partidarios de este último.

LA REUNION DEL SOVIET SUPREMO Y LA LLEGADA DE LOS EMBAJADORES RUSOS

Molotov ha convocado al Kremlin a los embajadores rusos en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Canadá e Italia. Se trata de una conferencia extraordinaria. ¿Se hablará de Formosa y de China? ¿De la nueva situación estratégica o se trata simplemente de examinar en conjunto la situación después de los Acuerdos de París?

Así estaban las cosas cuando Vorochilov convoca para el 3 de febrero el Soviet Supremo. La sesión se desarrollará dentro de las murallas del Kremlin, en un viejo palacio. Allí se reunirán las dos Cámaras. El Soviet de la Unión y el Consejo de las Nacionalidades.

Todo ello augurio sobre augurio de que la máquina no está satisfecha.

EL «ENDURECIMIENTO»

El examen frío de las nuevas disposiciones y «slogans» para el año político ruso no pueden ser más claros. Se ha acabado, de raíz, con la bonanza de los primeros meses después de la muerte de Stalin, que de forma tan escandalosa sorprendió al mundo occidental.

A la muerte del «padrecito» Stalin, los seguidores y favoritos de la «herencia» se dieron cita ante el cadáver como cuervos sobre la presa. Krutchev, que aparece el primero en la segunda fila, se ha situado hoy en el primer plano de una lucha que promete ser muy interesante

«El «slogan» 52 que en 1953 recomendaba a los funcionarios estar «llenos de solicitud para las necesidades de los trabajadores», recomienda este año, exclusivamente, la necesidad de «reforzar la disciplina del Estado».

Desaparecen, aunque no hubiera sido nada más que una fórmula de buenas palabras—y que tanto sorprendió al corresponsal en Moscú Harrison Salisbury—, los derechos del ciudadano soviético. El régimen vuelve al stalinismo.»

«El «Manual de Economía Política Rusa»—dice un escritor francés—, que se encuentra a la venta, no hace ninguna alusión a la «coexistencia pacífica», y afirma, al contrario, que los sistemas soviético y capitalista son incompatibles.»

Todo ello, cuando dicha fórmula ha servido para llenar de esperanza y de irresolución muchas actitudes occidentales.

Pero el «endurecimiento» es una necesidad. Al hacerse en el interior—porque allí va la vida en ello—, la rigidez se extiende automáticamente al exterior, al mundo.

Prueba de ello es la actitud de China. Aunque el caso de China sea un caso aparte.

LA ACTITUD DE MAO TSE TUNG

¿Cuál es verdaderamente la actitud de Mao con relación a Rusia? Una respuesta exacta sería importantísima para el mundo li-

bre. Pero, al menos, se pueden adelantar algunas circunstancias.

La situación particular y expresa de Mao Tse Tung puede entenderse de la siguiente forma:

En primer lugar, Mao Tse Tung ha llegado al Poder por sus propios medios, es decir, sin haber tenido que utilizar el Ejército rojo, como ha ocurrido, sencillamente, con el resto de los países satélites.

En segundo lugar, Mao Tse Tung, que se consideraba en vida de Stalin el «segundo», se considera, hoy en día, el primero.

Aparece, pues, aquí una baza política de excepcional importancia en los propios asuntos internos de Rusia. China probablemente, puede influir directamente en la lucha de clanes. Y quien tiene que saber esto de forma ampliamente clara es Krutchev, quien, como coordinador de la política rusa con el resto de los países comunistas, ha tratado directamente con Pekín.

Los acontecimientos de Formosa, la dureza empleada con relación al asunto de los aviadores americanos prisioneros, demuestran claramente que China está decidida también por el «endurecimiento». El viejo plan de Inglaterra de conquistar los mercados chinos, plan al que sacrificó, evidentemente, hasta las últimas posibilidades de defensa del sudeste asiático, se derrumba completamente.

Las circunstancias hacen pensar que, tanto Rusia como China, al menos provisionalmente, no han hecho otra cosa—durante las últimas reuniones—que asignarse mutuas esferas de influencia. El Pandit Nehru, que visitó Pekín recientemente, ¿firmó, a su regreso, que le asombró el clima bélico de la ciudad.

El hecho cierto es que Moscú y Pekín, aunque por distintas circunstancias, son hoy puntos neurálgicos del mundo. ¿En qué sentido las alteraciones que ocurren en Rusia afectarán a China?

La situación penosísima de la agricultura, de la batalla del pan, en Rusia, no deja de tener su importancia. Puede ser que juegue, en la lucha por el Poder, un papel decisivo. Pero las cabezas rodarán.

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

EN LA LINEA RECTA

CON un interés frecuentemente morboso se especula en el extranjero sobre cuestiones y problemas que nos afectan única y exclusivamente a los españoles. También es cierto que, en el fondo, este interés por las cosas españolas tiene su fundamento en un hecho realmente importante, es decir, en que el papel de España se cotiza por amigos y adversarios cada día más.

En estos días precisamente registramos este fenómeno en sus más variadas versiones. A través de ciertos sectores de la Prensa internacional conocemos cómo se ha pretendido urdir nuevamente la esperanza de que, en el futuro, España puede experimentar un cambio en su estructura y orientación políticas, cambio del que algunos centros de opinión extranjeros esperan nuestro debilitamiento, que ellos volverían a aprovechar en su beneficio como lo aprovecharon en otros tiempos.

La entrevista de S. E. el Jefe del Estado con el conde de Barcelona y la reanudación de sus estudios por el príncipe don Juan Carlos han sido los datos y la ocasión utilizados para levantar las aludidas especulaciones.

Ya en el mensaje que el Caudillo dirigió a los españoles el último día del pasado año quedó, una vez más, perfectamente esclarecida y razonada la única respuesta legítima y aceptable sobre el sistema sucesorio establecido en España y refrendado por la voluntad unánime de los españoles.

Levantar un problema donde no existe o es una torpeza o es una jugada sucia. Frente a las posibles torpezas, a las inconjables concupiscencias o las especulaciones morbosas y malintencionadas, Franco ha estimado oportuno salir al paso con su autorizada palabra a cualquier desorientación que aquellas pudieran producir en el interior.

Los supuestos sobre que descansa la Ley de Sucesión y lo en ella preceptuado y previsto, el Caudillo los ha concretado en unos puntos fundamentales, que podemos resumir en los siguientes:

«No hay institución, dentro de lo humano, que pueda por sí misma garantizar el futuro.»

«Sólo el patriotismo, la reciedumbre y la virilidad del propio pueblo puede asegurárnoslo.»

«Nuestras instituciones se hallan firmemente arraigadas y perfectamente definidas.»

«Lo importante de las instituciones no es el nombre, sino el contenido.»

«La Monarquía que en nuestra Nación pueda

un día instaurarse no puede confundirse con la liberal y parlamentaria», sino que ha de encarnar «los principios de unidad y autoridad templados por los de nuestra confesionalidad católica».

«La Ley nos ofrece soluciones para el caso en que el camino natural de la sucesión no fuese posible.»

Ya en otras ocasiones hemos explicado cómo este camino es la jefatura de un Regente que ejercería su mandato no necesariamente en representación de otro, sino que puede ejercerlo, de acuerdo con la ley de Sucesión, de un modo permanente.

La regencia como institución y no como medida o procedimiento para una situación simplemente transitoria y con carácter de interinidad es una previsión que implica un auténtico avance y progreso en el derecho político.

La base de la futura Monarquía estará en la «legitimidad de ejercicio», que estará determinada por la fidelidad y la lealtad al contenido político, social, espiritual, religioso e institucional del Movimiento Nacional.

Quien suceda, sucederá a Francisco Franco, y no a otro; por lo tanto, «la sucesión legítima del Movimiento Nacional es únicamente el propio Movimiento Nacional sin mixtificaciones», con fidelidad siempre perenne a su doctrina, a su sistema político, «a las fuerzas que lo integran y a cuantos aportaron su sangre y sus esfuerzos para la victoria».

Se trata, por lo tanto, de un camino claramente trazado y abierto dentro del cuadro general y completo de las instituciones creadas o recuperadas por el Movimiento Nacional.

Cualquier otro camino sería ilegítimo e inaceptable. Las etapas que esta cuestión fué exigiendo cubrir, han sido cubiertas en su momento oportuno y en la hora precisa. Ningún otro acto ni reconocimiento formal se ha tratado de realizar sino los que la necesidad, la conveniencia o el mejor ordenamiento de los intereses nacionales han ido aconsejando. Se marcha dentro y por el camino de una misma e inalterable línea política iniciada y desarrollada de acuerdo solamente con las previsiones que nuestras leyes demandan y las consecuencias que de ellas naturalmente se derivan, distinguiendo con una prudentísima sabiduría política entre lo que es primario, fundamental y esencial y lo que no puede recibir tan alta calificación.

EL ESPAÑOL

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

SIDEESEA CONOCER

**POESIA
ESPAÑOLA**

**LA MEJOR REVISTA
LITERARIA, QUE SOLO
CUESTA DIEZ PESETAS**

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON FLORENTINO PEREZ EMBID

UNO ha visto crecer a don Luis Ponce de León, engordársele la faz y caerle el pelo. Uno le ha visto apenas adolescente en la Escuela de Periodismo de «El Debate», después creo le han visto como estudiante en la Facultad de Medicina de Granada, y uno lo ha visto luego en el sanatorio Iturralde, de Carabanchel, como doctor experto en fisiología antes de que las hidrácidas anularan la poesía macabra que pudo haber dentro de la tuberculosis. Sin embargo, el Luis Ponce de León de 1935 es el mismo al Luis Ponce de León de 1941 e idéntico al Luis Ponce de León de 1943 y 1955, o sea, al director de la revista «Ateneo». Año pudo disfrazar su primerísima juventud con la petulancia de una pipa y el asomo de una chalina, cuando simultaneaba sus clases de periodista con el alumnado de Filosofía y Letras, editando una publicación literaria, cuyo mecenazgo retrasaba su liquidación mensual con la patrona para pagar al impresor más acuciente, pero aunque ya no fume en cachimba ni tampoco use la corbata del desaliño pos-romántico, Luis Ponce de León es un español de una pieza, con el orgullo heráldico de su apellido, con su inteligencia rutilante, un amorosísimo padre de familia. La familia no es la generación, porque toda generación nos quiere aparecer espontánea, como nacían las moscas de los estercoleros y las epidemias y las pestes, antes de que se inventase la bacteriología y hubiera la justa generosidad de no olvidar a los padres. Las generaciones se comían las unas a las otras, por lo menos con el deseo y con la diatriba iconoclasta, de igual manera que en las tribus primitivas el parricidio más que un crimen era una ceremonia ritual. El concepto de generación, a pesar de su aspecto fecundo, era una llamada a la degollación de los viejos, era un concepto implacable del materialismo histórico, era la venganza marxista de la masa y del recién presentado en sociedad contra el hombre, contra el propietario, contra el antepasado.

Es más viril y más verdadero el concepto de promoción, puesto que las generaciones, no obstante su ritmo vital de treinta años que descubrió Herodoto, son algo antojadizo y caprichoso que se le ocurre a cualquiera que saca a la generación del palo de una escoba y la hace girar en torno de alguna coincidencia; mientras que las promociones existen, pues salen cada curso de los seminarios, de las escuelas profesionales, de las academias militares, de las universidades, de los colegios, de los talleres. Pertenecer a una promoción es algo concreto que se puede comprobar con un certificado, con un título, con un diploma. Todavía no se han puesto de acuerdo los escritores enrolados en la generación del 98 en reconocer cuántos pertenecen a la misma y si aun esa generación existe; pero, en cambio, hay los compañeros de promoción del Caudillo, como los médicos que se retrataron a la vez que don Luis Ponce de León para figurar en la orla universitaria de su licenciatura. La promoción nos da un sentido claro y ascendente de movimiento, mientras que la generación no ha perdido un significado oscuro de placenta. Ahora bien, toda promoción requiere un promotor, el hábito de una persona estimulante; en tanto que dentro de la generación todos deben ser iguales, iguales para hoy, iguales para mañana; porque de otro modo las generaciones mansas, tercas, femeninas y sin fantasía, desaparecerían. Desde el principio del mundo hasta el fin del mundo se ha desarrollado y desarrollará una sola y única generación que ha recibido diversos nombres y ha desenvuelto su uniformidad, su continuidad, en distintas lenguas. Las promociones cambian, se alteran, suben, bajan, ascienden y estrenean su primer hábito. Siempre se gradúa, viste la toga civil o se enfunda en un traje nuevo una última promoción, que es el concepto y la divisa utilizado para que la Joven Guardia suceda a la Vieja Guardia, y que em-

plea don Luis Ponce de León con su admirable instinto propagandístico.

En ciento sesenta páginas de la revista «Ateneo» (de la cual Ponce de León es el director) desfilan ciento once historiadores, políticos, economistas, músicos, ensayistas, articulistas, críticos, novelistas, cuentistas, humoristas y autores teatrales; es decir, la última promoción de la que Luis Ponce de León es el promotor, gracias a su espléndido mecenazgo. La cosa y la suma (esto es, la cifra cabalística de los tres unos, del 111) tiene su importancia, pero la tienda superior si se consideran las partidas de bautismo de todos vosotros, pues la inclusión y la exclusión se ha efectuado partiendo del año 1918. ¿Por qué ese año y no otro año? ¿Por qué el año de tu nacimiento y el año del nacimiento de don Luis, y no el año anterior o el año siguiente? Me acuerdo de cómo fué el año 1918, pero también me acuerdo del año 1917 y del año 1919. En 1917 estubo en un tris que los Aliados perdieran la guerra, y para evitar este fracaso personal se desencadenó la Revolución rusa, mientras que en España atizaban la huelga de agosto de 1917 y se fundaba «El Sol» en el mes de diciembre. El 1919 fué el año de la paz, de la paz de Versalles, una paz tan contrahecha, tan a disgusto de vencedores y vencidos, que en aquel año comenzaron a organizarse aquellas reacciones nacionales (en primer lugar contra el stvietismo, y en segundo lugar contra la injusticia de los tratados) que se llamaron con la palabra genéricamente italiana de fascismos. 1919 fué el año de la cervecería de Munich acogiendo al Hitler de la plaza del Santo Sepulcro como catapulta y premonición del que no tiene tumba para Mussolini. El año en que Codreanu convocaba a sus camaradas en los bosques rumanos y José Antonio Primo de Rivera fundaba una institución estudiantil en el caserón de la calle Ancha de San Bernardo.

Recuerdo que en 1918 los muchachos con afición política seguimos la crisis que culminó en el Gobierno nacional de don Antonio Maura, y que estos muchachos leímos la Prensa de aquel otoño con la emoción de enterarnos de las noticias de la gripe y del fin de la guerra mundial al cabo de un armisticio. La atmósfera estaba infectada, convulsa, y sólo recuerdo confusamente que vi una fotografía con cierto jocundo buen humor galo en la que don José Ortega y Gasset se refocilaba por la victoria aliada, retratándose junto a una bandera tricolor y a una matrona que representaba a Mariana. El espectáculo no podía alegrar a mi niñez, como tampoco a mi juventud, que se tuvieron que convertir en beligerantes para no extrañarnos entre el estoicismo y el colonaje. Nosotros somos nosotros, que es una perogrullada, y que es una frase que pronunció en medio de inmensos aplausos don Antonio Maura en un mitin de Valladolid. Hemos sufrido la presión de la posguerra del 18, con su cohorte de evasiones artísticas y literarias, la descomposición de la dinastía que segregó la República (igualmente francesa) del 14 de abril, el Frente Popular con la invitación de un viaje a Citearea, pero que era la antesala del tigr en la nuca y la subasta de nuestra Patria al peor postor. Pero también hemos tenido a Francisco Franco, que vale más que todos esos elementos negativos. A partir de 1936, pero, sobre todo, desde 1939, pudisteis ponerlos a escribir. Yo tuve fe en un renacimiento universal de la poesía española, como anticipaba en el prólogo de 1938 al libro de versos de José María Castroviejo titulado «Altura». Yo confié en que la novela española sería algo grande y hermoso, entregándole EL ESPAÑOL de 1942 para que publicasen a la par tres novelistas. Yo estaba seguro de nuestro teatro y de nuestro cine, para los que creamos «Fantasía», donde semanalmente se manifestaba nuestra vena creadora a través de obras teatrales y guiones. Yo traje a Luis Ponce de León a EL ESPAÑOL de hace trece años, y te esperaba, Florentino, como al español que iba a ponerse al frente de ciento diez españoles. La última promoción es la vuestra, la que avanza sobre la llanura sin obstáculos del Movimiento. Nuestra promoción os saludó y os despide desde su relevo.

LA PEQUEÑA GUERRA DE LAS "DOS CHINAS"



FORMOSA SE HA CONVERTIDO EN EL POLVORIN DE ASIA

¿Vamos a asistir a un singular duelo entre "juncos" rojos y portaaviones de 35.000 toneladas?

CUANDO el general y ex secretario de Estado de los Estados Unidos, Marshall, regresó de su viaje de inspección por la China nacionalista, cuando ya los Ejércitos de Chu-Teh estaban a un paso de la victoria final, presentó en Washington un informe confidencial que más adelante fué dado a la publicidad, al menos parcialmente. El informe de Marshall era descorazonador. Decía que en China no había nada que hacer; que la guerra civil terminaría a favor de los comunistas y que lo mejor era retirarse y dar por perdida esta causa. Es más: había llegado a la conclusión de que, quienquiera que se hiciese dueño del país, nunca lograría hacerse del todo con él, dada su vastedad y su desorganización. Suponía que no habría régimen en el mundo capaz de poner orden en aquel caos humano y geográfico.

De este informe de Marshall y de otro del general Wedemeyer nació en Washington la tesis del abandonismo de China. En aquella época no se le dió excesiva importancia a la cosa, porque además circulaba por el mundo el criterio de que los comunistas chinos, de los que apenas se sabía nada, no eran tales comunistas, como los entendemos en el mundo occidental, sino «meros reformadores agrarios». Casi nadie sabía entonces quiénes eran Mao-Tse-Tung, Chu-En-Lai, Chu-The, Li-Li-San y demás «bonzos» amarillos.

Los rusos y sus agentes tuvieron la suficiente habilidad, en efecto, para disfrazar a sus colegas chinos bajo la inofensiva etiqueta de «reformadores agrarios». En la conferencia de cancilleres de Moscú, Molotov dijo de ellos, despreciativamente, que eran «oleomargarinas». En los Estados Unidos contribuyó a difundir es-



Arriba: Fuerzas nacionalistas chinas desfilan en Taipei.—Abajo: Artilleros de un buque de guerra norteamericano en aguas de Formosa

te disfraz la famosa escritora Agnes Smedley, y cuando el servicio de información del general Douglas McArthur en Extremo Oriente, dirigido a la sazón por el general Charles A. Willoughby, denunció a la Smedley como agente comunista, la Prensa norteamericana puso el grito en el cielo defendiéndola.

Poco después, la Smedley falleció en Londres, y en su testamento dejó establecido que sus cenizas fuesen enviadas a Pekín para ser enterradas juntamente

con las de los héroes de la revolución roja.

El asunto del abandono de China por los Estados Unidos ha dado lugar a una abundante bibliografía, en la que figuran muchos documentos para la Historia. Pero de una manera formal nunca se han exigido responsabilidades a nadie. La verdad es que

eran muy pocas las personas que sabían cómo iba a evolucionar el nuevo régimen de Pekín; pero unas se callaron y otras no fueron escuchadas. Había de pasar aún algún tiempo antes de que en Washington se viera con claridad que los comunistas chinos no eran precisamente «oleomargarina», ni inocentes reformadores agrarios.

Una de esas pocas personas que leyó con clarividencia en el parvenir fué Douglas McArthur. Pero ya saben ustedes lo que pasó: Truman, después de la histórica entrevista de Wake, le destituyó. Las ideas que entonces tenía el héroe de Bataan sobre la forma en que debían ser tratados los chinos acababan de ser refrendadas ahora por el Presidente Eisenhower. Sólo que después de haberse perdido Corea y el norte del Viet-Nam.

LA VII FLOTA

Se equivocó Marshall cuando supuso que Mao-Tse-Tung no podría hacerse con el país; que acabaría disolviéndose en él. Hoy, la vastísima China se ha convertido en un Estado monolítico, férreamente disciplinado y controlado, en plena fiebre de industrialización y con un Ejército que se calcula en más de dos millones de hombres sobre las armas, disponiendo de unos 1.500 aviones, la mitad de los cuales son a reacción. Los aparatos que el otro día bombardearon Tachen iban escoltados por cazas «Mig-15» soviéticos, a los que, según parece, sólo pueden hacer frente con éxito, los «Sabre» norteamericanos.

Los norteamericanos, vueltos de su error, acudieron desde el primer momento en ayuda de Chan Kai Chek en 1949, en cuanto éste se instaló en Formosa, negándose, pese a las presiones inglesas, a reconocer el régimen de Pekín. La importancia estratégica de Formosa en el sureste de Asia la vieron antes los estrategas del Pentágono que los políticos de Washington. Fueron los militares los que convencieron a la Administración Truman de que Formosa podría ser un día una cabeza de puente del mundo libre en Asia y un magnífico trampolín para saltar en el momento oportuno al continente. Es-

ta idea fué tomando cuerpo poco a poco y se sucedieron las declaraciones formales, en el sentido de que, según la vieja fórmula rooseveltiana, la isla era «esencial para la seguridad de los Estados Unidos».

Estas declaraciones diplomáticas fueron refrendadas en 1950, al intervenir los Ejércitos rojos chinos en la guerra de Corea, mandándose a aguas de Formosa, para defenderla en cualquier intento de desembarco enemigo, la poderosa VII flota que hoy manda Pride. Menudearon los envíos de dinero, material y asesores técnicos americanos a Chan Kai Chek y por este camino se llegó, en diciembre del año pasado, al Pacto de Defensa Mutua entre Taipei y Washington.

El comunicado que siguió a la firma de este Tratado era muy ambiguo. No se precisaban claramente los límites geográficos comprendidos en el Pacto. Ahora, después del mensaje del Presidente Eisenhower al Congreso, sabemos de una manera explícita que los Estados Unidos están decididos a frenar toda penetración enemiga en Formosa y en las islas de los Pescadores.

El Pacto Taipei-Washington viene a complementar así la S. E. A. T. O. (Organización del Tratado del Sureste de Asia), en el que sólo se incluía a Formosa como territorio interesado en la seguridad del mundo libre.

DERECHO Y ESTRATEGIA

Desde el punto de vista del derecho internacional—conviene que precisemos esto—, los Estados Unidos no podrían reconocer el régimen de Pekín sin retirar automáticamente todo reconocimiento oficial al Gobierno nacionalista de Chan Kai Chek. Formosa estuvo en poder de los japoneses hasta que capitularon éstos, a bordo del «Missouri», en 1945. En las conferencias de Teherán y Yalta, como anteriormente en la conferencia de El Cairo, donde Roosevelt había recibido a bordo del «Augusta» a Chan Kai Chek, se acordó que Formosa sería devuelta a la República de China en cuanto terminasen las hostilidades. Así se hizo, e incluso los aliados ayudaron al generalísimo chino a sofo-

car una revuelta de los formosanos contra su autoridad, en 1947.

Quiere decirse, en consecuencia, que la isla pertenece de derecho a China y al Gobierno que oficialmente la represente. Si Washington reconociese a Mao-Tse-Tung, reconocería automáticamente el derecho de éste a conquistar Formosa. De ahí el que los Estados Unidos, por estas y otras razones estratégicas y morales—de las que más arriba hemos hablado—, se hayan negado en redondo a admitir a Pekín en las Naciones Unidas.

La verdad es que nunca país alguno ha seguido una conducta tan leal con otro; y la verdad es que nunca país alguno se ha mostrado tan remiso en llevar esa lealtad hasta sus últimas consecuencias, exigidas una y otra vez por las circunstancias.

A TIENTAS CON LOS CHINOS

Nos explicaremos. La política seguida por los Estados Unidos con la China roja ha sido en todo momento vacilante y confusa. La cosa comenzó con la tesis del «abandonismo». Después vino la guerra de Corea en junio de 1950. El lector recordará, sin duda, los acontecimientos que siguieron. En vísperas de las Navidades de ese año, cuando el Ejército nortecoreano había mordido prácticamente el polvo y cuando McArthur acababa de prometer a sus soldados que pasarían las fiestas navideñas en sus hogares, irrumpieron en el teatro de operaciones los Ejércitos rojos chinos. Fué una encrme sorpresa para todo el mundo. Menos para McArthur. Desde hacía tres meses, sus servicios de información venían anunciando fuertes concentraciones de tropas al otro lado del Yalú. McArthur, sin embargo, no creyó que los chinos se atreviesen a atacar. Lo hicieron, y comenzó lo que el mismo comandante en jefe de las fuerzas de las Naciones Unidas llamó la «guerra de acordeón», paralelo 38 arriba y Paralelo 38 abajo. McArthur vió el único desenlace de este «concierto» de acordeón: hostilizar a los comunistas al otro lado del Yalú, bombardeando su «santuario» de Manchuria. Si fuese preciso se emplearía la bomba atómica.

Aquello fué poner «le jeu aux poudres», como dicen los franceses. Clement Attlee, primer ministro británico entonces —y que todavía sigue creyendo hoy que los chinos son «oleomargarina», rebeldes a la obediencia de Moscú—, corrió con su paraguas «chamberlainiano» a Washington a poner sensatez «en la alocada cabeza de los americanos» (Bevan), y como resultado de esta visita de urgencia Truman prometió guardarse su bomba atómica y abstenerse de bombardear al otro lado del Yalú, en evitación de un conflicto generalizado. Después, ya saben ustedes: McArthur dijo que cuando se hacía una guerra era para ganarla y no para sostenerla indefinidamente. Ame-



El Presidente Chan-Kai-Chek durante la celebración de un acto patriótico

nazó con saltarse las órdenes de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que entonces presidía el general Omar Bradley, y Truman le destituyó.

No cabe duda que se evitó el «conflicto generalizado». ¿A qué precio? Al precio de una humillante tregua en Corea, que dejó las cosas como estaban antes del 25 de junio de 1950, creándose tal situación que el sustituto de Bradley, el almirante Radford, ha declarado recientemente que cualquier nuevo intento de cruce del Paralelo 38 por los nortecoreanos traería consigo, automáticamente, la represalia atómica.

Después vino la humillación de Ginebra, donde intervino como estrella de la función Chu-En-Lai, el chino y no Ho-Chi-Minh, el indochino. Resultado: los «Viets» se quedaron con todo el norte del país y los franceses, que celebraron con júbilo la capitulación, ahora están «briendo suscripciones caritativas para los pobres refugiados que huyen del terror rojo. Herriot había dicho que no iba a continuar una guerra sólo para defender a unos cuantos obispos...

Ahora le ha tocado el turno a Formosa. La radio de Pekín ha reiterado hasta la saciedad que los comunistas chinos no cejarían en sus esfuerzos hasta conquistar la isla de Chan Kai Chek, con o sin el permiso de la VII flota.

No. El conflicto no se ha generalizado. Esto quiere decir que los chinos, en vez de verse obligados a coger una indigestión, devorando todo el sureste de Asia de un solo bocado, se pueden permitir el lujo de hacer lo mismo, sólo que mordisco a mordisco y masticando sin prisas peligrosas, aunque con pausa.

Evitando lo de Corea se habría evitado lo de Indochina, y evitando lo de Indochina se habría evitado lo de Formosa. Pero nunca se supo echar el freno a tiempo y la Historia es irreversible.

DISCREPANCIAS EN EL PENTAGONO

Hasta hace unos días, los Estados Unidos han seguido esta política de ambigüedades y de vacilaciones. Se tradujo, últimamente, en ciertas fricciones entre algunos miembros del Pentágono y el Ejecutivo. En el Pentágono, las tesis de McArthur sobre China roja hicieron, por decirlo así, escuela. El presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, Radford, apoyado por el jefe de Estado Mayor de la Marina, Carney, y del Aire, Twining, defendían una vez más la tesis de que si China pretendía desembarcar en Formosa los Estados Unidos no debían respetar más «santuarios manchurianos», ni pararse ante más «Yalús», bombardeando donde fuese preciso, incluso con la bomba atómica.

Pero Omar Bradley también había dejado su escuela en el Pentágono. Continuator de esta escuela: el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Ridgway.

Ridgway, un estratega clásico, piensa que una guerra no se gana hasta que la Infantería ha ocupado la totalidad del territorio enemigo, y que en consecuencia los Estados Unidos no están capacitados para intervenir decisivamente en China, ya que no disponen del número de divisio-

nes suficiente para hacer frente a un ejército que tiene como reserva inagotable una población de 600 millones de almas.

No vamos a discutir aquí esta concepción clásica de Ridgway. Pero sí podemos afirmar que si fuese cierta, los Estados Unidos jamás podrían ganar una guerra en el futuro, pues en virtud del «New Look» estratégico, las fuerzas de tierra son sacrificadas, en gran medida, a la aviación estratégica atómica, pues esto y no otra cosa se desprende del hecho de que Eisenhower haya propuesto en su Mensaje del Estado de la Unión que las dos terceras partes de los gastos de defensa se destinen a esas nuevas armas de «represalia masiva».

Sea como quiera, en el Pentágono se han enfrentado estas dos tesis y Eisenhower se apuntó a la de Ridgway. Por lo menos esto es lo que se ha traslucido en la Prensa americana. Ahora, el Presidente Eisenhower parece haber alterado su criterio. Hace solamente unas semanas se opuso al bloqueo de la China roja por el asunto de los once aviadores americanos condenados como espías por Pekín. La toma por los comunistas de la pequeña isla de Yikiangshan, que él mismo ha calificado de no importante desde el punto de vista estratégico, y los bombardeos de Tachen, han precipitado inopinadamente las cosas, hasta el punto de inducir a pedir del Congreso autorización para declarar, virtualmente, la guerra a China.

Habrán pasado, sin duda, muchas razones en el ánimo pacifista del Presidente. ¿Cuáles? Podemos sospechar una: la convicción de que lo que hasta ahora se consideró como bravuconería de Pekín —el propósito decidido de desembarcar en Formosa— no es tal bravuconería, sino una determinación tomada en frío y contra todo evento. Por otro lado, no habrá dejado de pensar el Presidente que la progresión del comunismo en el sureste de Asia no tiene más réplica que la fuerza. Si los Estados Unidos optasen por retirar a la VII flota de aguas de Formosa, evitándose así con toda seguridad un choque frontal, el prestigio de esta gran nación se derrumbaría con estrépito y ya ninguno de los países del sureste de Asia confiaría en el «arsenal de las democracias», lanzándose presurosamente a la búsqueda de una inteligencia con China.

No hay más salidas que la de defender Formosa, y si esto significa cualquier día la «guerra generalizada» nos encontraremos ante una de tantas catástrofes de la historia, que pudieron ser evitadas... pero que no lo fueron.

«JUNCOS» CONTRA PORTAAVIONES

De todas formas no acertamos a comprender cómo los chinos comunistas podrían lanzarse a un intento de desembarco en Formosa, encontrándose en aguas del Estrecho de este nombre las unidades de la VII flota. Sería digno de ver a los «juncos» y cañoneras comunistas entablar duelo —si esto fuese posible— con los gigantes portaaeroplanos norteamericanos de 35.000 toneladas y con los cruceros pesados del contraalmirante Pride. Nos ofrece-



El Presidente de los Estados Unidos da lectura a su mensaje

rían un espectáculo semejante al de la caballería polaca cargando en las afueras de Varsovia contra los «panzer» alemanes. No puede creerse que todos los «juncos» y cañoneras tardasen más de cinco minutos en irse al fondo del mar, después de volar por los aires.

Cabe pensar en un desembarco de tropas rojas aerotransportadas. Pero los aviones de transporte tendrían que pasar una infernal barrera antiaérea de la VII flota y otra barrera todavía peor: la que formarían los centenares de aviones que llevan en la panza los portaaviones americanos.

Y si todo esto no bastase, en tierra les esperarían más de medio millón de hombres del Ejército de Chan Kai Chek, perfectamente equipados y entrenados.

En estas circunstancias, ¿cómo es posible un desembarco en Formosa? En mejores condiciones habrían podido intentar los alemanes un desembarco en Inglaterra en 1940, y sin embargo Hitler se sintió de esta idea, muy razonablemente. Es de esperar que Mao Tse Tung no cometa esta insensatez. ¡«Juncos» a la VII flota!

«TABU»

No obstante, algo gordo se puede cocinar en Extremo Oriente, a propósito de Formosa. Un cañonazo trae otro y por este camino nunca se sabe a dónde se va a parar. Pero en todo caso no hay duda de que los Estados Unidos se han definido, por fin, en la «pequeña guerra» de las dos Chinas. Quedan muy atrás los años del «abandonismo» y el Mensaje de Eisenhower parece señalar la meta de una política incierta y desafortunada hasta ayer. En lo sucesivo, todo el mundo sabe a qué atenerse: las islas de los Pescadores y Formosa son ya «tabú» para los comunistas. Un pie sobre ellas y automáticamente se desencadenará una tormenta que puede culminar con un hongo radioactivo sobre Pekín, arrasado hasta los cimientos.

GAUDI Y WAGNER SE DAN CITA EN BARCELONA

UNA EXPOSICION
DE LA OBRA DEL
GENIAL ARQUITECTO
EN LOS FESTIVALES DE BAYREUTH

SE REANUDAN LAS OBRAS EN EL TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA

BARCELONA, siempre acogedora, se prepara a presenciar el encuentro de dos colosos del arte que, aunque ya abandonaron este mundo hace años, sobreviven en sus obras geniales: el músico-poeta Ricardo Wágnner y el arquitecto Antonio Gaudí se han dado cita en la Ciudad Condal.

Sus espíritus gemelos, creadores ambos de obras igualmente monumentales—la inspiración de los dos se basa en concepciones de orden cerebral y en conocimientos profundos de la técnica y de los fundamentos científicos de sus artes, pero se elevan a las más altas cumbres del sentimiento—, son figuras representativas de su época. Deleitan por igual al iniciado en las artes y al profano, y son ejemplo de voluntad, lucha y triunfo. Siguen siendo y lo serán aún para muchas generaciones maestros de los que se dedican a las artes.

Mientras en el Gran Teatro del Liceo los nietos del gran maestro alemán presenten, en abril, las obras de Wágnner en su versión más pura, la asociación Amigos de Gaudí exhibirá en uno de los grandes salones emotivos de la Barcelona medieval una Exposición monográfica de la obra de Gaudí a través de su vida, a base de planos, maquetas y fotografías que alternarán con mobiliario y objetos de artesanía artística, característicos de la inventiva gaudiana. De manera que el inteligente público que asista a los dos certámenes tendrá ocasión de contrastar el talento del celebrado músico alemán con el del no menos famoso arquitecto catalán.

REANUDACION DE LAS OBRAS EN EL TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA

Se relaciona la anterior noticia con un acontecimiento que, por el ambiente íntimo en que se desarrolló, apenas ha sido apercibido por el gran público: nos referimos a la reanudación de las obras en el templo de la Sagrada Familia.

La catedral incabada de Gaudí, cuyas cuatro torres parab-



Colocación de documentos en el basamento de la nueva columna, durante las fiestas de la Sagrada Familia

loídicas y ábside neogótico sirvieron de símbolo a la Barcelona glorificada por el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, en cuyo transcurso fueron escenario de magnas ceremonias y constituyeron una de las maravillas más visitadas por los congresistas de todas las partes del mundo, parecían haber hallado su forma definitiva después de unos veinteaños estacionarios en su crecimiento. Pero la efemérides del centenario del nacimiento del genial arquitecto reusense y de los veinticinco años de su muerte pusieron nuevamente de actualidad la original obra, que al ser divulgada por los modernos medios de difusión tuvo predilecto acogimiento entre las jóvenes generaciones de arquitectos de todo el mundo. Estos en su búsqueda de la forma funcional de las construcciones y de la expresión curvilínea de la estética, reconocieron en Gaudí a un precursor suyo. Y, en efecto, muchos de los edificios proyectados por los más famosos arquitectos en la actualidad, especialmente los que se erigen en el Nuevo Continente, presentan innegable parentesco con las realizaciones gaudianas. Muchos libros dedicados a Gaudí y a su obra, ilustrados con es-

pléndidas fotografías, difundieron por el mundo el arte peculiar del arquitecto español y suscitaron una apasionada polémica sobre si las obras de la Sagrada Familia debían proseguirse o no, si en la forma derivada de los últimos bocetos que nos legó el maestro o según algún proyecto nuevo completamente distinto...

MIENTRAS CONTINUA LA POLEMICA SE EMPIEZA A TRABAJAR

La polémica continúa aún apasionada. Mientras tanto, la Junta de construcción del templo ha preparado calladamente la reanudación de las obras, y Amigos de Gaudí, depositarios de un generoso donativo, patrocinan la erección de una columna que ha de conmemorar el mencionado centenario. Entre las cincuenta y dos que han de sostener las bóvedas del futuro edificio, y que simbolizan las diversas diócesis de España, se escogió la dedicada a la diócesis barcelonesa en el crucero, lado Evangelio, que es la más próxima a la fachada de la Pasión, cuyo grupo de torres de 160 metros de altura requieren una cimentación muy extensa. Esta circunstancia obligó a

verificar conjuntamente ambas excavaciones: la de los fundamentos de la fachada y la del basamento de la columna, por lo que las piedras de tal basamento pueden considerarse como las primeras de la nueva fachada.

Los devotos de San José, que el segundo domingo del año, fiesta litúrgica de la Sagrada Familia, acudieron, como en cada año, al recinto del templo para asistir a las acostumbradas solemnidades religiosas del día, contemplaron, llenos de sorpresa, el enorme hoyo abierto en la tierra, ávido de piedras y de cemento. Y en su imaginación vieron alzarse el segundo grupo de cuatro torres altísimas correspondientes a la fachada de la Pasión, de la que Gaudí dejó su conocido croquis.

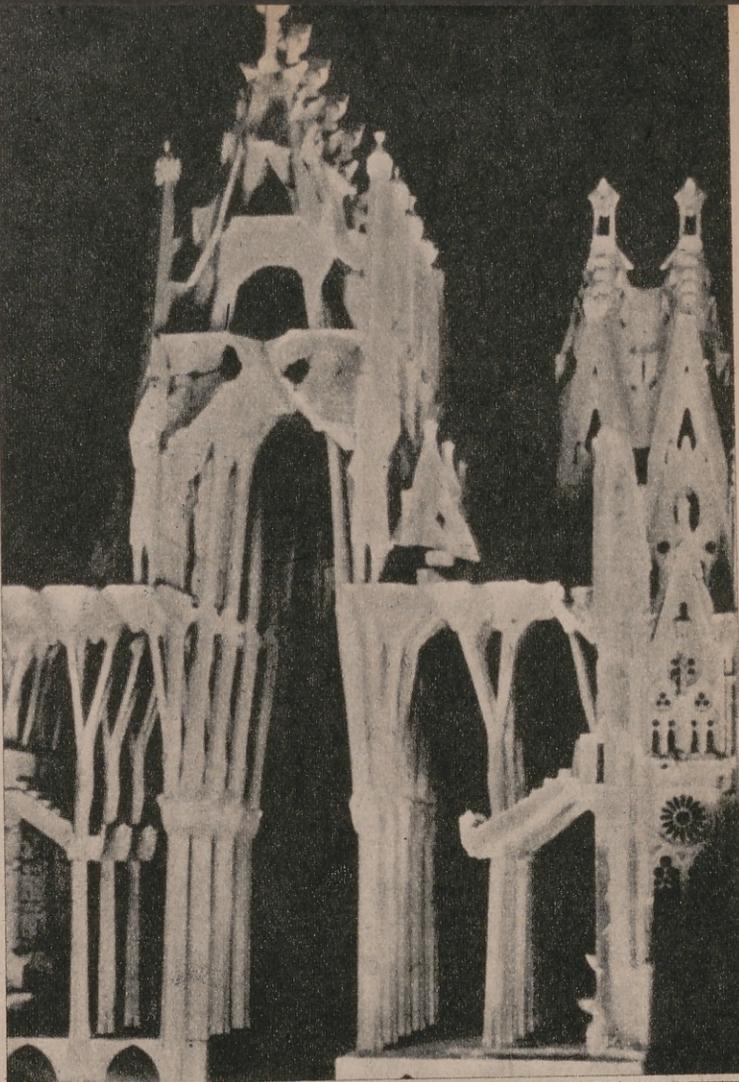
SE COLOCA LA PRIMERA PIEDRA DE LA FACHADA SO.

Después de la misa cantada en el templete que se levanta sobre la cripta, marcando el emplazamiento del futuro presbiterio, se procedió a la colocación de la primera piedra simbólica de la nueva fachada. Contiene una cápsula con la documentación correspondiente y objetos-testimonio de nuestra época. Ha quedado empedrada en el basamento de la nueva columna. Es como si se hubiera sembrado una diminuta semilla que en milagrosa germinación llegará a convertirse en el segundo eslabón de este sueño irrealizado del extraordinario artífice.

La actual reanudación de las obras tiene un sentido especial si se considera el elemento escogido como iniciador: una columna del interior y no un pilar de la fachada. Se expresa así el deseo de convertir en realidad palpable, no ya otro cuerpo de edificio en el fondo sólo accesorio, sino el templo mismo, su parte esencial de arquitectura pura, en la que prevalece como elemento principal el espacio intangible que rodeará a los fieles reunidos para adorar a Dios.

UN BOSQUE PETRIFICADO

La columna cuyo basamento quedó preparado, aunque en sí de una originalidad complicadísima que más adelante trataremos de describir, forma parte de un conjunto constructivo en el que le cabe la importante misión de sustentar el todo. Según describe el arquitecto Puig Boada, gravitará sobre la columna una carga de 1.099 toneladas, por lo que Gaudí la proyectó de piedra granítica, reduciendo al mínimo su diámetro, que ha quedado en 1,33 metros. Ha de emplazarse ligeramente inclinada para recibir el empuje centrado en su núcleo. Se trata de una solución constructiva completamente nueva, en la que la cubierta exterior, de materiales pétreos, transmite su peso por un conjunto de columnas inclinadas que recogen después las cargas de las bóvedas interiores del templo y se unen de dos en dos en la parte alta de la nave central; recibe más abajo el contronque de una columna inclinada que recoge el peso de los ventanales altos y los esfuerzos de otras columnas sustentadoras de la nave lateral, de manera que, a los ojos del observador, el interior



Maqueta de la estructura interior del templo en la que se puede apreciar la ligera inclinación de las columnas.



Antonio Gaudí, segundo arquitecto del templo de la Sagrada Familia

del templo de la Sagrada Familia semejará un bosque con bellas alineaciones de árboles con su tronco, sus ramas principales, las secundarias y, finalmente, la masa de las hojas.

Siendo muy pequeña la inclinación de la columna, la vertical del centro de gravedad pasa por la base, de manera que su equilibrio se mantiene independiente de los esfuerzos que recibe superiormente; esta circunstancia permite su construcción sin apuntalamiento

alguno y permite la construcción del templo por secciones transversales con entera independencia una de otra.

MARAVILLA DE UNA COLUMNA ENGENDRADA POR UNA ESTRELLA

La columna es estriada y ligeramente cóncava. Está engendrada por el movimiento helicoidal, en ambos sentidos a la vez, de un octógono estrellado cuyos vértices son parábolas convexas acordes a los ángulos entrantes, a su vez parábolas cóncavas. Así que el movimiento ascendente del octógono tiene lugar, los dos movimientos helicoidales contrarios, al interseccionarse, originan el nacimiento de una arista en los canales de la estrella y convierten el romo de los vértices en aristas vivas. La progresión de este doble movimiento helicoidal determina el crecimiento de las aristas interiores, que se igualan a las exteriores, y la sección resulta de 16 puntas cuando el movimiento llega a la cuarta parte de la altura del fuste, luego tiene 32 a la mitad, 64 a las tres cuartas partes y 128 a su total altura, en donde aparece casi cilíndrica. La columna es, pues, cóncava, pero con una éntasis producida por la generación helicoidal que le da movimiento y reposo a la vez, porque el movimiento nace y muere en ella misma, con constante equilibrio y creciente logro de vibración luminosa.

La base consiste en una pequeña expansión de cada arista de la sección, muy precisa y justa; el capitel o nudo primario en donde nacen las bifurcaciones de las ramas es un elipsoide que llevará esculpidas representaciones simbólicas.

CIFRAS ASTRONOMICAS

Ya está construido el basamento de la columna descrita, ya están labradas y pulidas buen número de piedras graníticas que la integran. Una vez terminada medirá 14 metros de altura. Para su construcción, Amigos de Gaudí tienen en depósito 350.000 pesetas, entregadas generosamente por un donante que quiere guardar el anónimo, cantidad que corresponde a lo presupuestado para esta mínima parte de las naves. Multipliquemos por 52, que es el número total de columnas, y nos resultará un producto de 18 millones de pesetas. Supongamos que los muros exteriores importen otro tanto, y habremos de contar con 36 millones para elevar al templo propiamente dicho a 14 metros de altura. Siendo su altura media de 60 metros, o sea el cuádruplo, nos resultan 144 millones. Faltan los cimborrios, de los que el central alcanza una altura de 180 metros, y las torres y fachadas de la Pasión y de la Gloria, las sacristías, claustros y tantas otras dependencias. Da vértigo imaginar la cifra resultante, que, desde luego, rebasa en mucho los 300 millones presupuestados hace ya muchos años.

Al lado de tales cifras astronómicas, ¿qué representan las 250.000 pesetas donadas recientemente por la Confederación Española de Cajas de Ahorro Benéficas? ¿Qué representan los otros donativos ingresados en cuantías de 100.000 pesetas y cantidades menores? Servirán escasamente para reconstruir la última maqueta que se hizo bajo la dirección personal de Gaudí.

NUEVOS MATERIALES Y AVANCES TECNICOS INCORPORADOS A LA OBRA

Las cifras que acabamos de bajar ya no corresponden al proyecto tal como lo ideó Gaudí o sea a base de piedra maciza: granitos, pórfidos, basaltos y arenisca, según los esfuerzos a soportar. Estos materiales se reducen ya en la nueva columna a un revestimiento ajeno a la misión sustentadora, la cual es confiada por completo a materiales más en consonancia con los avances técnicoconstructivos de la época actual. Ello obedece a un criterio compartido por los arquitectos Puig Boada, Bonet y Quintana, que intervinieron en la continuación de la obra gaudiana y que expresa elocuentemente el arquitecto Juan Bergós en un artículo aparecido en la revista «Cúpula».

Allí opina que un aligeramiento del peso de cubierta y bóvedas sería de un interés primordial y que es menester proceder a una revisión mecánicoconstructiva, a base de utilizar materiales más ligeros. Hoy en día, en que puede impermeabilizarse y endurecerse la piedra completamente, ¿por qué no hacer las losas de cubierta con piedras serrables relativamente delgadas,

reduciendo asimismo los elementos bajo cubierta? ¿Por qué no sustituir las bóvedas tabicadas de senos macizos, ejecutadas *in situ* desde complicados andamios, por ligerísimas placas de hormigón pretensado, prefabricadas de forma mucho más perfecta y de enjutas ahuecadas? ¿Por qué no completar las armaduras tubulares axiales en todos los soportes, ya que ahora disponemos de cementos de alta resistencia, haciendo sendos núcleos de hormigón armado longitudinalmente, zunchado o de ambas clases a la vez según las cargas? Así tendríamos más continuidad y más resistencia en la estructura y una más perfecta inserción de los diversos órdenes de soportes.

Y el arquitecto Bergós recuerda que Gaudí se lamentaba de la poca eficacia del armado en las soleras de rasilla, y decía que la única manera de aumentar la eficacia de las armaduras sería ponerlas en un comienzo de tensión, pero que tal cosa no la veía factible.

Así Gaudí vislumbraba la nueva técnica científica de los *pre-tensados*, que ahora aceptaría, sin duda, y haría suya, desarrollándola hasta lograr el máximo rendimiento de sus posibilidades.

NUEVAS FORMAS DERIVADAS DE LOS NUEVOS PROCEDIMIENTOS

Estas consideraciones nos llevan a una serie de preguntas cuyas contestaciones pudieran ser trascendentales para el futuro del templo de la Sagrada Familia. La sustitución de los materiales y técnicas previstas por Gaudí por otros más adecuados a los actuales conocimientos constructivos ya se ha iniciado en la nueva columna, que aparentemente es de granito macizo. ¿Por qué no llevar las posibilidades constructivas de ahora a sus últimas consecuencias?

En el templo citado de los *pre-tensados*, hemos visto que Gaudí estaba siempre dispuesto a recoger cualquier novedad y a desarrollarla según su genio privilegiado, en busca siempre de la última consecuencia. En la misma obra de la Sagrada Familia puede observarse la evolución gaudiana, desde la aceptación completa del procedimiento gótico de estabilidad, de su predecesor en la dirección de las obras, el arquitecto diocesano don Francisco de Villar, hasta la aplicación de su concepto científico-matemático que hemos descrito, procedimiento que Gaudí experimentó prácticamente en sus maquetas de estructuras funiculares de las curvas de presiones, mediante marañas de hilos sustentadoras de pesas minuciosamente calculadas. Gaudí edificaría hoy utilizando los últimos recursos descubiertos y derivando de los mismos formas completamente nuevas, distintas del todo a las que aparecen en los bocetos por él trazados.

Gaudí sabía perfectamente que en una obra de generaciones un eslabón no puede imponer sus ideas particulares a los sucesores, truncando su posible fecundidad de genio en estériles rebeldías como la del Onau bíblico.

Por esto renunció a realizar una fracción incompleta del grandioso interior que llenaba su imaginación y se limitó a construir lo que se podía lograr en una sola vida humana: la fachada del Nacimiento, una de cuyas torres, la de San Bernabé, llegó ver terminada poco antes de morir.

Conociendo esta manera de sentir y de obrar del segundo arquitecto del templo de la Sagrada Familia, ¿por qué su sucesor ha de sujetarse forzosamente a un proyecto terminado sólo circunstancialmente, porque se extinguió la vida que lo hizo evolucionar? ¿Por qué construir un templo de 52 columnas, cimborrios, cúpulas y torres, cuando hoy somos capaces de cubrir la misma área con una sola bóveda de ligerísima membrana, de igual o mayor audacia constructiva y susceptible de adaptarse a las más atrevidas expresiones artísticas y simbólicas, a la vez que resultaría de un coste capaz de mantenerse en límites mensurables y permitir una rapidez de ejecución muy deseable?

LIBERTAD ABSOLUTA PARA EL SUCESOR DE GAUDÍ

Gaudí dejó ya una huella imborrable de su personalidad. ¿Por qué no permitir que un joven arquitecto de nuestros días aporte sus propias ideas en la continuación del templo? ¿Acaso no existe en España un magnífico plantel de jóvenes arquitectos, plétóricos de ideas y armados de sólidos conocimientos, capaces de llevar a feliz término la obra que nos parecía interminable? ¿No acaba de triunfar uno de ellos, Fissac, en un concurso internacional de arquitectura religiosa, arrebatando la palma al veterano Gropius? ¿No fué la intención del librero Jose Maria Rocabella, fundador de la Asociación Espiritual de Devotos de San José, la de erigir un templo expiatorio y no la de sufragar la construcción de la obra maestra de determinado arquitecto?

Con todo el respeto que nos merecen las opiniones de relevantes personalidades que preconizan la realización total del proyecto (el último de los muchos) de Gaudí, recordemos aquí el precedente de la catedral de Gerona. Se habían iniciado las obras de las naves cuando se suscitó una polémica parecida a la actual sobre si se debían edificar las tradicionales tres naves o si se debían sustituir por una sola que abarcara el mismo espacio.

En aquella ocasión venció el criterio innovador, el de mayor audacia constructiva, y la catedral gerundense no perdió por ello en belleza. Esperemos que en la excepcional concentración de espíritus selectos que los Festivales wagnerianos provocarán en la capital de Cataluña, la Exposición anunciada de la obra de Gaudí suscite nuevo interés por el templo de la Sagrada Familia y nazca alguna idea fecunda que acelere la continuación de las obras en una u otra forma.

Federico ULSAMER



CAMBIA LA MUJER, CAMBIA ESPAÑA

EN SANTANDER
USTED NO
ENCONTRARÁ
ANALFABETAS

“MI MADRE GANABA DIEZ DUCADOS”

LA MONTAÑESA ES MUY DESPIERTA Y POSEE EXTRAORDINARIO TALENTO NATURAL



A la salida de las oficinas, por el paseo de Pereda, damas y damitas santanderinas toman el sol de invierno

Montaña encuentre usted analfabetas.

Y, efectivamente, esto lo puedo comprobar más tarde, aun en los pueblos apartados y perdidos en el fondo de los valles

EN DONDE PERDI LA PISTA DE LAS PROVINCIANAS

Santander, desprovisto en esta época de su fisonomía veraniega, parece que es cuando se encuentra a sí mismo en sus facetas industrial y fabril, en las que las mujeres tienen una gran participación. Ellas tabajar en todas partes y el viajero que por primera vez llega a la ciudad se sorprende de esta intensa vida femenina. Pero esta mujer tan trabajadora no olvida, sin embargo, su femineidad y cuida esmeradamente su atavío.

Los espuéndidos comercios parece que están montados exclusivamente para ellas. Sobre todo, la «boutique» de Cottera exhibe en sus escaparates desde los últimos modelos de abrigos de auténticas pieles hasta esos mil caprichos y accesorios que completan el tocado femenino. Y, además, se vende todo de prisa; tanto, que yo he querido adquirir un sencillo collar original, y fué verlo y no verlo: cuando, a la media hora escasa, me decidí a volver ya se ha vendido. La dueña de la «boutique» me explica:

—¿Ve usted? Ya se lo han llevado. Lo debió comprar cuando vino hace un rato. Aquí no es posible retener siquiera unas horas cualquier cosa bonita. Todos los adornos se venden en seguida, porque las señoras de aquí son muy cuidadas y les gusta armonizar sus vestidos con todos estos detalles.

Mi interlocutora dice «muy cuidadas», pero yo añado muy elegantes, con esa natural y sobria elegancia de la mujer del Norte. Va siempre a la última moda, según he podido comprobar con sólo el intervalo de unas horas de tren. Cuando dejé Madrid, hacía furor ese modelo de bolso en forma de cono y con inmensas asas doradas, al que se denomina «Parisi-mo». Pues bien, al llegar a Santander lo veo ya colgado al brazo de esas muchachas espigadas que

BUEN temple voy a encontrar en estas mujeres. Me hago esta reflexión porque recuerdo una anécdota muy poco conocida de una insigne mujer montañesa. El hecho fué este, y caigo en la tentación de relatarlo.

Hace años, y cuando aun la mujer española no había salido del ámbito del hogar, una mujer joven llegó a las minas de Rotundo. La forastera quería escribir la vida dura de los mineros, pero la compañía extranjera boicoteó aquel intento. Sin embargo, la mujer sufrió y luchó para conseguirlo. Al fin, plasmó en las cuartillas, con su bella prosa, lo que había visto. Aquella mujer era Concha Espina, y su novela sobre los mineros se llamó «El metal de los muertos».

USTED NO ENCONTRARÁ ANALFABETAS

Esta anécdota me adelanta el carácter de las mujeres que yo había de encontrar más tarde.

En esta tierra que dió buen contingente de emigrantes, la mujer tenía que ser, en muchos casos, la madre y también el padre, pues éste había marchado

mar adentro, alucinado por el sefuelo de unas auríferas Indias. Ahora, los hombres ya no emigran, pero de unas y otras reminiscencias las mujeres fueron heredando de generación en generación esa decisión y entereza que las caracteriza y que ha culminado hasta abocar a esa muchacha culta y moderna del Santander de hoy, o en esas intuitivas obreras de claro juicio que pueblan todos los centros fabriles. Y ellas han irrumpido, animosas y conscientes de la evolución de la mujer, en todas las actividades de esta industriosa provincia. Hablando con ellas me sorprenden muchas veces con su innata inteligencia, que las hace ser conversadoras precisas y sagaces. Y estas cualidades se pueden apreciar hasta en la mujer campesina.

—Venga usted a ver las mujeres del valle de Soba—me dice doña Francisca Pelaz, maestra de Veguilla de Soba, y añade—: Yo he recorrido como maestra muchos pueblos de este valle, y en todos ellos encontré siempre mujeres muy despiertas y con un extraordinario talento natural. Y, además, será muy raro que en la

van a tomar le «cocktail» al Club Marítimo y a jugar al golf de Pedreña o al tenis de la Magdalena. Porque en Santander se hace mucha vida social, vida de buen tono de las familias enraizadas aquí.

La presencia de la mujer santanderina en las cafeterías es una de las cosas que más me han sorprendido: a grupos o solas, toman el aperitivo o meriendan en la barra con la misma soltura que la mujer de las grandes urbes. Paco Cáceres, director del diario «Alerta», comenta mi sorpresa, mientras me dice:

—Es que esta mujer, como todas las del Norte, es una de las más modernas, y están a la misma altura de las de Madrid o Barcelona. No se puede llamar provinciana a la mujer de aquí.

Si, amigos, desde luego, aquí no hay provincianas.

ESPERAME EN CALIFORNIA

A las siete de la tarde, un público femenino invade las cafeterías de moda. Frisia y Kansas se llevan la palma en esto, pero a Kansas se la conoce por el antiguo nombre de California, que tenía hace un año. Y las «pandas» tienen como consigna diaria este dicho de regusto exótico: «Espérame en California» Pero si a California van las muchachas y los matrimonios jóvenes, a La Suiza asisten las señoras de pelo blanco y se forman pintorescas tertulias en las que se habla del reuma y comentan donosamente que ellas están ahora en la segunda infancia. La Suiza es salón de té; pero se da la paradoja de que su especialidad es el chocolate con churros rociados de azúcar.

La madre de una amiga mía me aclaraba así esta asiduidad de merendar fuera de casa:

—Míre; todo tiene su explicación en esta vida. A nuestros alics hemos cambiado de costumbres porque nos hemos convencido de que las jóvenes siempre tienen razón. Son más prácticas en todo. Antes, una señora de mi edad, forzosamente, estaba siempre recluida entre sus cuatro paredes y desconectada de todo. Yo atiendo a mi hogar, pero me queda tiempo para todo. El día es muy largo. Después, cuando termino, ¿qué hago yo sola en mi camilla? Y si quería reunir a las amigas en casa para hablar de nuestras cosas, había que preparar merienda... —y termina con una significativa sonrisa—. Aquí, en cambio, estamos juntas y cada una se paga lo suyo... Hemos aprendido, como le decía, lo práctico de nuestras hijas.

Una de sus hijas se prepara para intendente mercantil y otra pinta con una pintura fuerte que se asemeja a la de los impresionistas franceses. Las dos son entusiastas de la buena música y, como toda mujer que se precie aquí de inteligente y sensible, asisten todos los domingos a los llamados «Conciertos de Invierno».

LOLA SE ENCONTRO A SI MISMA

En la Sección Femenina en es-

tos días de enero hay un tráfigo febril y gozoso. Trescientas canastillas están a punto de ser entregadas a las obreras sindicadas. Son primores de confección y color. Cada lote se prende con una etiqueta en la que campean los nombres de los pueblos de la provincia, aun de los más remotos.

—Mira—me dice Amparo González Pardo, Regidora de la Hermandad de la Ciudad y el Campo—; todas han sido confeccionadas por las mujeres de los pueblos y cada año nos vamos dando cuenta de cómo van evolucionando en gusto. Los primeros años nos mandaban ropita hecha en colores chillones e impropios. Ahora, mira qué delicadeza y qué manera de armonizar.

—Si — interviene la secretaria provincial, Mercedes Fosul—; cuando vayas por los pueblos ya te darás cuenta de que hasta con la campesina se ha logrado que tenga un gran sentido de la estética. Yo he visto en Espirilla en una cocina unos visillos de exquisito gusto. En otro pueblo, unas margaritas puestas en un cacharro de barro que no les hubiera colocado más acertadamente cualquier decorador. Con estos detalles la vida aldeana se hace más agradable, como ocurre en los hogares de gentes más cultivadas.

Cuando Mercedes termina de hablar entra Lola. Lola es hermana de Amparo González Pardo; es una muchacha muy moderna. Viene cansada de tanto trabajar. Este año se ha hecho divulgadora y ha tomado su cargo con ahínco:

—Parece que con esto de enseñar a los demás se tiene la vida más llena. Me gusta esto, aunque me canse. Es muy bonito elevar los conocimientos de las mujeres de los pueblos, ¿no crees? A mí me parece que ahora soy muy útil.

Después hablamos de la Granja-Escuela que tienen en Polanco, el solar de Pereda. En esta Granja se enseña a las campesinas todos los adelantos para las labores del campo. También se les enseñan industrias lácteas, mejoramiento de las razas y avicultura, el curtido y teñido de las pieles. También la hoja de la panocha de maíz la trenzan como si fuera cañamo y hacen unas rústicas, pero preciosas alfombras que después adornarán las casas campesinas. Por último, el cultivo de las flores, por creer que esto es lo que más despierta la sensibilidad y delicadeza femeninas.

ESTUDIO O TRABAJO

Sin caer en la hipérbola podríamos afirmar que ninguna mujer joven de Santander vegeta en su casa. Según las clases sociales, la mujer trabaja en fábricas, de dependientas en los comercios, en las peluquerías y salones de belleza, de camareras en las cafeterías, en los laboratorios y en las oficinas. También hay muchos talleres de bordado, de prendas de punto, etc. Las que estudian son legión, y en las academias del S. E. U., donde aquí se cursan varios años de carreras universitarias, veo en las aulas, entre las rotundas cabezas masculinas, las airosas melenas de las muchachas estudiantes. También nos dan la réplica de esa mujer estudiosa santanderina las doscientas normalistas y esas ciento cincuenta muchachas que cursan los tres años de teoría y práctica en la Escuela de Enfermeras de Valdecilla, que cuando obtienen el título son buscadas con preferencia por todas las empresas y fábricas que tienen equipo sanitario para atender a hospitales o centros sanitarios de la provincia. Comercio e idiomas son estudios que siguen con preferencia las chicas santanderinas.

LA DESPIERTA MUJER DEL BARRIO PESQUERO

En Puerto Chico y en el Barrio Pesquero se puede ver un tipo de mujer de inteligencia natural que brega y trajina con el pescado que el hombre trae del mar. Las modernas técnicas de la pesca liberaron a estas mujeres del duro trabajo de «desmallar» las redes. Ahora se ocupan de comprar el pescado en la lonja y venderlo en los diferentes mercados de la ciudad o transportarlo a los anejos. Pero nadie las puede dejar a la zaga en la rapidez con que puján las cajas de pescado y en la precisión con que ajustan las cuentas de sus compras y sus ventas. Hay quien sabe hacer hasta el cálculo de lo que importa la carga que trae una «pareja» con la misma soltura que si estuviera friendo las típicas «rabas», que, junto con el tintorro, es el uso y el abuso en este barrio, porque, como el negocio va bien, la mujer no le regatea al marido el prepararle su consabido plato de «rabas» o de «maganos», como llaman ellas a los calamares. Estas mujeres son de una graciosa desenvoltura y no se muerden la lengua cuando hay que descararse con la competidora en el negocio. Son dicharacheras, siempre están alegres, sin duda porque compran



Un aula de la Escuela de Enfermeras de Valdecilla

bien y venden mejor. Viven en buenas casas con bastantes comodidades. Sus hijos asisten todos al colegio, y el que no lo hicieran sería para ellas una verdadera vergüenza, pues tienen a gala el que sean muy instruidos. También ellas suelen hablar con suficiencia de todo lo divino y lo humano. Sólo se las ve calladas y angustiosas cuando el mar se pica, y el hombre, que aquí tiene el arroyo de los primitivos cántabros, no puede pasar la barra con su embarcación. Entonces, estas mujeres del Barrio Pecquero rezan a esa Virgen que todas veneran: a la Virgen del Carmen.

CAMINO DE LAS FABRICAS

Para ver entrar a las obreras a las fábricas, me levanto a la amanecida. Es un día brumoso y la luz de la mañana se hace esperar. Los barcos surtos en el puerto mantienen aun sus luces encendidas. Por el paseo de Pedra abajo avanza una verdadera riada de bicicletas. Hombres, mujeres, pero sobre todo mujeres. Son las obreras de la Standard Eléctrica, de Maliaño, y las de la Ibero Tanagra, de Adarzo. Estas fábricas, situadas en estos pueblos, vienen a distar de la ciudad muchos kilómetros, pero las muchachas los cubren con alegría cada mañana, rodando con sus bicicletas en busca del trabajo que les permite vivir bien y hasta con caprichos.

Una hora más tarde, y cuando ya las de Maliaño y Adarzo estarían llegando a sus fábricas empiezan a pasar, entre un ulular de sirenas, las obreras de las fábricas del cinturón de la ciudad. Son las de la Marga, las de La Raquel, las de la fábrica de betún, y tantas otras que sería prolijo enumerar. Pero a mí me queda la espina del largo camino de las muchachas de Maliaño, y comento este esfuerzo con alguien. Quien las conocía bien se ríe de mis escrúpulos:

—¡Bah! Usted no sabe el aguante de estas chicarronas fuertes y sanas de la Montaña. Eso para ellas no es nada. Y aunque lo fuera, lo harían con gus-

to, porque su jornal, junto con el del padre les da para vestirse como señoritas e ir al cine con frecuencia. Comen bien, tienen radio y todo, y no se cambiarían por la más pintada. ¿Pues qué me diría usted—sigue mi interlocutor—de las que van a Renedo, a la fábrica de la Sam, desde pueblos que distan 25 y 30 kilómetros?

Y como las de la Sam, las que van a La Penilla a trabajar en la Nestle y las de la Textil, de Cabezón de la Sal y las de Santoña, y tantas y tantas, pues toda esta tierra está llena de fábricas, y en ellas se emplean muchos brazos femeninos. El salario de la mujer junto con el del hombre les permite este nivel de vida que yo he visto en las casas de familias obreras de por aquí.

MAYORIA DE MUJERES EN TORRELAVEGA

Pero tenía que ver a la mujer de tierra adentro y un día en que Santander está batido por la subita grandiosidad de una galería, tomo el «trenuco», como le llaman aquí, a un tren de vía estrecha que no pertenece a la Renfe y me marcho a Torrelavega. Podía haber utilizado cualquier tren de máquina eléctrica que me hubiera llevado rápida y limpiamente al mismo destino, pero buscando el color y tipsismo preferí éste, gimiente a cada arranque como si descuartizasen sus viejas maderas. Ni que decir tiene, que saco billete de tercera y me acomodo entre bultos, zamarras y una vieja renegrida como tallada en corteza de árbol. En mí nada cómodo, ni confortable departamento puedo escuchar sabrosas conversaciones. La vieja termina por hacerse mi amiga y me confía que viene de Santander de comprar algunas cosas para una hija suya que se va a casar. La chica trabajaba en una fábrica, de obrera, pero se casa con un empleado de oficina. La madre me describe los bonitos muebles que habían comprado y me expresa una queja recóndita, que quizá fué la ilusión de toda su vida:

—Ya ve usted lo que llevan

ahora cuando se casan. ¡Y yo nunca pude tener un armario!

La buena mujer se baja en Barrera.

Al fin, Torrelavega; llego a tiempo de ver salir a esos cientos de mujeres que trabajan en las fábricas de esta industrial ciudad. Todas van también en bicicleta y muchas se bajan ante los quioscos y compran revistas, sobre todo de cine. Van bien arregladas y casi se las podría tomar por oficinistas. ¡Pero, válgame la decisión y desparrajo que tiene la mujer humilde de Torrelavega! Me lo demuestran tres amas de casa que encuentro estando yo en la antecámara del Alcalde. Se están construyendo casas económicas y ellas van a hablar a la primera autoridad para que les concedieran una. Les pregunto con un poco de curiosidad:

—¿Y cómo no vienen sus maridos?

Y la respuesta me deja convencida:

—Pues porque nosotras nos empleamos mejor que los hombres.

En verdad, nunca vi tantas mujeres juntas como en Torrelavega. Y aun más a las tres de la tarde, hora en que no sé por qué aquí se abren los comercios y las oficinas. Las calles se pueblan a esa hora de mujeres. Todas las tiendas y oficinas están servidas por el elemento femenino. Pero antes dije que las obreras parecían oficinistas y tengo que confesar que me he equivocado. Estas muchachas que ahora veo van casi vestidas con lujo. Abrigos de «moutón», bolsos de última moda y esos detalles que acusan la natural coquetería femenina.

En Torrelavega existe el Artista Bolo Club y a esta boletería americana van a jugar las muchachas de familias acomodadas de la ciudad. Veo muchas casas de modas y, sobre todo, muchas librerías. Lee mucho—me dice—la mujer de Torrelavega.

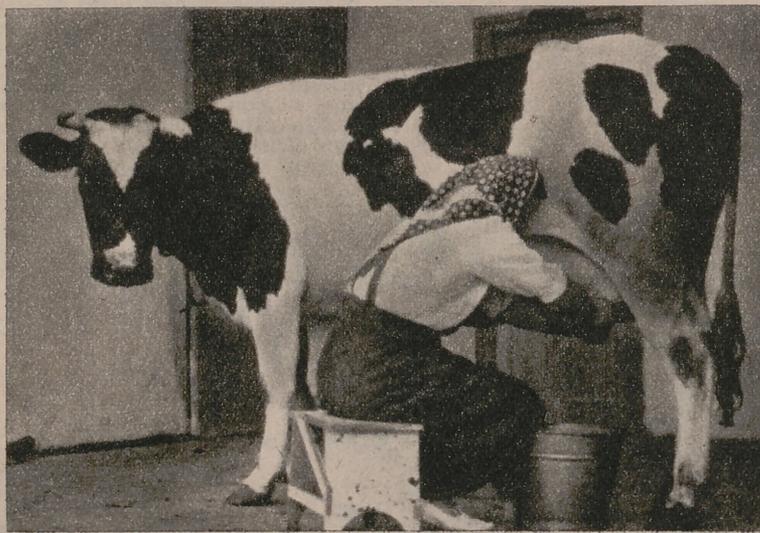
Pero la sorpresa me la da una dependienta a la que compro unas madejas de lana. Cuando le pregunto si le gustaría ser otra cosa me contesta con naturalidad:

—Pues claro que sí—y después aclara—. Mire, yo cuando salgo de la tienda voy a una academia de idiomas y si consiguiera aprender bien el inglés me gustaría ser azafata. ¿No es bonito esto?

Cuando dejo a esta desconcertante muchacha voy pensando en que cualquiera de estas chicas de ahora puede ser nieta de aquellas otras pobres mujeres que según la costumbre de hace muchos años en esta ciudad, en las solitarias tardes, portando sus sillas se reunían en las esquinas, formando lo que aquí se llamaban «los corros de comadras», y en los que, mientras jugaban a la brisca, se contaban todos los chismes de sus respectivos barrios.

CON LOS PUNTOS ESTOY HACIENDO UNA HUCHA

Recón es un pueblo mixto, minero y labrador, donde los hombres horadan las entrañas de la tierra y después labran la superficie. Este pueblo está como perdido en el monte. Algunas veces, aunque muy de tarde en tarde



Cada familia montañesa, por muy humilde que sea, tiene por lo menos una vaca



El ingeniero don Miguel de Olaso en una clase práctica de los cursillos organizados en Santander para instruir a las campesinas sobre modernos procedimientos en las industrias lácteas

como pasó hace unos días tan sólo, algún hombre que baja a la mina ya no vuelve a subir, ni nunca más respirará este aire.

Las primeras mujeres que encuentro son las que bajan a buscar viveres al economato de la Compañía minera. En estas mujeres destaca un innato señorío en sus movimientos. Esto, después, lo he podido apreciar en todas las campesinas de la Montaña y sólo me lo puedo explicar pensando que en esta tierra no hay ni siquiera minifundios; cada labrador es dueño del prado y de sus vacas. No sirven, no tienen amos, y esta libertad, sin casi ellas darse cuenta, da prestancia a las mujeres. Se sienten absolutas señoras de su casa y de la pequeña propiedad familiar.

Pero yo he venido aquí a conversar con las mujeres y así, abordo a la primera que encuentro cerca, le pregunto si ha mejorado en algo su vida. Ella, franca, no tiene empacho en contestarme.

—Pues sí, señorita, algo se ha cambiado... Desde que pusieron los puntos a mi marido en la mina estamos mucho mejor. Fué un dinero que cayó como del cielo, cuando no se contaba con él. Y así yo me hice la cuenta de no tocarlo.

—¿Lo tiene guardado todo?
—No, porque a lo primero, sabe usted, fui comprando algunas cosillas para la casa. La tengo ya muy bien arreglada. Después, sí, después he hecho una hucha... La mujer vacila y, al fin, termina:

—Ese dinero será para comprar una radio. Pero tardaré en juntar lo que vale, porque quiero que sea buena...

LORENZA ME DIO BORONA

Muchas veces, en el camino sin rumbo fijo que me había impues-



Ante las viejas piedras de Santillana, la danza de los Arcos

to, y cuando no iba en algún vehículo, llego a despistarme. En unas de esas horas en que ya empezaba a sentir algo así como miedo al no saber encontrar un camino. Tropezó con una «casuca» en la que irrumpo sin cumplidos. Lorenza, relimpia y bonísima, me acoge con muestras de lástima de mi aspecto cansado. De entre las brasas del «llar» saca una apetitosa borona y con cariñosa insistencia me obliga a comerla. También me da una sabrosa manteca, muy blanca y sin sal; después se empeña en que descance en la cama de su hija. El colchón chilla aparatosamente: es de hojas de maíz.

—Es el último ya que me queda—se disculpa mi improvisada patrona—. Cuando yo me casé, los pobres todavía los llevábamos así. Pero ahora cuanto tengo algún dinerillo los voy poniendo de buena lana. Ya cambé el de matrimonio y el del hijo, que es muy delicado. Me queda nada más que el de la chica. Pero la puse a usted ahí, porque pensé que no tendría escrúpulo en acostarse en la cama de la niña.

Después, Lorenza me enseña sus chones que va a matar al día siguiente, para tener el arre-

glo de todo el año. También me hace mirar debajo de las camas para que vea que ha recogido tanta hierba que la tiene que guardar hasta en tan inadecuados sitios. Pero a pesar de todo esto yo estoy agusto aquí, porque hay una gran limpieza por todas partes. Todo está aseado y en un orden perfecto y no se ve por ningún sitio el desalifio de las antiguas casas de campesinos donde toda la atmósfera oía a corral y a un característico y acre olor a la tierra mojada, prendida en los aperos de labranza que yacían en cualquier rincón. Pero lo más simpático e imprevisto de toda la casa de Lorenza es que los basares de su cocina tienen unos alegres volantes de un vichy a cuadros exactamente iguales a los que yo tengo en la mía.

VAQUERITA 1955

En un coche de línea voy ahora carretera adelante. Estoy ya en el mismo corazón de la Montaña. Una muchacha, portando un cántaro de leche, manda parar y sube. Tan pronto se sienta,

abre un libro y lee. Ciertamente no es una novela rosa ni cursi, sino una buena novela policiaca de Simenon. Yo la observo. ¿Es ésta una muchacha campesina? De ninguna forma me lo parece, pero su cántaro me desconcierta. Al fin, lo sé con certeza. No solamente es una campesina, sino una vaquerita que va a vender su leche al próximo depósito de la Granja Poch. Esta muchacha, que es espigada, va vestida con un abrigo marrón de moderna hechura. Por el abrigo abierto se le ve un bonito jersey blanco de cuello alto. Lleva medias de cristal y zapatos de tacón. Va pintada y se peina en graciosa melena.

Pasamos ante un hito indicador que dice: «A Santillana». Por una asociación de ideas acude a mi memoria la célebre sertranilla:

*Moza tan fermosa
no vi en la frontera
como la vaquera
de la Finojosa.*

¿Qué le diría a esta vaquerita 1955 el enamorado marqués de Santillana? Verdaderamente estaría tan asombrado como lo estoy yo de no ver por ninguna parte las clásicas sayas de las campesinas. Únicamente el traje típico lo usan en las fiestas folklóricas y en ellas la alegre muchacha de esta tierra danza con todo su entusiasmo esos bellos romances montañeses del «Conde de Olivos» y el «Conde Lara», los famosos «Picayos» y hasta esa danza guerrera oriunda de Cabezón de la Sal que se llama «La baila de Ibio» y que la bailan también las mujeres.

MUCHACHAS Y MAQUINAS

Puente Viesgo está hundido en el fondo de un valle. Pronto, sin saber cómo, me encontré rodeada de un grupo de mujeres que me acogen sin reservas. No me preguntan de dónde vengo, qué quiero o adónde voy. Verdaderamente ésta es una extraña reacción que sólo se podría explicar como solidaridad femenina o porque toda la mujer de esta tierra es muy comunicativa y nunca rehusa el palique. Yo departo con ellas de mil cosas y me sorprende lo bien que saben expresar sus ideas. Me explican que las cuevas prehistóricas de este pueblo tienen casi tanto valor como las de Altamira. Me cuentan también que sus hijas asisten a los cursos de hogar que da la Sección Femenina del pueblo. Y satisfecitas me aseguran que las enseñan allí unos guisos tan finos como los de los hoteles de la capital.

—¿Y en qué trabajan ustedes?

—Pues mire, señorita, muchas están sólo en su casa porque los maridos o los padres tienen caudal. Las que tienen menos, trabajaban antes recogiendo leña por el monte, pero ahora ya tiene que ser una mujer de muy misera condición para que se conforme con ser leñadora.

—La vida se ha puesto muy adelantada—tercia otra—y ya las mujeres no somos como bestias cansinas de tanto trabajar.

—¿Entonces no trabaja nadie aquí?

—Pues claro, sí; la que tiene

que trabajar por necesidad, trabaja, pero en trabajo fino. Muchas tienen máquinas de coger puntos a las medias, y otras se dedican a hacer rebecas y jerseys con máquinas de tejer.

—Pero si el pueblo es tan pequeño como vec, mal podrán ganar.

—¡Huy, pues ya lo creo que ganan! ¿No ve usted que vienen aquí las pasiegas a hacerse las rebecas?

—¡Las pasiegas!—me asombro—. ¿Pues no son esas las únicas que visten de aldeanas?

Las mujeres ríen a una:

—Eso era antes. Ahora están tan adelantadas como cualquier mujer. ¡Ay, si las viera usted qué bien visten...!

Y claro que quiero verlas, pero antes conozco, aquí en Puente Viesgo, a Lina, esa muchacha de rara intuición, que en el Ayuntamiento ha montado un nacimiento estilo oriental. Y cuando me lo enseña veo que, efectivamente, asemeja un paisaje de cómo debió ser Palestina en tiempos del Nacimiento de Cristo. Pues Lina no empleó musgo y sí sólo arena y trozos de roca.

AHORA SE MUEREN MENOS NUESTROS HIJOS

Y ya la tierra roja del valle de Pas. En todos los pueblos que comprende el valle las mujeres son de más mediana estatura y casi todas de tipo rubio. Son muy industriosas y hacen manteca y queso, que venden por los pueblos y la capital, mientras el marido trafica con el ganado por las ferias o trata de vender la hierba, y así dice el cantar:

*Me llamaste pasiegua;
yo no me enfado por eso,
que si tú vendes la hierba,
yo vendo manteca y queso.*

En el valle se vive ahora muy bien, pues como el ganado, que es su principal riqueza, tiene buen precio, esta abundancia se manifiesta en todos los sentidos. Tanto, que ya ninguna pasiega quiere ir a criar hijos ajenos, como era costumbre antiguamente, que se buscaban como amas a estas robustas y sanas mujeres. Efectivamente, como me dijeron en Puente Viesgo, no van vestidas con el típico traje del valle. Lo que sí llevan son escarpines de piel y almadreñas que aquí llaman abaracas. Usan también el «cuevanuco», que es una especie de cesto muy profundo, adornado, de encajes y cintas en los que llevan de un lado a otro a su criatura pequeña. Cuando le pregunto a una de estas mujeres que por qué no iban ya de amas me contestó:

—Porque, mire usted, muchas

veces por criar al hijo de otra se nos morían los nuestros. Ninguna de nosotras nos negaríamos a ir si es que la madre estaba mala, pero si es por finura o porque quieran estar regaladas, entonces, no. Que los crien ellas, pues... pues para eso los paren.

Y la pasiega se queda tan descansada.

MI MADRE GANABA DIEZ DUROS

Después, pueblos y más pueblos. En todas partes veo a esta mujer, que con expresión bíblica podríamos llamar fuerte, ayudando al hombre para vivir mejor, y siendo en todo caso trabajadora y religiosa. También he visto por todos lados escuelas de adultas, donde la mujer humilde trata de superar sus rudimentarios conocimientos. Y he encontrado siempre esas escuelas de divulgación de la Sección Femenina, en la que trata de elevar a la campesina enseñándole hasta puericultura, tan necesaria a la mujer madre. Y ese lejano pueblo de Santotis, en el valle de Tudanca, donde otra maestra, Pilar Sánchez Gabín, me asegura que en la generación de los veinte años no se encuentran, ni allí ni en otros pueblos, mujeres analfabetas.

Por último, y por casualidad, me invitan traerme, en un salto increíble, en un coche hasta Suances. No desaprovecho la ocasión. Por todas partes los prados se salpican de «casucas», discriminadas aquí y allá, con el mismo desorden de un ingenuo nacimiento hecho por una mano infantil. En cualquier montículo, iglesias románicas, al borde de la carretera innumerables bares o merenderos: El Descanso, La Delicia, Los dos hermanos, De pronto, el sol descomponiéndose sobre la ría de San Martín de la Arena (la ría de Requejada a la que popularmente se la llama de San Martín). Y, al fin, el mar. Hemos salido otra vez al mar y estamos ya en Suances. Y en Suances veo a la muchacha mejor maquillada de toda la Montaña. Es una obrerita de una fábrica de conservas y usa un perfume fino.

—Hay que arimar el hombre.—me dice con gracejo—. Todas las mujeres de la Montaña somos muy duras y no nos dolemos de ayudar al hombre. Yo ayudo ahora a mi padre y después cuando me case ayudaré a mi marido. Y así, podemos vivir mejor y sin que nada nos falte.

Esta muchacha gana 20 pesetas y la merienda, como le llaman aquí a lo que suelen dar en la fábrica, y que consiste generalmente en patatas fritas y un huevo. Verdaderamente, esa apetitosa merienda y esas veinte pesetas no son de desperdiciar, sobre todo, comparado con los diez duros al mes que ganaba su madre sirviendo en Santander, según me cuenta mi campechana interlocutora.

Y se acabó. Cuando se vuelve de Santander pueden traerse los huesos molidos, pero el talante es alegre y satisfecho porque lo que se ha visto lo merece.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial.)

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes,
10 pesetas.

MIENTRAS TITO CAZABA TIGRES EN LA INDIA, DOS DE SUS HEREDEROS PONEN UNA BOMBA AL REGIMEN YUGOSLAVO

DJILAS Y DEDIJER, DOS VOCES QUE ROMPEN LA LEY DEL SILENCIO

Disecación de una dictadura "monolítica, faraónica y sanguinaria"



Milovan Djilas, el hombre considerado como el «delfín» de Tito, que ha puesto al descubierto todas las tripas de los hombres y del régimen yugoslavo

A mediados del mes de diciembre del año pasado el mariscal Tito emprendió un largo viaje a la India para celebrar una serie de conversaciones con el Pandit Nehru. Días más tarde las agencias gráficas nos enviaban fotografías del dictador yugoslavo en todas las actitudes y disfraces. En una de ellas aparecía, sonriente, envuelta la cabeza en un turbante de maharajá y colgándole del cuello un magnífico collar de flores. Banquetes,

cuando el «ilustre hijo de Croacia», según el retórico floripondio oficial se disponía a hacer blanco sobre los tigres de Hircania y sobre los manjares que habían preparado especialmente para él, a sus espaldas, en la remota Yugoslavia, acababa de producirse la más grave crisis por que ha atravesado el régimen yugoslavo desde que en 1948 sobrevino la ruptura con el Kominform; es decir, con Rusia.



Tito, acompañado de Nehru, protegidos por fuerte escolta, durante la visita del dictador yugoslavo a la India

DESAYUNO CON SORPRESA

re recepciones y cacerías. Nehru estaba tratando a su huésped a cuerpo de rey, y podría pensarse que Tito estaba pasando los mejores días de su vida.

Sin embargo, la sonrisa estaba destinada exclusivamente a los fotógrafos de Prensa, y casi podemos afirmar que en realidad estaba pasando los días más inquietos de su vida. Ni banquetes ni recepciones ni cacerías debieron bastar para alejar sus preocupaciones y, sin duda, llegó a maldecir la empalagosa hospitalidad del Pandit.

Porque, señores, ocurrió que cuando el dictador croata; que

Nos imaginamos el sobresalto de Tito cuando en la mañana del 26 de diciembre una mano ofensiva colocó en la bandeja del desayuno, en la más suntuosa habitación de un palacio de Nueva Delhi, un recorte del «New York Times». He aquí la «sorpresa» de Pascua al lado de la taza de té y las tostadas con mantequilla:

«Es preciso crear en Yugoslavia un nuevo partido socialista democrático y un sistema bipartito, con objeto de estimular la discusión como un acto legal. Corro un riesgo al decir esto, pero en nuestro sistema actual no se puede avanzar sin correr riesgos. No podemos saber lo que ocurrirá.



Vladimir Dedijer, biógrafo oficial de Tito hasta hace poco tiempo

Pienso, sin embargo, que nada malo pasará, y será una gran cosa para nuestro país el que tenga un ciudadano que diga lo que piensa.»

Después de este preámbulo viene la eslocada a fondo:

«El partido comunista yugoslavo está en manos antidemocráticas. Me siento profundamente decepcionado por la evolución de la política del partido. La tendencia democrática ganó terreno hasta noviembre de 1952. En esta fecha el Congreso del partido, en Zagreb, modificó su constitución y la transformó en Liga de los Comunistas. Pero diez meses más tarde, en el Congreso de Brioni, la tendencia fué rechazada. Fué Tito quien tomó la iniciativa. La mayoría de los dirigentes del partido y el mismo Tito se vuelven contra mí.»

Y el remate:

«En Yugoslavia no hay libertad en materia ideológica ni política. Nuestro sistema es, en su esencia, muy próximo al stalinista.»

EL EXALTADO MONTE-NEGRINO

El lector creará sin duda que estas palabras lanzadas como pedradas contra el escaparate pseudodemocrático de Tito han sido pronunciadas por algún liberal yugoslavo en el exilio a muchos kilómetros de Belgrado. Pero, no; han sido pronunciadas en el mismísimo Belgrado para el corresponsal del «New York Times» en esta ciudad, Jack Raymond, y su autor ha sido el hombre que levantó todo el edificio teórico del Estado titista; el hombre que un día fué considerado como el «delfín» de Tito y que llegó a ser vicepresidente del Consejo federal; una de las criaturas más mimadas por el régimen; un «vieja guardia» cargado de laureles políticos, militares y literarios. Milovan Djilas, en una palabra.

De un golpe Djilas ha puesto al descubierto todas las tripas de unos hombres y de un régimen, y si el lector piensa que «algo huele a podrido en Yugoslavia» puede certificar la bondad de sus

narices, porque, en efecto, algo o todo huele a podrido en este viejo solar del «avispero de Europa».

Pero antes de seguir adelante veamos la filiación ideológica y política de Milovan Djilas.

Tiene en la actualidad cuarenta y cuatro años. Pero aparenta muchos más. Hijo de unos campesinos montenegrinos, fué uno de los fundadores del partido. Conoció a Tito—por aquellos años oscuros se llamaba Josip Broz—en la cárcel de Mitrovica. Pertenecía al grupo de los «intelectuales», o sea, de los afiliados más inestables del partido. Al producirse la invasión de Yugoslavia por la Wehrmacht se echó al monte, con Tito y sus amigos, entre los que figuraban muchos «spanjolak», que así se llama a los yugoslavos comunistas que lucharon aquí en España en las brigadas internacionales. Alex Bebler, el «Talleyrant» de Tito, ministro de Asuntos Exteriores en ejercicio, fué de los «spanjolak» y resultó herido en Teruel. Viejos conocidos nuestros, en una palabra...

Decíamos que Milovan Djilas se echó al monte. Llegó a ser general del ejército de partisanos. En las fotografías de aquella época—tenía entonces poco más de treinta años—, aparece siempre al lado de Tito y de sus perros pastores alemanes. Cuando terminó la guerra, eran amigos inseparables. Y cuando el Ejército Rojo penetró en Belgrado, en octubre de 1944, Tito era, según la nomenclatura staliniana, el número 1 y Djilas el número 2.

Milovan, estaba en pleno sarampión filosoviético. Adoraba a Rusia y a Stalin y nos se ahorra una ocasión de manifestarlo así, en público y en privado. Su sangre montenegrina, le tenía en un perpetuo estado de exaltación. Una vez, en Moscú, pidió autorización al propio Stalin para que sus soldados pudiesen llevar sobre su uniforme la estrella de cinco puntas del Ejército Rojo. Dijo, muy serio, que sus hombres se negarían a combatir sin su estrella. Stalin, viejo zorro, le replicó que prescindiese de la estrella en cues-

tión, pues con ella «asustaría a los ingleses» (que acababan, por cierto, de consentir en el sacrificio de Mijailovitch).

Otro día, Djilas, henchido de fervor staliniano, afirmó muy serio que metería una bala en la cabeza de quien, en su presencia, se atreviese a hablar mal del apodrecido de los pueblos, Stalin.

Ambas anécdotas, ilustran bien el carácter de este hombre extremoso y también sus pasados ardores stalinianos. Esta etapa de su vida culminó cuando en compañía de Kardelj representó a Yugoslavia en la conferencia de Varsovia, constituyente del Kominform. La ortodoxia titista estaba tan fuera de la menor sospecha, que fué en Belgrado donde se estableció el cuartel general del Kominform. Y en Belgrado fué donde se produjo el clima, siendo uno de sus principales protagonistas, por el bando de los «herejes», Milovan Djilas, tras borrascosas disputas con el embajador ruso Laurentiev, que ahora se encuentra, me parece, en Terherán, donde sufrió un extraño accidente?

CONTRA EL MONOLITO

En 1948, se produjo, así, la primera crisis de conciencia de Milovan. Su patria «adoptiva», la Unión Soviética, resultó que ya no era el paraíso del proletariado, sino una vastísima satrapía burocrática, donde toda libertad tenía su cárcel. Y Stalin resultó que ya no era el padrecito, sino el azote de los pueblos.

Conocemos esta clase de crisis de conciencia. Si Milovan fuese ruso, y no montenegrino, y si perteneciese al PC ruso y no al yugoslavo, su suerte habría sido la de tantos «desviacionistas» con el tiro en la nuca o con el pico y la pala, en el mejor de los casos, en una mina de Siberia. Afortunadamente para él, Djilas no cumplía ninguno de estos requisitos. Pero no hay que desesperar: Tal vez la suerte que le habría reservado Moscú en 1948, se la reserve en 1955 Belgrado...

Nuestro hombre, al liberar a su país de la tutela de Moscú, creyó ahorrar a su pueblo todos los horrores de la dictadura staliniana, «monolítica, faraónica y sanguiñaria» (son sus palabras). Pensó sin duda que él y los suyos podrían hacerlo mejor en Yugoslavia, realizando el socialismo con todas sus supuestas bondades y sin sus ciertos males. Intelectual al fin. Milovan soñaba con un Estado socialista democrático, en el que se realizasen todas las utopías de Carlos Marx, Engels y demás teorizantes comunistas.

Por otro lado, en el devocionario de Djilas, Francia había sustituido a Rusia y aunque su sangre es eslava, cada vez se sintió más atraído por el carlesiano espíritu del Occidente, frente a las tenebrosas nieblas eslavas. Así, con un nuevo equipo teórico y poseído por su exaltación temperamental, Djilas se presentó al Congreso del partido, celebrado en Zagreb en 1952, defendiendo con gran aparato dialéctico lo que pudiéramos llamar su «New Deal».

Ocurrió algo inesperado. La experiencia «titista» sólo había cosechado desastres hasta 1952, sobre todo en el terreno de la economía; precisamente en el ter-



Después de pronunciar un discurso en la O. N. U., con grandes ataques a la política soviética, Kardelj recibe la felicitación de Bevin.

FIGLIOL PRODIGO



— Sei sulla buona strada: per riavere la mia patente di bolscevico non devi far altro che fucilare chi ti si mette fra i piedi.

Caricatura de Tito y Malenkov publicada en un semanario italiano

no donde el comunismo se otorga la máxima eficacia frente al sistema capitalista. Bancarrota económica, hambre, descontento, persecuciones, procesos, liquidaciones, en el interior. Y en el exterior, una situación vacilante a caballo de una imposible neutralidad entre el Este y el Oeste. Habían florecido, en una palabra, todas las lacras del régimen staliniano, «monolítico, faraónico y sangriento». El partido era dueño absoluto del país y estaba absolutamente incomunicado con el pueblo, que estaba pasando las de Caín. En la cima de la «pirámide» vivía olímpicamente, en la opulencia y en la intransigencia, la «élite» comunista.

Contra este estado de cosas arremetió como un trueno Milovan Djilas y ganó la partida. El partido comunista, se convirtió en la Unión de los Comunistas; se reformó la Constitución; se aflicieron un poco los tirantes de la dictadura; se liberalizó en cierto modo la economía, renunciándose, al menos provisionalmente, a la colectivización de las tierras—los campesinos se morían de hambre—, y se permitió a los pobres ciudadanos yugoslavos que olfateasen desde una prudente distancia, las libertades más elementales.

Djilas, salió de Zagreb convertido en un héroe popular y en el indiscutible Delfín del «indiscutible» Tito. Creyó que su país iba a ahorrarse la fosilización staliniana y que la Unión de los Comunistas iba a ser, de verdad, el instrumento de la revolución y no su lazo corredizo atado al cuello.

Se equivocó. El congreso de Zagreb no había sido más que uno de tantos carnavales políticos destinados a hacer concebir esperanzas a los estómagos impacientes. Había de acabar confesando su error a Jack Raymond,

del «New York Times». Las tendencias liberales apuntadas en Zagreb irían a estrellarse contra la impermeabilidad dogmática de los privilegiados del partido, que no se resignaban a abdicar de sus privilegios. Milovan, decepcionado echó mano de su pluma, cáustica y brillante y comenzó a escribir explosivos artículos en el órgano del partido, «Borba», describiendo lo que él mismo llamó «la anatomía de una moral». En realidad, lo que hizo fué meter el bisturí, a fondo, en esa anatomía de depósito de cadáveres.

DOS MUJERES EN EL ORIGEN DE LA CRISIS

Con todo, y pese al alto nivel intelectual en que movió Djilas su polémica, en el origen de lo que primero fué su crisis y más adelante la crisis del régimen, están dos mujeres. Una, la suya propia; otra, la de un general del Ejército, el jefe del Estado Mayor, Dapchevitch.

Milovan, al igual que muchos ex partisanos, había contraído matrimonio con una joven «resistente», heroína del partido comunista. Se llamaba Mitra Mitrovic. Milovan, se cansó de ella y obtuvo el divorcio, para contraer de nuevo matrimonio con una joven sin hoja de servicio a favor de la «causa». La «casta gobernante», constituida en improvisada «High Life» que había pisado directamente de los «slums» miserables de Belgrado a los suntuosos palacios, se cerró de banda contra la nueva esposa de Milovan, a la que consideraban como una advenediza, haciéndola el vacío social.

Nuestro hombre, todavía con el ímpetu reformista de Zagreb, se filó su arillera pesada contra los prejuicios ridículamente aristocráticos de la nueva «sociedad»

comunista, y en verdad que no se dejó un adjetivo en el tintero. Este artículo, llevaba por título «Anatomía de una moral». De una moral «pequeña burguesa», histérica, estúpida e hipócrita. El lector, puede imaginarse como «cayó» esta lección de anatomía entre los sátrapas del régimen y sus esposas.

Esta misma «sociedad» nacida en la montaña, en las cantinas de los partisanos, bajo el rugido de los «Stukas» alemanes, celosa de sus fueros aristocráticos de «parvenus», había hecho también el vacío social a la esposa del general jefe del Estado Mayor, Dapchevitch. Este, había cometido el irreparable «desliz» de contraer matrimonio con una actriz joven y bonita, llamada Milena Vrajakova, cuya vida de soltera había sido, al parecer, un tanto desenfadada. Además, lo de siempre: No había sido una heroína de la «resistencia», Jordán purificador de todas las liviandades pasadas.

Milovan no sentía la menor simpatía por el general Dapchevitch, ni admiraba particularmente las dotes artísticas de Milena Vrajakova. Pero sintiéndose de nuevo Amadís de Gaula y recordando sin duda su propio caso, volvió a arremeter contra la «High Life» de Belgrado, disparando epítetos verdaderamente atroces, y de paso denunciando todos los viejos y no corregidos males apuntados en el Congreso de Zagreb. Milovan, venía haciendo fuego por las dos bandas, una en «Borba» y otra en «Nova Misao», y así, cuando en septiembre de 1953 se celebra el Congreso de la Unión de los Comunistas, en la isla de Brioni, una isla del Adriático donde solía veranear la buena sociedad del «ancien régime», la cantidad de odios y resentimientos acumulados contra Mil-

van Djilas había alcanzado su punto de saturación.

VUELTA AL MONOLITO

El Congreso de Brioni, fué la tumba de todo lo acordado en Zagreb diez meses antes, y también la tumba política de Djilas. Este, se encontró virtualmente sólo frente a una asamblea hostil, que estaba dispuesta a aplastarle y a hacerle desaparecer de la circulación. Sus palabras ante el Comité Central, fueron acogidas con una helada indiferencia y se acordó suprimir de un plumazo todas las medidas liberalizadoras del régimen, dejando las cosas como estaban antes de 1952; es decir, volviendo a la tradición, a la línea staliniana, «monolítica, faraónica y sangrienta». Tito, que en Zagreb había suscrito sus tesis, no le defendió esta vez. Dijo que su Delfín se quedase arrinconado, indefenso, impotente, escuchándose sólo a sí mismo y, definitivamente, condenado.

Pero Djilas no se dió por vencido. Aún a sabiendas de que quemaba su última pólvora—y en salvas—, envió a «Borba» tres artículos extremadamente duros con el régimen y con sus hombres. Se pasó de la raya. En enero de 1944, el Comité Central del partido le llamó a su presencia y después de fulminar contra él su ex amigo Kardelj las más graves acusaciones, el Comité decidió deposearle de todos sus títulos y honores, asignándole una pensión de 6.000 pesetas al mes.

Pero esta vez, Djilas no estuvo sólo. Lo que menos podría imaginarse el sanedrín del partido era que allí mismo, en aquella sesión «necrológica», la crisis yugoslava iba a conocer un nuevo «turnante». En defensa de Djilas y de sus tesis, se levantó otro de los «grandes» del partido, el más íntimo amigo de Tito, un héroe de la Resistencia, cuya esposa había muerto en brazos del propio Tito, en el curso de un bombardeo alemán; un brillante catedrático de Historia de la Universidad de Belgrado: Vladimir Dedijer. Este hombre, biógrafo oficial del dictador yugoslavo («Tito os habla»), se alzó frente a los jueces de Djilas y los apostrofó violentamente. Milovan, que no quería compartir con nadie su caída en desgracia, le gritó dos veces:

—¡Cállate, por favor, Vlado! ¡Yo no necesito defensores!

Pero Vlado, no se calló. Dijo a sus compañeros todo lo que pensaba de ellos, sin mirar a Tito, que le escuchaba con los ojos bajos y aunque de momento le dejaron en paz, aquel día también se expidió el certificado de defunción «in pectore» de Dedijer, quien conserva del «maquis un parietal de plata».

CONFERENCIA DE PRENSA

La cosa, quedó ahí. Djilas, se limitó a vivir con la pensión que le habían dejado y a morderse la lengua. Alguien le preguntó qué pensaba hacer. «Estudiar y meditar», contestó.

Esto ocurrió, como queda dicho, en enero de 1954. Pasaron unos meses, y al día siguiente de Navidad, Djilas, aprovechando la ausencia de Tito, camino de la India, llamó a su casa a Jack Ray-

mond, del «New York Times», haciéndole las declaraciones que ya conoce el lector. Raymond, asombrado, le preguntó:

—¿Me autoriza usted a publicar todo esto en mi periódico?

—Sí; para eso le ha llamado. Lamento tener que decir todo esto en un periódico extranjero. No lo haría si pudiese escribir en la Prensa de mi país. No me dejan.

La idea de confiar esta «bomba» al corresponsal del «Times» en Belgrado, le fué sugerida por Dedijer. Aprovechando la ausencia del dictador, los «borzos» del partido habían exhumado las actas de la sesión en que el Comité Central había condenado a Djilas y había escuchado la defensa que de él había hecho Dedijer. Este, temió un «golpe de Estado» dirigido contra los dos, porque inesperadamente fué llamado a declarar ante el citado Comité. Tampoco esta vez se mordió la lengua:

—Ni tengo ninguna explicación que dar sobre mi conducta. Digo y pienso lo que me da la gana. No tenéis derecho a interrogarme.

Se fué a su casa y tuvo la idea de enviar un telegrama a Tito, cuyo contenido se ignora, pero que podemos imaginarnoslo. El telegrama, no salió de Belgrado. Al día siguiente se le comunicó que los servicios telegráficos de la capital se negaban a cursarlo.

Presintiendo que tanto él como Djilas iban a ser detenidos de un momento a otro le sugirió que concediese la famosa entrevista a Jack Raymond.

Sin duda este golpe de audacia los salvó. Porque al día siguiente, el mundo entero leyó la entrevista, atrayéndose así la atención de las Cancillerías y haciendo extremadamente peligroso cualquier intento de «raptos» o asesinatos «en circunstancias misteriosas». ¿Qué pensarían en los Estados Unidos, que acababan de anunciar el envío de 150.000 toneladas más de trigo a la «democrática» Yugoslavia?

Dedijer, después de salir de casa de Djilas, telefonó a todos los corresponsales de Prensa extranjera acreditados en Belgrado. Debeaba hacer—decía—una «importante declaración». Pero la Policía, que tenía controlado su teléfono, se anticipó a esta segunda bomba publicitaria. Un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores llamó a su vez, uno a uno, a todos los corresponsales, comunicándoles que la conferencia de Prensa convocada por Dedijer se consideraba como «ilegal».

—El consejo de la Oficina de Prensa, es que usted no acuda a esa conferencia. Decida usted lo que quiera, pero éste es nuestro consejo.

Ningún corresponsal acudió a casa de Dedijer. Pero algunos, telefonaron y la respuesta fué siempre la misma:

—Los señores de Dedijer están descansando y han dado órdenes de que no se les moleste.

Sin duda para evitarles molestias, su casa estaba acordonada por la Policía...

No obstante, ni Djilas ni Dedijer fueron detenidos. Había demasiados periodistas extranjeros en Belgrado con los ojos puestos

en ellos. Dedijer, incluso fué visto en una calle de Belgrado, llevando un árbol de Noel para sus cinco hijos.

Con todo, a Dedijer le fué levantada la inmunidad parlamentaria, por decisión unánime de las dos Cámaras legislativas, y ha sido sometido a un interrogatorio que duró cuatro horas y media. Le pusieron en libertad, pero cuando fué a explicar su cátedra de Historia en la Universidad de Belgrado, de sus 500 alumnos sólo quedaban siete. Todas las sociedades de las que era miembro, decidieron expulsarle y sus electores de Pancevo, se han manifestado «espontáneamente» contra él. Una oleada de indignación «oficial» está cayendo torrencialmente en estos momentos sobre los dos «herejes». Kardelj, les ha dedicado la impropiedad más gruesos de su vocabulario staliniano, desde «vendido al oro extranjero» hasta «vibora lúbrica», y se invoca contra ellos el artículo 118 del Código Penal—que por cierto ayudó a redactar Dedijer—, que prevé penas de hasta veinte años de trabajos forzados contra los que hacen «propaganda hostil al régimen» y los que tratan de «minar la autoridad del pueblo».

Todo el mundo ha abjurado de su amistad con los dos «herejes», antaño próconsules del régimen. Incluso el general Dapchvitch, al que sin duda preocupa menos el que su mujer no sea recibida en los salones de la «sociedad» de Belgrado que la suerte que puedan correr sus entorchados, ha escrito una carta abierta a «Borba» diciendo que no tiene nada que ver con estos dos «bandidos» a los que, como dijo muy bien Kardelj, «hay que escupir en la cara».

EL ARTICULO 118

¿Y ahora? Ahora, Tito tiene la palabra. Si intercede por sus dos viejos amigos y colaboradores, podrán salir bien librados con unos cuantos años de destierro. Si no intercede por ellos, entrarán en funciones el artículo 118 del Código Penal y Djilas y Dedijer se pasarán veinte años extrayendo carbón de alguna mina.

De todas maneras, este asunto no ha tenido ni es probable que tenga repercusiones en el extranjero, fuera de las meramente publicitarias. Alex Bebler, acaba de anunciar que Yugoslavia seguirá su política de colaboración con el Occidente, y en la conmemoración del décimo aniversario de la entrada del Ejército rojo en Belgrado, «Pravda» ha reivindicado el nombre de Tito, cargando implícitamente en la cuenta póstuma de Stalin el cisma de 1949.

El gesto de Djilas y Dedijer, ha tenido una estrepitosa publicidad en el mundo entero. Pero en esto y sólo en esto se quedará. Además, aun la Prensa más liberal y anticomunista se ha limitado, con una rara unanimidad, a reseñar los hechos sin salir en defensa de esos dos hombres que van a conocer, en todo su rigor, la ley del silencio y del olvido, cuando se termine su proceso, que comenzó en Belgrado el día 24 de enero.

M. BLANCO TOBIO

LOA Y GOZO DEL AFRICANISMO ESPAÑOL

CON qué claridad de visión se enfrentaron aquellos beneméritos africanistas del último tercio del siglo XIX con la realidad marrueca de España! Marruecos—decían—es uno e independiente, y ambas afirmaciones eran para ellos irrefragables. Más aun, llegaban al *casus belli* si alguien pretendía proceder con olvido de ellas y tratando habilidosamente de sortearlas.

¿Que Marruecos había caído en la prostración y se había quedado retrasado en su evolución? Eso lo saben ellos, pero, ¿qué tenía que ver esa realidad con el intento de mal cubrir ambiciones extranjeras que estaban a flor de piel? ¿Por qué iba a dividirse el Imperio? ¿Por qué se iba a hipotecar su independencia? ¿Qué tenían que hacer ante aquel asunto tan claramente español las apertencias extranjeras respecto al Imperio marroquí?

Si Marruecos necesitaba ayuda, allí estaba su vecina España, amiga y hermana, para prestársela. ¡Con qué suficiencia esbozaban los colonistas extranjeros ante esta afirmación una sonrisa que era casi un mohín irónico! «¡España...!» Y se nos colgaban todas aquellas idioteces de nuestra decadencia y surgían aquellos epitafios, manifestación de odio e inquina secular con tufillo de leyenda negra: *¡Finis Hispaniae...!*

Y ahora resulta que, al cabo de tres cuartos de siglo, Marruecos se levanta en defensa de su unidad y de su independencia y que España, fraternalmente unida a Marruecos, es quien verdadera y lealmente le ayuda, con total desinterés, como corresponde a sus claros, viejos y nobles blasones.

Habrà que pensar en la injusticia que significa el olvido en que hemos tenido a aquellos hombres que vivían asfixiados, ignorados cuando no incomprendidos o ridiculizados en su época. El reparto de África se nos vino encima sin habernos preparado para incorporarnos al Movimiento, sin que España, la nación africana por excelencia (no empezaba España en los Pirineos?), se diera cuenta de la importancia trascendental del empeño.

Nuestros africanistas clamaban en el desierto, pero ellos eran en definitiva una minoría selecta y heterogénea a la que las masas sin preparación no podían comprender ni seguir.

A lo sumo, como en el famoso mitin del teatro de la Alhambra, enardecerían momentáneamente a un público de ocasión. Costa y Granivet, cada uno en su estilo levantarían con las alas de su fantasía desbordada la imagen de un reino ideal africano: Coello, Saavedra, Carvajal... eran hombres de gabinete y de estudio y, por otra parte, ni a los unos ni a los otros, ¡soñadores y estudiosos!, les daban beligerancia alguna nuestros partidos políticos. ¿Qué era aquella utopía de intentar formar una opinión pública interesada por las cuestiones marroquíes? ¡Bastante teníamos con ir tirando y con acomodarnos a «turnos pacíficos» de disfrute de prebendas! Cuando Cuba y Filipinas daban ya tantas cavilaciones, ¿nos íbamos a embarcar en aquella aventura incierta y quijotesca de crear un gran Imperio africano...? Y por si ello fuera poco, el tratado de París de 1898. Los agoreros y los eternos enemigos de España parecían tener razón en el cuidado camuflaje de su acción. ¿Realmente, «no tendríamos pulso»? ¿Habría llegado el *Finis de Hispania*...? España, adormecida y mal gobernada, hasta llegó, sumida en su pesimismo, a creerlo.

¡MARRUECOS, UNO E INDIVISIBLE...!

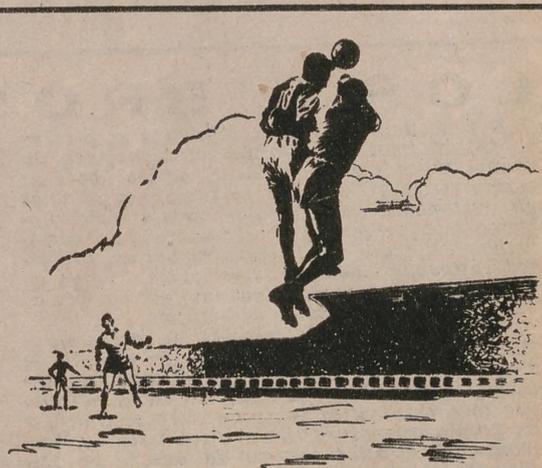
Ante aquella realidad de depresión del espíritu nacional, ¿qué valor tenía el *casus belli* propugnado arderosamente por nuestros africanistas? Gravemente enferma España de pesimismo, ya podían intentar los demás romper la unidad de Marruecos, y no ciertamente al servicio de un interés de Marruecos mismo, sino para llevarse a la mayor tajada posible. Claro está que, aunque a regañadientes, comprendían que, no teniendo ningún derecho sobre el Imperio, esa parte que querían llevarse tenía que ser pequeñita. Delcasé hablaba prudentemente, con una prudencia no exenta de temor, como corresponde a quien sabe que pide lo que no es suyo, con León y Castillo, y se daba muy por satisfecho con que Francia ob-

tuviera una Zona Sur que dejaba para España lo mejor del Imperio. Aquella España enferma que veía fantasmas y peligros gravísimos por doquier no quiso firmar por no desagradar a Inglaterra; Francia, Inglaterra e Italia, ante nuestros escrupulos, se entendieron sin dificultad y se repararon, sin escrupulo y a su gusto, el Norte de África; Egipto, para Inglaterra; Libia, para Italia; Marruecos, para Francia. Ni Inglaterra tiene hoy Egipto, ni Italia Libia; pero es que Francia tiene por ventura el Africa del Norte?

De humillación en humillación llegó España al convenio hispanofrancés de 1912. Marruecos, aquel Marruecos uno, se había trocado en tres pedazos desiguales y sangrantes que dolían al Imperio porque estaban hechos de su propia carne: la tajada del león, Protectorado francés; la del ratón, Protectorado español; la zona de Tánger, internacional, pero del Sultán, esto es, también de Francia.

España—¿qué remedio le quedaba?—se encontraba así ante la realidad de tener que montar el Gobierno de una Zona marroquí larga, estrecha, dura, pobre y con una población brava y guerrera alzada en rebeldía frente a sus autoridades legítimas. ¡Buen hueso para que se entretuviera!... Entre tanto, ¡cuánto teatro alrededor de aquel «Marruecos útil», de aquel «magoo» de Lyautey, de aquel espíritu «finísimo» de los galos! Nosotros seguíamos royendo el hueso; otra vez la leyenda negra, el Barranco del Lobo, el revés del 21, Annual, Monte Arruit, la durísima línea del Lau, la retirada de Primo de Rivera. ¡Precisaban más aquellos colonistas suficientes para repetir machacona y despectivamente, con un fingido acento de lástima y hasta con lágrimas de cocodrilo, que no sabíamos colonizar? ¡Ellos eran los que sabían!

¡Qué Gobierno marroquí más pequeñito aquel de 1913! Un Gran Visir o primer ministro y tres mi-



EN LA LUCHA...

Se pone el pelo imposible, lleno de polvo y sudor... (o de barro, que es peor).

Esto es un peligro para el vigor del cabello, pero una buena fricción de

LOCION AZUFRE VERI

los dejará de nuevo limpios, sanos, fuertes, sin caspa ni picor. Quedarán LLENOS DE VIDA.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta ptas. 17,10; el tamaño pequeño ptas. 11 (impuestos incluidos).

TIENE GARANTIA FARMACUTICA

Si desea un folleto escriba a INTFA, Apartado 82-Santander

DESCONFIE DE IMITACIONES

• PUBLICITAS

nistros: Hacienda, Justicia y Habús. En 1924, un propósito de pequeñas economías, sin comprender que se estaba ante una situación provisional, redujo de categoría los Ministerios de Hacienda y del Habús, convirtiéndolos en Administraciones Generales. Después, en 1936, vuelven a ser ministerios y se les otorga la independencia en razón al carácter religioso de su función y como muestra del respeto de España. En 1946 se crean dos Ministerios más: Instrucción Pública y Agricultura y Producción. Ahora, en los albores de 1955, un Ministerio nuevo, expresión clara de un anhelo de la obra protectora: el *Ministerio de Acción Social*.

Y al frente de esos Ministerios se han colocado valores auténticos marroquíes que colaboran estrechamente con España, unidos todos por un mismo afán: aquel afán por el que luchaban en el vacío con incansable tenacidad —ellos también eran como nos quería José Antonio, «inasequibles al desaliento»— nuestros videntes africanistas del último tercio del XIX.

UN CENTRO DE GRAVEDAD QUE SE DESPLAZA

Todo, pues, ha cambiado radicalmente, pero, de modo especial, desde 1936, ¡cuántas cosas han pasado en nuestro Marruecos hermano! Franco ha puesto de nuevo a España, cara a su rumbo auténtico. Nuestra Zona de Protectorado marroquí que había alcanzado, por la acción del Ejército al servicio del Majzén, una paz completa y sólida, conoció intensamente, a partir de nuestro glorioso Alzamiento, la acción fraternal de España. Cuan do, una vez más, la leyenda negra quería hundir a España y sus tradicionales enemigos se disponían gozosos a la lucha, Marruecos estuvo fraternalmente con ella y su sangre corrió junta con la sangre de España.

Nuestra obra protectora en Marruecos está limpia de toda ambición; España no quiere en Marruecos más que la prosperidad y la grandeza del Imperio marroquí. Mientras España *hacia*, con más o menos modestia pero limpiamente, surgieron en el mundo unos conceptos mafiosos y arbitrarios al servicio de deformar el verdadero espíritu de un alto y santo deber protector: se habló de cosoberanía, de derechos adquiridos a través de una tutela que por sus propios fundamentos debe ser

generosa; hubo forcejeos y tiras, y aflojas vergonzantes en torno al reconocimiento de una mayoría de edad. Y así, emborrachados con grandezas materiales, más en beneficio del protector que del protegido, los colonistas no han podido apreciar un fenómeno que se estaba produciendo ante sus ojos con perfecta nitidez: el de que el centro de gravedad espiritual de la acción protectora se localizaba en la Zona española.

Cuando en agosto de 1953 Francia quiso buscarse a poco precio un Sultán cónfido, García-Vallíño lo proclamó con claridad y con energía, «eso lo es el Protectorado»; y España dió al mundo una lección de una asignatura base de aquellas disciplinas cuyas calificaciones brillantes llevan los nombres de tantos pueblos hispanoamericanos que viven independientes en el concierto mundial. Franco lo subrayó en El Pardo: «España, cum, irá con la mayor fidelidad sus compromisos internacionales respecto a Marruecos y estará al lado del Imperio frente a cualquier intento de atropello de sus derechos.»

Parece como si el africanismo español estuviera cerrando un ciclo glorioso: decían los apóstoles de nuestra acción en el último tercio del XIX: «Marruecos, uno e independiente, ayudado lealmente por España.» Hoy el pueblo marroquí exalta a España porque es fiel a su mejor doctrina y porque cuando Marruecos iba a ser atropellado y escarnecido, ella se levantó decididamente a su lado.

Así, en casi tres cuartos de siglo, España y Marruecos hacen realidad lo que el africanismo español soñó tan ilusionadamente que lo fuera. Ante ambos pueblos se alza un claro y luminoso horizonte de fraternidad, de cultura común, de evolución noblemente impulsada.

Franco incorporó a la vida de España en rumbo a su grandeza el mejor sueño del africanismo español; García Vallíño ha sido el mejor intérprete de sus consignas. Este Gobierno marroquí que hoy marca una realidad tan clara del sentir de España viene justamente a su hora y a realizar esa gran labor: que la fraternidad de España y de Marruecos den nuevamente al mundo y a la civilización universal, días de gloria. Como querían, justamente, nuestros buenos y beneméritos africanistas...

UN AFRICANO

LOS LIBROS DE TEXTO

EN el último Consejo de Ministros se presentó un detallado informe sobre proyecto de nuevas normas reglamentarias de los libros de textos escolares. El libro de texto, por algunas circunstancias, ha venido a ser un viejo problema que ha pesado sobremanera muy considerable en todos los hogares españoles. Problema antiguo, candente e insoslayable. Fué ya en tiempos de la Dictadura cuando, por vez primera, aparecieron intentos de solución.

Naturalmente que la solución no estaba en el texto único que fijaba el contenido estricto de una disciplina escolar con su metodología especial de enseñanza, delimitando así el derecho que todo catedrático posee de orientar y dirigir su propia asignatura. En sus recientes declaraciones, el director general de Enseñanza Media, al referirse a esta solución ha dicho concretamente: «El texto único se opone a la libertad de sistemática y de métodos pedagógicos de la enseñanza.»

Habría, pues, necesidad de armonizar en el problema y hacer compatibles la libertad de elección por parte del profesor con las garantías del alumno y del padre del alumno en esta materia. Aquí está la solución racional que el Ministro de Educación Nacional se propone dar, en corto plazo, a este problema que, por su naturaleza, abarca todo el ámbito nacional.

Si uno de los más elevados anhelos permanentes del Estado español es la formación perfecta de los españoles y una amplitud total para que un mayor nivel cultural se acerque a cuantos lo desean, es necesario que, para todos, se busquen facilidades en estos caminos. Por esto se hace imprescindible examinar las garantías y condiciones que deba reunir el libro de texto, ya que éste se convierte en el medio

más eficaz que repercute honra y duraderamente en el periodo de aprendizaje. Condiciones y garantías tanto pedagógicas como económicas. Y en la economía de los libros de texto, más que su precio, repercute su estabilidad. El señor Fernández Miranda, director general de Enseñanza Media, al referirse a este punto, se ha expresado con la mayor claridad: «Una de las próximas medidas tratará de hacer más estables, dentro de ciertos límites, los libros de texto. La ciencia que ha de enseñarse en el Bachillerato no es, ni tiene por qué serlo, la de las últimas investigaciones, porque esto no ocurre siquiera en la Universidad, salvo en la labor investigadora de la misma. En la enseñanza de grado medio la ciencia a aprender es la fundamental vigente y consagrada. Muy bien que el profesor tenga libertad de elegir un texto, pero no existe ninguna razón para no exigirle que piense antes tal elección, para que el texto que escoja pueda, por lo menos, estar implantado durante cuatro años.»

Elogiosa, en todos conceptos, esta solución apuntada por el señor Fernández Miranda, ya que, atendiendo a la última modificación del plan vigente en el Bachillerato, la dificultad económica del libro de texto ha desaparecido en su totalidad.

Las garantías pedagógicas se encuentran del mismo modo ampliamente previstas por el Ministerio de Educación Nacional. Sólo serán declarados como textos aquellos libros que hayan sido sometidos a informe del Consejo Nacional de Educación y aprobados por el Ministerio. La creación de textos modelos estimulará la existencia de una mayor garantía.

EL ESPAÑOL

CAMILO JOSÉ CELA EN SU CUARTEL GENERAL



"ME INTERESA APARTAR DE LA VIDA LA LITERATURA PARA NO CONVERTIRME EN PERSONAJE LITERARIO"

Se propone volver a América para presentar personalmente su novela "La Catira", de ambiente venezolano

Las cuatro de la tarde. La casa de Camilo José Cela es una casa en todo el ancho sentido de la palabra. En la chimenea se amontonan los leñicos. Todo el salón, todo este pequeño salón de nuestra conversación está cerrado por una corrida y alta biblioteca. En los sillones, hundido el cuerpo, se concreta una atmósfera especial, una atmósfera mitad de barco y mitad de viaje. Decenas de figurillas, de recuerdos artesanos de muchas tierras se cifan hábilmente al ambiente.

Donde están los libros de Baroja, en la balda donde se dilatan sus títulos, la mano de Cela ha hundido un poco los lomos para colocar allí un retrato de don Pío. Un pequeño retrato fotográfico, que es casi un apunte de perfil con barbas y cara sonriente y triste al tiempo.

La casa del burgués. Del hombre que sabe que cada paso que se da puede ser en balde. Se ve que todo está vivido y gastado.

—Paso aquí, en estos rincones, días enteros. Quizá en diez días no salga a la calle. Y cuando salgo lo hago a tiro hecho.

Pienso, por encima de las palabras de Camilo José Cela, en este salón, en esa chimenea que arde y devora lentamente, casi amorosamente, la madera. Quien es capaz de tener un pequeño salón así, lleno de barcos metidos en botellas, de figurillas, de caliente fuego, puede escribir un libro. Hacer una obra.

—Hay que tener un cuartel general, no se puede andar por ahí solo, como los perros...

La voz de Cela me recuerda mi oficio: yo he venido a verle para contarle. Es decir, yo he llegado a este salón, hasta esta lumbre, hasta estos libros para ver la plaza por dentro. Pues bien: la plaza donde vive Camilo José Cela es una plaza recoleta y placida. Alegre, pero inquieta. Una vía dormida, que, no sé bien por qué, me recuerda los camarotes de los barcos. Eso es lo que quería decirles: la habitación donde trabaja Cela tiene algo de barco que se va y de faro torrero que se queda.

Por eso, quizá, me dice:

—Estoy diez días aquí, sin salir de entre las cuatro paredes, y de pronto desaparezco durante otros diez días.

Eso es: el barco y el faro. Como Cela.

EL RETRATO

Tengo sentado, amigo lector, a Camilo José Cela, novelista, vagabundo, soldado y burgués ante mí. Es un hombre alto, fuerte, sólido, pero no atlético.

—Yo nunca pude hacer gimnasia. La gimnasia es una cosa muy seria que me da risa.

Alto, de un metro ochenta centímetros. Gordo, de noventa kilos. Se mueve con ligereza, pero encorvándose un poco. Como si es-



Camilo José Cela, con Curzio Malaparte, en Santiago de Chile. — Arriba: Un momento de la entrevista que aquí publicamos

cuchara algo o a alguien. Atiza, él mismo, el fuego.

Sentado en el sillón, medio hundido en él, levanta los largos brazos, desarboladamente, sobre la butaca. Sobresalen sobre las mangas de la chaqueta los largos puños blancos de la camisa. El sabe que están allí, sobresalientes, sobre las manos. Y las manos, grandes, varoniles y, al mismo tiempo, extrañamente finas y expresivas, blancas en las palmas, le acompañan para hablar.

Habla con una voz decididamente dispuesta a decir lo que quiere. Lentamente va dando a cada frase su entonación exacta. No se escucha a él mismo, desde luego, pero se ajusta a ese ritmo del hablar del conferenciante: mitad bien dicho, mitad bien pronunciado. En el esfuerzo, en el entretanto, muere y no muere su



Cela explica el Madrid que ve desde su ventana

acento personal. Este su acento íntimo viene repentinamente, inesperadamente, cuando menos lo espera él o el visitante, en una broma, en una frase cualquiera...

—Mi intención es apartar la vida de la literatura. Escribí «La Colmena»—dice como si le fuera grato y necesario indicarlo—para no convertirme en personaje literario, para saberle allí, en el papel; algo así como lo que hizo Goethe al escribir el «Werther»: impedirle llegar a ser el suicida.

La cabeza de Cela es una cabeza grande, alargada:

—De caballo, decía mi madre.

El pelo, castaño, estirado sobre el cráneo, pegado a él, se estira y se separa, atrás, en unas colitas rebeldes. Salen, apretadas, aunque tamizadas, las canas. Los ojos, unos ojos despiertos, miran rectamente. Una cabeza extraña, sorprendente en la trazazón física, casi arquitectónica, entre ojos y cejas. Unas cejas arqueantes, urgentes, poco gratas.

Un aire vivo, cierto, pero cansado y triste. Es curioso pensar que la impresión más serena y quizá más grave que he extraído de cuatro horas de conversación sea su tristeza. Al revés de lo que piensa y dice la gente. El aire de trabajar encerrado, encajonado, solo.

Hablamos del trabajo:

—Yo trabajo en la noche, toda la noche. No me gusta madrugar, en la mañana no sé pensar.

—Pero ¿su horario?

—Mi norma es la sesión permanente: escribo en la noche, pero trabajo siempre. He escrito ya veintidós libros.

De pronto su voz se escapa hacia cosas concretas:

—Cualquier español que quiera trabajar desde las seis de la mañana a las dos de la tarde, en cualquier cosa, saldrá adelante. No hay competencia.

SE NACE EN ALGUNA PARTE

Camilo José Cela nació el 11 de mayo de 1916, en Iria-Flavia, provincia de La Coruña.

—Soy de la quinta del treinta y siete.

Los padres de Cela se llaman: él, Camilo; ella, Camila. Parece una cosa rara, pero más cuando resulta que el padre es español y la madre, inglesa.

—Eran dos seres distintos. Mi padre es serio, grave, cumplidor. Mi madre, al revés, era poética, genialoide.

Así, recibe dos apellidos: célticos: el Cela y el inglés Trulock.

—Además, para que el conflicto sea entero, mi abuela era italiana, una Bertorini-Cicognani, prima del Nuncio y sobrinos, ambos del novelista italiano, de «Villa Beatrice», Bruno Cicognani.

—¿Todo eso le ha empujado de alguna forma?

Se despereza un poco, como si quisiera recoger bien cada palabra. Me contesta:

—No sé bien; pero viajando por el mundo he sentido mi capacidad de adaptación. En todas las partes me he sentido en casa. Una capacidad muy española, muy gallega—añade afirmativamente.

Hablamos entonces, porque la conversación gira así, de las tierras hispanoamericanas que repiten allí muchas cosas nuestras:

—Nada me ha interesado como la selva venezolana. Conozco Venezuela quizá como pocos venezolanos; pero la selva es apastante. Nada se puede comparar con ella... No me faltó nada para «amaniguarme».

Durante un instante una chispa de excitación alegre le ha sacudido. Casi se ha levantado del butacón.

Nos sirven café. Levanta el ta-

puño de cristal del frasco del coñac.

—Yo lo único que pido a las bebidas es que se puedan tomar en cantidad; al vino blanco o al whisky se les echa agua y se puede beber un vaso lleno.

Nos miramos un momento. —No creas que es beber por beber o por emborracharse, que se pone uno muy estúpido; es que me horroriza el anís—dice, como si lo explicara todo con ese rechazo.

Mientras hablamos, decenas de discos venezolanos, bellos, extraños, serenos, dulces, inquietantes, giran no sé dónde. Quizá por allí, tras las cortinas.

Volvemos a su infancia. A los dos o tres años marcha a Inglaterra, a casa de los parientes de su madre. Después, los viajes. El padre es funcionario de Aduanas. Viven en Almería, Barcelona, Madrid, Vigo y otra vez Madrid.

—Los primeros años—dice curiosamente cansado—los pasé en casa de mis abuelos en Iria. En mi infancia dorada.

Pero a los nueve está en Madrid. Se cierran los caminos, los libros esperan. Va a un colegio, a otro y luego a otro.

—Me echaron de tres colegios.

—¿Por qué?

Se le escapa su voz de muchacho, su voz de farándula:

—Supongo—dice sonriente—que por no ser demasiado bueno.

Entonces tiene que estudiar el Bachillerato entre las cuatro paredes de la casa. Día tras día.

—Me daba clase un cura, don Nazario.

PORTUGAL ESTA EN MEDIO

Los catorce años deben ser una buena edad para viajar. Para creer que se puede alcanzarlo todo.

—Entonces hacia verso; y no sé si por eso, me escapé de casa: me fui a Portugal. Pa é allí unos meses. En la jornada donde vino no me cobraban nada, parecía de magia. Luego supe que mi padre mandaba dinero al cónsul y que éste pagaba todo.



Este niño era Camilo, en brazos de su abuelo John Trulock

—¿Y qué decía?
—Que ya volvería.
—¿Y volvió?

—Sí, pero volví a escaparme. A los dieciocho años me fui a París. Viví allí a salto de mata—Hice de todo.

Vuelve de pronto a su voz de muchacho, una voz que esconde en zonas más artificiales:

—Di sablazos; viví de la caridad de los poetas, porque yo me sentía ya un poeta—dice melancólicamente.

Cuando vuelve de Francia estalla la guerra.

—Una dura experiencia que hay que pasar.

Sobre nosotros, en un ángulo próximo a los libros, un retrato de Millán Astray. Una dedicatona que comienza: «A Camilo José Cela, caballero legionario...»

—¿Y su vida de estudiante?

LA VOCACION SENTIDA: LA HOLGANZA

Después del Bachiller de don Nazario viene la Universidad. La Universidad, si el «Buscón» nos deja.

—A mí no me dejó. Me dediqué entonces a «empezar carreras». Comencé Aduanas, Medicina, Filosofía y Letras y Derecho. Ninguna se terminó, ¡gracias a Dios!

Se ríe casi por primera vez. Se recuerda un poco y añade:

—Me costó mi trabajo, pero conseguí no licenciarme.

—¿Cuál era entonces la vocación que hubiera seguido sin vacilar?

Me mira un instante con cierta paciencia y cierto cuidado de deseo de decir lo exacto.

—Hacia versos; parecería, por ello, que era la poesía, pero mi vocación auténtica, mi vocación bien sentida y profun-
damente, la holganza.

Anda, vagabundear, holgar y ver. En esas cuatro palabras se ajusta el esquema de una vocación sentida. Los años de la holganza son para Camilo José Cela diez años muy importantes de su vida.

—¿Qué hacía para vivir?



Camilo tenía ya cinco años cuando le hicieron esta foto



El novelista ante el mueble donde guarda exclusivamente ejemplares de las ediciones españolas y extranjeras de sus libros

—Nada. En ese tiempo soy hijo de familia.

—¿Y qué es la holganza?

—La holganza son los años de decantación interior, los años que van creando los posos...

UNA IDEA COSMICA DE LA VIDA

Hablamos, próximos a la chimenea. Se han apagado varias veces las luces. Entonces Cela pierde un poco la paciencia. Y luego, tranquilamente, con ese curioso cambio de la voz, se ríe de haberla perdido. Enciende por sí mismo las rojas velas en una palmaria de cuatro brazos. De pronto me dice:

—Yo no sé hablar a oscuras.

—Cela—le digo—, ¿ha influido mucho en usted su pasado?

—Todo está en función de todo. Yo tengo una idea cósmica de la vida: nada se explica sino en función de lo anterior.

La holganza, el vacío creador, caliente, de los años de mirar, nos lleva de nuevo, inconscientemente, al tema del trabajo. De pronto le oye uno decir:

—Me cuesta un enorme esfuerzo escribir, un trabajo terrible. Las novelas las produzco por lenta y trabajosa generación espontánea.

—¿Y escribirías?

—Trabajo todos los días, y creo —hace una leve pausa— que es imprescindible que sea así. Pero es diferente en cada una. En el caso de «La familia de Pascual Duarte» tardé veinte días en escribirla. Sin embargo, «La colmena» me duró cinco años. Y «La Catira», que sale ahora, ocho meses.

Sentado, quieto, reposado, Cela, una pierna sobre la otra, mueve, incansablemente, al ritmo constante de la música venezolana, el pie izquierdo. En lo demás, sólido, sin movimiento apenas.

—¿Dónde escribió «La familia de Pascual Duarte»?

Repasa, antes de contestar, las sugerencias que le ofrece la pregunta y luego, con su voz entera, contesta:

—La escribí en una casa, casi en una choza, de un pueblo de Avila: en Cebrenos. En una mesa que me prestaron por allí, que tenía el mármol roto.

Y como para sí mismo: A unos cinco kilómetros de Cebrenos está Toros de Guisando, donde los caballeros juraron a Isabel la Católica como futura Reina. Es algo así como una comarca alcalaide de Castilla. Muchas veces iba andando hasta allí.

Y a hablar con la gente. Y a saber de ellas. Y a oír cómo corre la pasión. Su espíritu de vagabundaje en dos libros: «Viaje a la Alcarria» y «Del Miño al Bidasoa». Quizá el «Nuevo Lazari-
llo», quizá todos.

—En un pueblo de la Alcarria el Alcalde mandó detenerme por indocumentado y vagabundo... Ahora también me escapo a las tabernas próximas de casa—y parece señalar con el brazo el camino— a hablar con la gente, a sentarme a su mesa, a tomar con ellos el vino blanco...

INTERMEZZO

Como a las seis y media han entrado en la habitación, paso tras paso, dos niños. Un niño y una niña. El niño, de nueve años, ha venido recta y seriamente a darme la mano. Con una energía casi impropia.

—¿Cómo te llamas?

—Camilo José.

La niña, bien diminuta, cons-
gue izarse hasta la butaca de Cela. Apoya, primero, un pie en un saliente; luego, en un último tirón, hasta arriba.

—Es su técnica.

Pregunto al hijo de Cela:

—¿Cómo te llaman en el colegio?

—Camilo.

—¿Nada más?

—A mí me gustaría que me llaman—dice casi altivamente— Camilo José.

Y una tras otro se marchan.

—Es que vamos a poner el cine—dicen.

La niña, antes de marcharse, me da un beso.

recoge un poco el cuello de la camisa blanca.

—Es una cornada.

Hace periodismo activo. Escribete en un lado y en otro. Pienso que es importante preguntarle algo:

—¿Qué le dió y qué le quitó el periodismo?

—En principio, yo nunca hice otra cosa que artículos de colaboración. No me quitó nada. Me dió una cosa: disciplina. En periodismo, si hay que hacer una cosa, hay que hacerla.

EL DIA DE LOS INOCENTES

—¿Cuándo comienza a sentirse escritor?

—Escritor, siempre. Desde que de niño comencé a unir unas letras con otras; pero escritor de verdad, hasta «La familia de Pascual Duarte». Fue una exposición de la literatura lamida de aquel tiempo.

Repasamos juntos, sin querer, las fechas. Fue por el año 1942.

—Recibí los primeros ejemplares el Día de los Inocentes. Durante cinco o seis días no me atreví a abrir el paquete. Fui por ellos a la calle Alenza, a la línea de autobuses Burgos-Madrid, por qué allí editaron el libro.

—¿Qué le impresionó de ese paso?

—Su enorme repercusión en el público.

—¿Comenzó a vivir de la literatura?

—En realidad, se puede decir que hasta «Viaje a la Alcarria» no fué así. Ese libro me da el cambio. Al principio vivía duramente. Pero el secreto de la vida española—dice un poco amarga y tristemente—es el de la constancia. En los malos tiempos cierran las escotillas y me ajeo llevar por el temporal. Después aparezco con el trabajo hecho.

—¿Y ahora?

Mira con sus ojos, que de vez en cuando parecen más claros, más de hombre rubio, como debió ser de niño, la hermosa sala, el fuego crepitante.

—La literatura es un honesto medio de vivir.

—¿Y su peligro?

—Los grandes peligros, los dos grandes enemigos mortales de la literatura, son la futilidad y el ingenio. Son dos toxinas.

—¿Y su preocupación?

—No deshumanizarme.

—¿Qué le gustaría hacer?

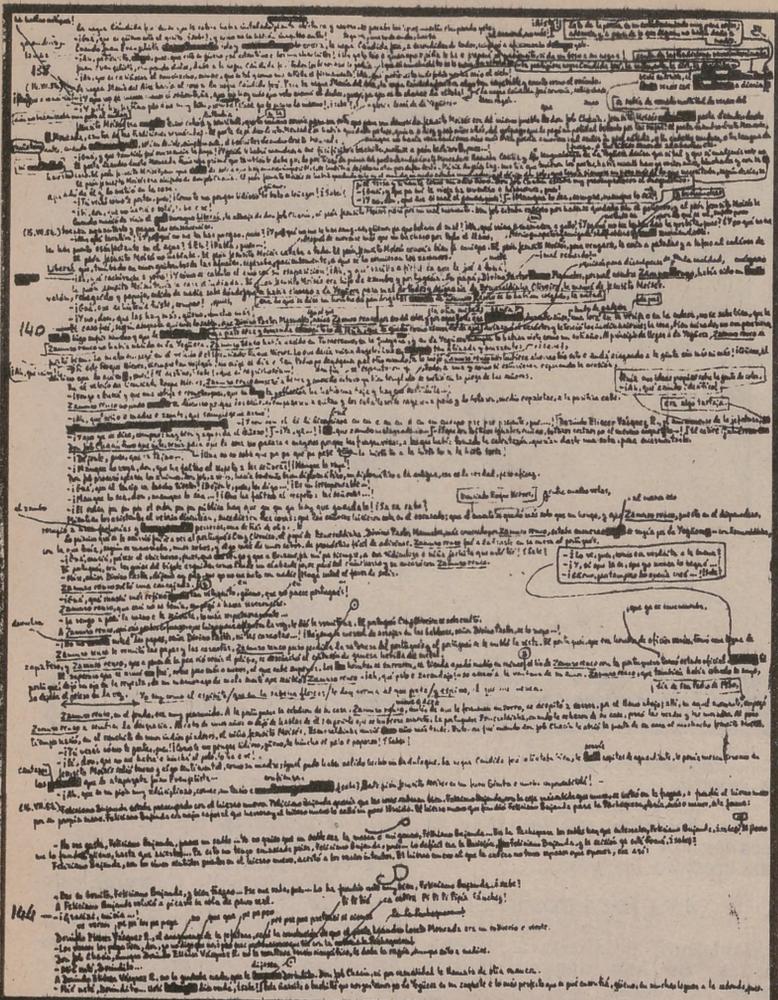
—Retirarme joven. Tener una finca, ocuparme de cosas hermosas y elementales. Unos patos, unas flores... escribir cuando quisiera.

Así es la vida. Cela gustaría de la tierra, de la paz, el éxodo a la campana y a la torre.

CELA, AMIGO DE BARROJA

La biblioteca de Camilo José Cela es grande. Me dice que tendrá unos cinco mil libros. Próximamente, pues, a nosotros, la conversación se dirige hacia ellos. Hacía la lectura, hacía los gustos, hacía las aficiones. Hacía las necesidades del escritor.

—No leo mucho, pero si ahuelo mucho. Releo, eso sí—y aunque parezca tópico decirlo—a los clásicos. A Quevedo y, sobre todo, a Cervantes. A los rusos del XIX —De pronto se vuelve hacia la



Fotocopia de una cuartilla manuscrita de Camilo José Cela, con meticolosas correcciones

Se cierran las puertas. La niña está recogida en casa de Cela. El lo dice echándolo a bromas. Como si le costara un trabajo enorme. Como si fuera un pecado.

—Ya ves, mi casa no tiene manchas de sangre—dice su voz triste, acerada.

DESPUES DE LAS CARRERAS, LOS OFICIOS

Vuelve la conversación, mansamente, a donde la habíamos dejado. A la vida de Cela.

—¿Qué hace después de «empezar carreras»?

—E m p i e z o oficios—d i c e miyo serlo.

Camilo José Cela hace de todo. Intenta todo.

—Soy hasta funcionario.

Actúa como intérprete en tres películas. Es torero.

Va con los toreritos por los pueblos de Castilla y se mete dentro de un traje de luces. Ahora, en este momento de la conversación, Cela se

Cerca de la chimenea, y próxima la copa de coñac, el lugar preferido para la lectura



poesía: —¡Ah!—dice— y a fray Luis de León y Machado.

—Y de los escritores vivos, frase, llena como si se desbordara fluencia?

Ni tan siquiera lo piensa. La frase, llena como si se desbordara de una copa, no duda un instante en la diana:

—Baroja, a pesar de lo poco que lo veo. Es un hombre profundamente auténtico, verdadero y honesto.

Estamos ahora, mientras el fotógrafo tira unas placas a Cela, en el pequeño comedor, al que, entre mosaico y cuadro, llegan también los libros. En un mueble guarda Cela sus ediciones: «La familia Pascual Duarte», en diecinueve lenguas diferentes. Es curioso verlas allí con sus distintos lomos, formatos, letras. En un rincón, una fotografía de don Pío Baroja. Está dedicada. Comienza: «A mi querido amigo y compañero Camilo José Cela...» Después le habla del Retiro, de la llegada del Cela joven a la vida.

A las siete de la tarde, un hermoso reloj da una campanada. Miro su hora: tiene las dos y media.

Camilo José Cela sigue mi mirada.

—Yo le dejo ir como quiera: es un reloj tan bonito que le doy cuerda como le daría de comer, pero nada más. Cuando vengo de viaje le pongo en marcha, pero nunca me atrevo a ponerle en hora; anda, así, a su capricho. De vez en cuando se para.

LOS CENACULOS LITERARIOS

Hubo una época en que el escritor no dejó de frecuentar las tertulias literarias. Se hundía en ellas.

—Era una especie de toxina de la que me he liberado. Todo momento libre que tenía se me deshacía en el café. Hasta que descubrí el huevo de Colón: «Que se podía no ir». Además tengo el trabajo.

Se sonríe un poco.

—¿Qué piensa?—le digo.

—Nunca pude perdonar en la tertulia de escritores que se pasaran el día hablando de literatura, como si los dentistas hablaran en sus reuniones de las caries.

Hablamos ahora, sin querer, quizá queriendo, de la envidia.

—La envidia es esterilizadora, igual que la soberbia.

—¿Qué consejo le gustaría dar a alguien que comenzara?

Me mira un momento, sorprendido. Luego me dice:

—Que cada cual se equivoque solo. ¿No le parece?

EL ÚNICO PREMIO SE LO CONCEDIO LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES

Me dice, en el charlar por charlar de estas horas gratas, que acaba de ser invitado a concurrir al Premio «Menorca». El tema de los premios literarios, tan candente, tan sometido a cientos de presiones y estímulos, es un tema ancho.

—Yo no me presento al Premio. Además en general, los premios cumplen una finalidad distinta a la que seguramente se pretende llegar: siembran el confusiónismo entre escritores y lectores.

—No se ha presentado nunca a un premio?

—Al principio de mi vida literaria, sí. Ahora soy, con Baroja, un escritor que nunca ha recibido un premio...

De pronto me cuenta una anécdota:

—Una vez recibí un premio—y lo cuenta con gracia chispeante—: era un artículo que había publicado en «La Vanguardia» y que alguien recortó y mandó al certamen. Ganó el premio de la Sociedad Protectora de Animales; pero renuncié al dinero, aunque era una época difícil para mí.

Se ríe de la cosa.

ESCRIBIR SIN MESA

He querido saber dónde trabaja, dónde escribe. La estancia tiene una mesa grande, pero no la historiada de despacho, sino una mesa. Pero no escribe en ella.

—Yo no tengo despacho. Yo no escribo nunca en una mesa de despacho, sino en cualquier parte: muchas veces en las rodillas. Me gusta, eso sí, tener un rincón agradable, poder o saber que puedo, cuando quiera, tomar una copa de coñac. Un café. El frío me horripila, pero más las mantas por las piernas...; para escribir, necesito estar a gusto.

LOS VIAJES AL EXTERIOR

Los últimos años de Camilo José Cela son una constante revisión de las fronteras. Acaba de venir de Inglaterra y de Holanda, donde ha dado, en famosas Universidades, una serie de conferencias. Ha estado en la América española.

En el año 1952 fué a Chile, invitado por el Congreso Mundial de Prensa; en Santiago de Chile, con Deraw Pearson, Illia Ehrenburg, el soviético, y el italiano Curzio Malaparte.

Años de trasiego. Las fronteras se rompen en todas sus cuerdas. Viajar y hablar. Dar conferencias, vagabundear, aprender.

A su vuelta de Chile... Bueno, que lo cuente él:

—Recibí el mismo día la Encomienda de Isabel la Católica concedida por el Caudillo, y mi baja de la Asociación de la Prensa. Las dos notificaciones el mismo día.

—La cara y la cruz, Cela. Un poco, también, lo que debe ser.

«LA CATIRA» ES UNA RUBIA VENEZOLANA

En 1953 viaja a Colombia, Ecuador y Venezuela. La gran jira se inicia con una invitación del doctor Lucio Pabón, entonces ministro de Educación. Va al Ecuador, vuelve a Bogotá y termina en Venezuela.

—Allí comencé a discurrir «La Catira». Es mi libro veintidós.

—¿Qué quiere decir «catira»?

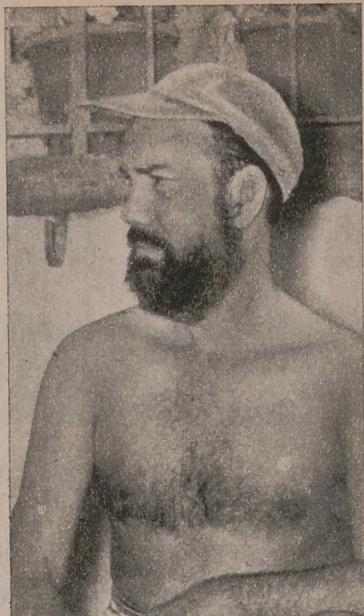
—Catira es rubia o blanca.

—¿Toda la novela es de ambiente venezolano?

—Sí. He tardado ocho meses en escribirla.

Sus ocho meses de barba crecida en Mallorca.

—Me ha costado un gran esfuerzo, porque no se trata solamente de la creación literaria, sino de la recreación del lenguaje.



Camilo, con toda la barba, en Mallorca, crecida mientras escribía «La Catira»

Se desarrolla en los llanos venezolanos, por los Estados de Guárico y Apure. Lleva, al final, un vocabulario que recoge ochocientas noventa y seis voces venezolanas.

Camilo José Cela está preparando casi las maletas del retorno a América. Lleva los primeros libros de la edición para presentarlos, en propia mano y propia voz, a los llanos de Guárico y Apure. Maletas que se abren y se cierran sin prisas. El mismo me recuerda una frase de Séneca «Hay que tener mesura hasta en el dolor.»

Antes de marcharme, ya de pie, cerradas las manos, le pregunto:

—¿Qué es lo que no se puede ser?

—Hay que intentar no ser vil. Enrique RUIZ GARCIA



En la Biblioteca Nacional de Caracas, C. J. C. antes de comenzar una conferencia

EN EL PAIS DE LA LECHE Y DE LA MIEL CIENTO MIL "DESPLAZADOS" ESPERAN DESDE HACE SIETE AÑOS RETORNO A SUS HOGARES

GAZA Y LOS CAMPOS DE REFUGIOS ARABES

UN DRAMA QUE PUEDE CONVERTIRSE EN TRAGEDIA DE LA NOCHE A LA MAÑANA

Desde Palestina. (Exclusiva para EL ESPAÑOL, por nuestro enviado especial FERNANDO P. DE CAMBRA)

HE llegado a Gaza bordeando la ruta del desierto. Al otro lado del Canal, una vez rebasada El-Kantara, quedó el milenario Egipto. Horas y más horas cruzando el erial desértico. Caravanas de camelleros, vieja estampa de épocas remotas, como si la marcha del tiempo se hubiera detenido hace veinte centurias. Be duiños auténticos. Aduares y tiendas de campaña. Grupos de palmeras cimbreantes bajo el soplo de la brisa marítima. La playa de El-Arisch, sinónimo de nuestro Larache mogrebino. Para terminar, Gaza dorada por los últimos resplandores del crepúsculo violeta. Y todo ello bajo un sol de fuego que parece reeditar la maldición bíblica...

Por mi gusto, hubiera preferido recorrer la milenaria ruta del éxodo, que discurre muchos kilómetros al Sur. Pero es necesario conformarse con las realidades de hogaño. A fin de cuentas, uno jamás va al lugar que hubiera deseado ir, sino adonde el destino le envía.

UN CALLEJON SIN SALIDA

Al filo de medianoche, desde la terraza de la habitación que me han destinado en este hotelito pulcro, que jamás pensé hallar en un lugar dejado de la mano de Dios, bajo las estrellas que brillan en la bóveda celeste, contemplo el paisaje.

Unas lucécitas que se divisan hacia el Norte, marcan la línea divisoria de armisticio, a 3 kilómetros escasos. Al Este, lo mismo. Al Poniente la mar. Y al Sur, el corredor de Gaza, que une la ciudad con su región natural de Palestina.

Me he metido en un callejón sin salida que no conduce a ninguna parte. Porque ni siquiera tengo el consuelo de reiterar el gesto bíblico que, según afirman las Sagradas Escrituras, realizó aquí Sansón, llevándose las puertas. Gaza es el callejón sin salida más perfecto que han podido crear los organismos internacionales. Vean el mapa y se convencerán. Una faja de terreno, adosada al mar, de 3 kilómetros de

anchura en promedio, por 45 de longitud. Allí, la divisoria; al otro lado, el Ejército de Israel, montando guardia, metralleta al brazo. Y disparando de vez en cuando, para recordar que existe el estado de guerra. A esta situación ha quedado reducido el bíblico país de «la leche y de la miel».

TODO TERMINA EN GAZA

Un tren sale de El Cairo cada mañana al filo de las nueve. Arrumba a Ismailia. Salva el canal de Suez. Se detiene en la estación de El-Kantara, donde el rápido se transforma en omnibus. Cruza el desierto de Sinaí, por la zona Norte, vecina al litoral. Y a las seis y media de la tarde, muere en la estación de Gaza, semejante a una feria pueblerina y alumbrada por los inevitables «petromax». Antes, el ferrocarril, continuaba hacia Jaffa, Tel-Aviv, Haifa, San Juan de Acre, Beirut, Anatolia y Estambul, para empalmar con el «Orient Express». Ahora, repito, muere en Gaza.

Una carretera sigue fielmente paralela a la vía del tren. Hace ocho años podía conducir hacia todo el Asia menor. Hogaño termina en la frontera del armisticio.

Los postes de la línea telegráfica surgen como brazos desnudos, empotrados sobre las arenas del desierto. Y su voz se quiebra en cuanto llegan a Gaza.

Todo termina en este lugar. Incluso la esperanza de 200.000 refugiados. Por eso he venido a visitarlos.

Como en el teatro clásico, el drama de Gaza se divide en tres actos y varios cuadros sucesivos, íntimamente ligados por el común denominador de las guerras, que a su vez aportaron la inevitable secuela de ocupaciones y conflictos. Mi reportaje ha de ser puramente objetivo; hecho de realidades. No se trata de especular sobre «lo que pudo ser», sino de escribir «lo que ha sido...» y continuará siendo, si Dios no le pone remedio. Porque los hombres no parecen muy dispuestos a solucionar.



DESPUES DE «LAWRENCE OF ARABIA»

En 1918, con el Tratado del Trianón se cerraba el novelesco capítulo de la fabulosa novela vivida por «Lawrence of Arabia», y que, por cierto, ahora niega nuestro viejo conocido Richard Aldington, en su reciente libro «Lawrence el falsario». Pero éstos son otros carneros que ahora no hacen al caso. Lo cierto es que entonces dió comienzo la ocupación de Palestina por los ingleses. Treinta años habría de durar sobre poco más o menos. Durante ese lapso de tiempo, construyeron carreteras, un ferrocarril, algunos edificios oficiales, campos de golf, pistas de tenis y algún que otro «rest-house». Resumiendo: la clásica política colonizadora usada por Gran Bretaña en todas partes. Nadie extrañará, pues, que al marcharse, apenas hayan dejado otra huella de su paso, que el idioma internacionalizado. Además, una situación caótica que produjo el conflicto entre árabes e israelitas. Ese conflicto armado, de doce meses, que terminó o, mejor dicho, sufrió un aplazamiento merced a las gestiones de la O. N. U.

Nadie ha quedado satisfecho con el armisticio impuesto. Los hebreos afirman que en pocas semanas hubieran ensanchado los límites del actual Estado de Israel, adjudicándose toda la tie-



El enviado especial Fernando P. de Cambra durante su viaje por la zona fronteriza de Gaza. — Abajo: Chiquillería junto a una fuente en Gaza



rra de Canaán. Por su parte, los árabes afirman que el viento de la guerra comenzaba a mostrarse favorable, y que en escaso tiempo habrían aplastado al enemigo. No es de extrañar, pues, que ni ingleses ni americanos gocen de grandes simpatías por estas tierras. He podido comprobarlo.

LA CENICIENTA DE ORIENTE MEDIO

Hasta 1947, la provincia de Gaza abarcaba todo el sur de Palestina, desde el Mediterráneo al mar Muerto, pasando por el desierto de Negev, para alcanzar el golfo de Akaba. En conjunto, 13.000.000 de hectáreas, habitadas por 260.000 almas. A mediados de 1948 quedaba reducida al estrecho pasillo que mencioné antes: 45 kilómetros de longitud por 3 de anchura, es decir, 100.000 hectáreas de superficie total, pobladas por 310.000 personas. Este es el actual «Gobierno de Gaza».

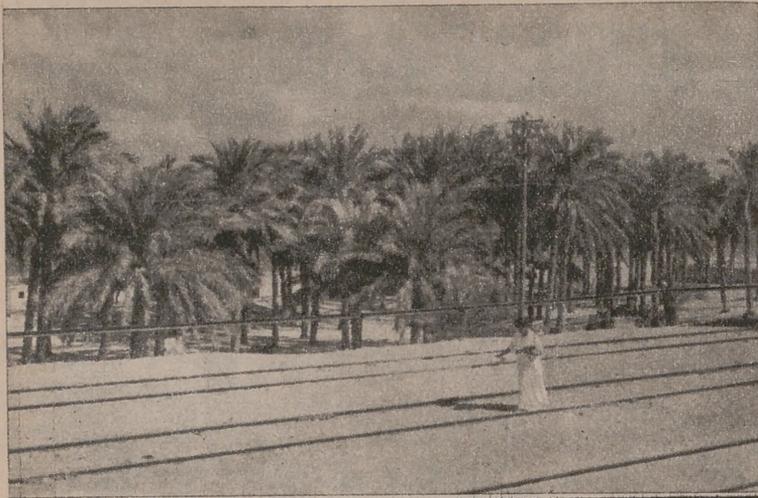
Gaza, vuelvo a repetir, es un pasillo que no conduce a ninguna parte. Un callejón, en su doble aspecto geográfico y político, sin otra salida que el ferrocarril de vía única que conduce al desierto. Los ingleses no se preocuparon de construir un puerto, ya que 200 kilómetros al Norte, hicieron el de Haifa. Ahora se asfixia lentamente bajo la triple pesadumbre de su ircomunicación, la falta de trabajo para su zona

Panorámica de un campo de refugiados árabes en Palestina

superpoblada y el peso de 200.000 refugiados.

Treinta y cinco mil habitantes tenía Gaza-ciudad en 1947; hoy, 110.000. Sobran brazos inútiles y faltan cultivos. La fertilidad asombrosa produce toda clase de frutos, que se malvenden cuando llega la cosecha. Exportarlos constituye un imposible: no hay puerto de embarque, y Egipto, pese a su buena voluntad y la protección que dispensa, tampoco puede absorberlos, puesto que el delta del Nilo tiene idénticos frutos. Enviar al extranjero es otra entelequia: 600 kilómetros de ferrocarril, dos fronteras (Palestina y Egipto), el Canal y dos transbordos la separan del más próximo lugar de embarque. Sólo un comprador sería capaz de absorber toda su producción, pero ahí está el estado de guerra para impedir cualquier trasacción. «Israel dixit».

Taponada su imposible expansión hacia el Sur, es decir, el desierto, los habitantes de Gaza miran con ansia y temor a un tiempo, en dirección al Norte. A tierras que hoy constituyen el actual Estado de Israel, y ellos continúan llamando Palestina. Es como un nuevo país de promisión,



Las palmeras de El-Arish marcan el final del desierto, junto a la frontera de Palestina

al revés. Un territorio que les está vedado, puesto que allí viven los israelitas, que arguyen derechos históricos, políticos y religiosos.

NO HAY SOLUCION PACIFICA

—¿Puede haber solución pacífica en el actual conflicto que les separa de Israel?—he preguntado con la candidez que admite mi condición objetivista de neutral.

—No hay solución—me responden todos, de arriba abajo, con unanimidad abrumadora.

—¿La situación actual puede mantenerse?

—Nadie lo sabe. De todas formas, esto no puede continuar indefinidamente.

—¿Otra guerra?—apunto tímidamente. ¿O, mejor dicho, que vuelvan a reproducirse las hostilidades?

—¿Y por qué no, si es la única forma de solucionarlo todo?—admiten a coro.

Horas más tarde, el mismísimo gobernador militar de Gaza, el general Abdallah Refat, me confirmará esta tesis, con espontánea franqueza de puro estilo castrense.

El drama de Gaza puede convertirse en tragedia de la noche a la mañana. Y «la tierra de la miel y de la leche», en campo

de batalla. Esta es la impresión que produce, a las pocas horas de vagabundear por el callejón sin salida creado por la política internacional. Y las circunstancias. Que también deben ser tenidas en cuenta.

EN LOS CAMPOS DE REFUGIADOS ARABES

A las seis y media de la mañana (una hora que en cualquier otro lugar del mundo me parecería «imposible», pero que aquí se me antoja natural y lógica) el capitán del Ejército egipcio, Moshen Hussein, acude a buscarme con su «jeep», para dar comienzo a la jira que tenemos programada. Antes de continuar, y en honor de la verdad, debe escribir que el referido capitán Moshen Hussein, hombre servicial y de una jovialidad optimista y arrolladora, ha facilitado esta misión informativa allanando todos los caminos. También conviene recalcar que no me condujo por donde él quiso, sino hacia los lugares que a mí personalmente se me antojaron dentro del trayecto. Parece necesario aclararlo, para que nadie pueda suponer que únicamente me mostraron «lo visible». Y ahora vamos adelante con nuestra correría.

A la vera de la ciudad (dos ki-

lómetros escasos) existe el campo cuyo nombre encabeza este apartado. Sobre la misma playa, un verdadero pueblo formado por casas de una sola planta, construidas con arena y cemento, para reemplazar las tiendas de campaña que albergaron a los refugiados durante la primera etapa de su emigración. Calles de tierra y arena sin apisonar. Fuentes públicas que extraen el agua de canalizaciones tendidas por el Municipio. Letrinas, también públicas, puesto que las casas no se hallan dotadas de instalaciones sanitarias. Un enjambre de chiquillería correteando por todas partes. Mujeres con la túnica negra o azul rayada en blanco y el cántaro sobre la cabeza. Hombres en cucullas a la sombra de los murcs. Y el sol generoso que alivia el panorama, porque bajo otro clima menos propicio, esta miseria resignada parecería intolerable.

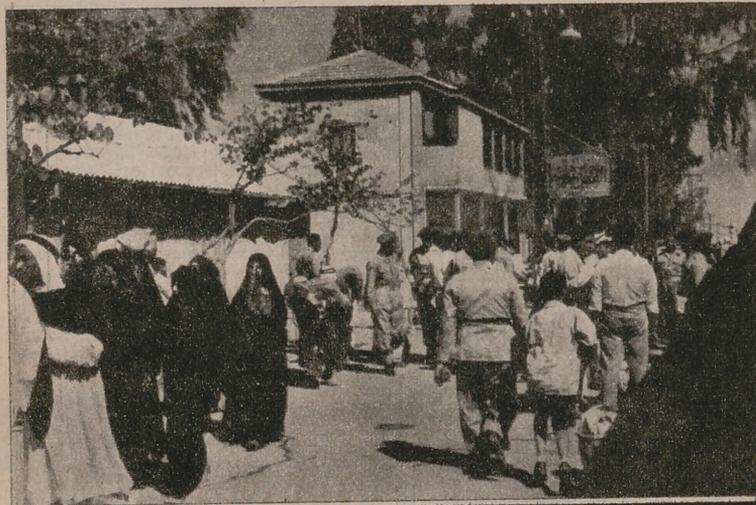
Cada edificio, destinado a una sola familia, está formado por dos habitaciones pariguales. La primera sirve de comedor, cocina y otros menesteres. La otra, de dormitorio común. Cada pieza tiene tres metros de largo por tres de ancho. Un ventanuco sin cristales proporciona luz y ventilación. Habida cuenta de que cada familia se compone, por término medio, de siete u ocho miembros, aquí pasarán la noche mezclados, sin distinción de sexos. Sobre el piso de cemento extienden colchonetas o jergones que ahora, durante el día, veo aplastados contra la pared.

Quién más, quién menos, ha edificado una pequeña tapia de barro ante su casa. Sirve de corraliza, donde picotean algunas gallinas escualidas. Cochambre y suciedad por todas partes. Pero, ¿cómo podría ser de otra manera? Heroicos son los esfuerzos realizados por el gobernador militar egipcio, y delegado de la U. N. R. W. A., como veremos más adelante. Tienen que luchar contra el primitivo fatalismo de estas gentes. Y la batalla parece desigual.

Describo lo que he visto, de una manera escueta; sin comentarios. Durante tres horas largas de sitio, entré en muchas habitaciones. Todas son pariguales. Añadiré que el campo de Gaze-Beach alberga 14.117 refugiados. Más mujeres que hombres. Y un 10 por 100, aproximadamente, niños de corta edad.

Un barracón de nueva planta, materialmente impregnado por el olor de ácido fénico, y distribuido en varias salas o departamentos bien clasificados. Desde el fichero, hasta la clínica de alumbramientos, discurren toda la gama de asistencia sanitaria eficiente. El médico-jefe, varios ayudantes y diez o doce enfermeras, atienden a la sucesión interminable de pacientes. Siento no haber tomado nota del nombre de cada uno, porque todos, sin excepción, realizan una labor misionera a prueba de repulsiones. Hace falta mucho espíritu de sacrificio para encerrarse en este lugar.

—Nuestro máximo problema es el de las madres gestantes—afirma el médico-jefe, durante la conversación que hemos sostenido—. Estas gentes ignoran hasta las más elementales leyes de higiene. Tenemos que inculcarles estos principios. Después las aten-



La estación de El-Kantara, en la orilla asiática de Egipto

demos durante el alumbramiento. Procrean a la buena de Dios. Temen ser estériles, porque consideran la esterilidad como una vergüenza; según ellas, cada año deben tener un hijo. Y ello constituye un problema pavoroso.

—¿Existen enfermedades epidémicas?—pregunto.

—Ninguna. Hemos conseguido eliminar las que se produjeron al principio. Los casos de tifus son raros. La dolencia más corriente es gastritis, debido al abuso que hacen de las especias en sus comidas.

He impresionado varias fotos con mi «Leica», y después, un amigo benévolo nos retrata en grupo. Al despedirnos, una enfermera libanesa, morenita y vivarachita, exclama: «Revenez vite nous revoir!». Sonríe comprensivo; aquí no deben abundar las distracciones. Pero yo, dentro de unos días o unas horas, estaré a muchas millas de distancia. No es fácil que vuelva.

La excursión prosigue monótona, igual, como eternas variaciones sobre un mismo tema de miseria y resignación. Siete campos existen en la región de Gaza, albergando en junto a 206.990 refugiados. Por lo menos eso afirma la estadística. Todos son iguales. Las mismas construcciones y trazado, idéntica administración y, sobre todo, igual fatalismo.

Javalein, el más nuevo, me ha proporcionado una nota que refleja el clásico espíritu de la ociosa hospitalidad árabe. Habíamos entrado en una habitación tan misera como las otras. El jefe de familia, un viejecito de barba blanca y palabra suave, se quejaba de no sé qué imperfecciones. Mi guía procuraba darle satisfacción. Y, por último, al despedirnos, este desheredado de la suerte, este hombre que ni siquiera tiene la esperanza de un futuro mejor para consolarle de su miseria presente, se empeñó en invitarnos a tomar el té. Me ha costado Dios y ayuda rehusar la oferta sin ofenderle. Porque, en verdad, no resultaba muy apetecible beber el pardo mejunje en la misma taza de aluminio que sirve para toda la familia...

MÁS DE 200.000 REFUGIADOS EN SIETE CENTROS

He visitado, uno tras otro, todos los campos que existen en la zona de Gaza. Treinta y siete mil viven en el de Zeitun, 26.000 en Rafah, 34.000 en el de Rimahl. Y así sucesivamente, hasta completar los siete Centros, con un total de 206.990 refugiados. Entre ellos hay de todo: labradores, peones, propietarios, gentes que hasta 1947 poseyeron tierras, castillos y bienes materiales. Ahora nada tienen: son un número en las listas de abastecimiento. Un rebufo que incluso ha dejado de confiar con el retorno a los hogares perdidos. Desde hace seis años y medio se pudren en la inacción. Y continuarán agonizando con sus 1.500 calorías diarias.

En cualquier otro lugar del mundo, estas 200.000 personas constituirían un foco peligroso de revolución en potencia. Un terreno abonado para cualquier propaganda disolvente. Aquí, el fatalismo de la raza ahuyenta tal posibilidad. Miran sus andrajos, contemplan los del vecino y murmu-



Gaza, al fondo, detrás de los árboles, la divisoria con Israel. Todo termina en este lugar

ran: «¡Dios lo ha querido así! ¡Alabado sea su nombre!»

Pero el teorema no se reduce a estos 200.000 individuos. Existen otros tantos refugiados en Líbano. Más todavía en Siria y Jordania. En junto, suman la espantosa cifra de 950.000 desplazados. Sin contar otros que se incorporan cada día.

No hay ocupación para esta humanidad doliente. La zona de Gaza ya sufría una crisis aguda provocada por la disminución de su territorio, falta de comunicaciones y constante inseguridad. Desde hace seis años y medio, los refugiados permanecen inactivos. Viven en familia, comen lo que reciben, toman el sol y se multiplican. Porque éste es otra faceta del problema; por término medio, cada matrimonio tiene cinco hijos. Únicamente la enorme mortalidad infantil consigue nivelar la progresión constante.

LA U. N. R. W. A., UN ORGANISMO DE AYUDA A LOS REFUGIADOS

He querido obtener más datos y precisiones. El único organismo calificado para proporcionarlos es la U. N. R. W. A. De paso, recordemos que el anagrama significa United Nations Relief Works Agency». Estimo que no

hace falta traducción. Sobre todo si añadimos el complemento P. R., es decir, Palestina Refougees.

Barracones, tinglados, almacenes, camiones y «jeeps» por todas partes. Me recibe con las máximas atenciones y amabilidad mister David C. Stephen, «chief district officer» en Gaza.

—¿Cuál es la misión de este organismo?—pregunto.

—Auxiliar, atender y proteger a los refugiados de Palestina—contestata.

—¿Cómo fué creado?

—Cuando se produjo la guerra de Palestina y para ayudar a los refugiados. La U. N. R. W. A. es una agencia de la O. N. U. Se creó en 1948.

—¿A cuánto asciende su presupuesto y cómo se cubre?

—El presupuesto anual para la sección de Gaza suma 6.000.000 de dólares. Lo cubre la O. N. U. Y contribuyen diversos países. Especialmente Estados Unidos que pagan el 70 por 100. Después vienen Gran Bretaña, Francia, Canadá, etcétera, etc. La central de la U. N. R. W. A. está en Beyrouth, y tiene bajo su control directo cuatro distritos, es decir, Gaza, Líbano, Jordania y Siria. El más importante es Jordania, con 450.000 refugiados. Cada uno de éstos tiene asignada una ración



Un aspecto de Gaza, en la zona fronteriza, ciudad de desplazados



Un taller femenino para refugiadas. Las muchachas ocultan el rostro para no ser retratadas



Cambra visitando el hospital de Bureij



Una pequeña hiladora árabe en Gaza

equivalente a 1.500 calorías diarias. Durante el invierno se incrementan los alimentos hasta 1.600 calorías. Hacemos cuanto es humanamente posible para mejorar su situación.

—¿Puede prolongarse este estado de cosas mucho tiempo?

—Este es el problema—responde mister Sthepen—. Hace falta una solución política que permita a los refugiados volver a sus hogares.

—¿Cree que podrá conseguirse?

Mister David C. Sthepen se encoge de hombros, sonríe y en lugar de contestar, es él quien me pregunta:

—¿Cómo juzga usted nuestra labor?

—Admirable—respondo sin vacilar—. Constituye una obra humanitaria, digna de ser conocida y admirada por el mundo entero, después de haber visitado Centros, clínicas, hospitales, escuelas y comedores. Hacen ustedes cuarto humanamente es posible hacer, para que estas gentes no mueran de inanición y que su existencia resulte soportable. Así pienso escribirlo.

Nos hemos despedido con un recio apretón de manos. Y, sin embargo, mientras el «jeep» me lleva hacia la carretera, voy murmurando la frase de Dante: «Lasciate ogni speranza...»

LA DIVISORIA ENTRE DOS MUNDOS

Otra vez a corretear por estos aldeaños. Pero ahora, al aire libre, bajo el sol tibio de Palestina, y entre olivos, centenarios que se yerguen a la vera del camino. La pesadilla de los parias refugiados corresponde al ayer. Hoy son las tierras bíblicas, donde cada nombre evoca una página del Antiguo y Nuevo Testamento.

No hace falta correr mucho, para topar con la divisoria de armisticio. Es una línea problemática que corre a campo traviesa, sin barreras ni avisos. La advertencia puede llegar cuando menos se espere, expresada en una ráfaga de ametralladora. Mi acompañante, es decir, el capitán Moshen Hussein, asegura «que tiran a dar» desde el otro lado. Sonríe algo escéptico, porque ayer, du-

rante toda la noche, nó me fué dable oír ni un solo disparo.

Nuestro «jeep» llega a un desvío donde nace otro ramal perpendicular a la carretera seguida. Me ha costado muchos ruegos y algún alfilerazo al amor propio, que me conduzcar hasta aquí. Moshen Hussein afirma que es responsable de mi integridad personal, y que no le agradaría tener que rendir cuentas al gobernador de la zona en el caso de que me sucediera «algo». Suponiendo que pudiera rendirlas. Detiene el vehículo y añade que puedo tomar cuantas fotografías me plazcan.

Echo pie a tierra y avizoro el panorama. Es un campo como otro cualquiera que se extiende en ondulaciones de franjas terrosas, verdes o amarillentas. A 800 metros, un caserío dominado por una especie de minarete, que tal vez sea de alguna vieja mezquita. Más a la izquierda, otra edificación. Todo ello ya pertenece a tierras de Israel. En vano busco puntos de referencia que permitan identificar el lugar. Y renuncio a impresionar la película, puesto que la imagen nada diría.

Mi insistencia hace mella en el capitán, que coisiente en avanzar un poquito más hacia la izquierda. Van precisándose las imágenes, pero no avizoramos alma viviente. Quinientos metros más, y nuevo alto, que ahora será definitivo. Y un poco desencantado, porque no pasó nada. Volvemos grupas para retomar por donde vinimos.

He intentado convencerlo para realizar una pequeña excursión nocturna que resulte más «emocionante» que esta especie de paseo dominguero, pero me contempla como si hablara un loco. A fin de cuentas, me hago cargo; yo, neutral, poco arriesgo si nos echa el guante una patrulla enemiga aficionada a correr la pólvora. Para él, ya sería otro cantar.

TE DE LAS CINCO EN LA RESIDENCIA DEL GOBERNADOR

Su excelencia el general Abdallah Refat, gobernador militar de la región de Gaza, y a quien le debo toda clase de facilidades y atenciones, me invita a tomar té en su residencia. De buenas a primeras, indico a mi acompañante la conveniencia de cambiar el indumento campero que uso para estas correrías, por otro más adecuado. Pero me tranquiliza. Iremos, pues, algo desaliviados y con



Los «jeeps» y camiones de la U. N. R. W. A. llevan la esperanza a los refugiados

el polvo del camino por todo adorno.

Suponía una especie de mano a mano, y resulta que somos once para la tertulia; una especie de conferencia de Prensa reunida a mi intención, puesto que todos son propietarios o directores de los diarios locales. Sentados en corro, sobre la galería de la residencia, me contemplan como a un bicho raro. Desde hace años no han visto a un solo español. Y empiezan las preguntas, que como haciéndoles observar que soy yo quien vino a interrogar.

«ESPAÑA ES EL UNICO PAIS AMIGO DE LOS ARABES.»

—La Prensa de Gaza—dice uno haciéndose intérprete de todos sus compañeros—desea hacer constar lo siguiente: los verdaderos culpables del problema que actualmente existe en Palestina son los ingleses. Ellos lo crearon. Y Estados Unidos ha terminado de remachar el clavo.

—No hay solución para este problema—arguye otro.

Interviene el general Abdallah Refat, afirmando de una manera categórica:

—La única solución posible consiste en una nueva guerra...

Y todos asienten de manera unánime, añadiendo:

—Puede empezar otra vez; los árabes no cederán nunca.

—¿Existen incidentes de frontera?—inquiero, dirigiéndome al general.

—No hay incidentes entre las fuerzas armadas—contesta—. Son casos individuales entre incontrolados. Y siempre son los judíos quienes atacan.

—Necesitamos que conozcan nuestra situación en el extranjero—dice el decano de la Prensa—. El problema de los refugiados debe ser resuelto de una forma justa, devolviéndoles sus bienes, o mediante una indemnización que les permita adquirir tierras en otros lugares. Dígalo así en la Prensa española. Sabemos que España es el único país verdaderamente amigo de los árabes. Y que su Jefe de Estado, el Generalísimo Franco, comprende nuestros problemas. Desearíamos un intercambio cultural con la Prensa española. Estrechar las relaciones... Compréndenos mejor aún...

Nuevamente interviene el general Abdallah Refat:

—Dentro de poco serán puestos en práctica varios proyectos para dar ocupación a los refugiados. Es algo que deseamos solucionar de una manera humanitaria, y lógica. Hace falta aprobar ciertos presupuestos, porque el desembolso será cuantioso. El Gobierno de Egipto dará toda clase de facilidades y prestará su ayuda...

La reunión ha terminado al filo de las ocho. Insistían para que retrasase la partida, porque deseaban organizar una recepción en mi honor, al día siguiente. He rehusado cortésmente. Nada queda por ver en Gaza, y nuevos aspectos del problema me esperan al otro lado del desierto, junto a las riberas del padre Nilo. Mañana acudirán a despedirme. Y yo partiré con la sensación íntima de haber dejado nuevas amistades en este rincón del mundo.

CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA ACADEMIA

CCC

APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

INGLES FRANCES ALEMAN

LITERATURA INGLESA - LITERATURA FRANCESA

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

Cursos fonobilingües

Poliglophone

CON DISCOS (corrientes o microsurocos)

SIN DISCOS

La eficacia de nuestros cursos de idiomas no descansa sólo en el complemento de los discos; la amena distribución del texto, de técnica insuperable, hacen su estudio tan fascinador como un juego científico.

"Obsequiamos con un tocadiscos miniatura"



★ **RADIO** Televisión - Cine Sonoro

★ **COMERCIO**

Contabilidad - Tributación - Cálculo mercantil
Taquigrafía - Mecanografía - Redacción

★ **CULTURA** Ortografía-Lingüística

★ **CORTE**

Curso de Corte y Confección FEMINA

★ **DEPORTE**

Fútbol - Judo - Jiu Jitsu

Aprenda lo que ignora



CORTE O COPIE ESTE CUPON

D.....

señas.....

solicita información **GRATIS** sobre el curso o cursos siguientes.....

REMITASE A: **CCC** APARTADO 108 - SAN SEBASTIAN

LECTOR: No confundas el mundo, que brevemente vas a conocer, con el del hampa, poblado de incultura. En nada se parecen.

I

CUANDO Julia le conoció, en la plaza, el triciclo de Marcos era quizá de los más pobres. Un asiento duro, con dos brazos, y una espaldara de cuero materialmente raído. Las tres ruedas, de muy poco diámetro, avanzaban en un lento desarrollo movidas por las dos manos del muchacho. La transmisión era una larga cadena, con flojedad de eslabones muy notable arriba, en la «catalina», donde Marcos daba vueltas a las dos manecillas a modo de pedales. Era aquel, indudablemente, la síntesis de un carrito de inválido. No podía tener menos cosas. Estaba, además, pintado de un color verde de brocha que aumentaba su misera presencia.

A Julia un día se lo presentaron como recién venido al grupo. Ella había estado un par de semanas sin salir a la calle y al volver a su mundo de reventa se encontró con el nuevo muchacho.

Era un hombre fuerte aquel Marcos. Debió haber sido fuerte, mejor dicho. Antes de que su espalda ancha se agrietase en mil trozos rotos a lo largo de toda la espina dorsal. Antes de que aquellos cascotes segasen sus piernas casi a ras de las ingles. Antes de eso, indudablemente, Marcos tuvo que ser un muchacho fuerte. Todavía sus potentes brazos cosechaban la casta. Todavía su cuello anchote y sus hombros robustos decían del pasado reciente de aquella cabeza rubia un tanto perfecta. Pasado reciente. Antes de que Marcos guerrease por su cuenta, saltando crestas y quebradas. Antes de que Marcos fuese guerrillero, huido a las montañas. Y contó su historia.

Todos le escuchaban más o menos atentos, en el recodo donde el sol testaba. Había, como todos los días a aquella hora, concentración de inválidos. Pleno de triciclos, venidos de todas las esquinas.

Comían reunidos, ante la tasca que hay bajo los arcos de piedra. El que más y el que menos llevaba ya su bolsa con almuerzo. De dentro de la tienda les sacarían el vino sólo, el vino con sifón o solamente el sifón, para las mujeres. Antes de comer había tertulia, y después también. Se cambiaban impresiones del negocio. De aquél negocio de reventa variada a la que todos dedicaban su vida en cruces fijos o plazas señaladas. Tabaco, lotería, cordones de zapatos, gasolina, etcétera, iban vendiendo. No había queja. La ciudad era inacabable y daba para todos. La ciudad se quedaba dos horas sin ellos cuando, a mediodía, se concentraban en la plaza Vieja, casi sin un alma, llena de abandono. Entonces todas las esquinas debían poblarse de revendedores de ocasión. De hombres y mujeres que normalmente ofrecen y venden lo más insospechado, moviéndose siempre. Ahora, en ese medio tiempo, podían afinicar, establecerse casi. Mientras los inválidos de toda aquella zona formaban asamblea. Mientras de carrito a carrito se cambiaban impresiones del negocio, frente a la tasca de Mauro, el Gerdo, antiguo mutilado de triciclo, antes de que la ortopedia hiciese su milagro.

—¿Y dónde vendes tú, Marcos?—preguntó Julia, mucho después de que el muchacho de-entrañó su vida.

—Me pongo, por ahora, frente al Matadero. Casi no se hace nada y estoy desesperado.

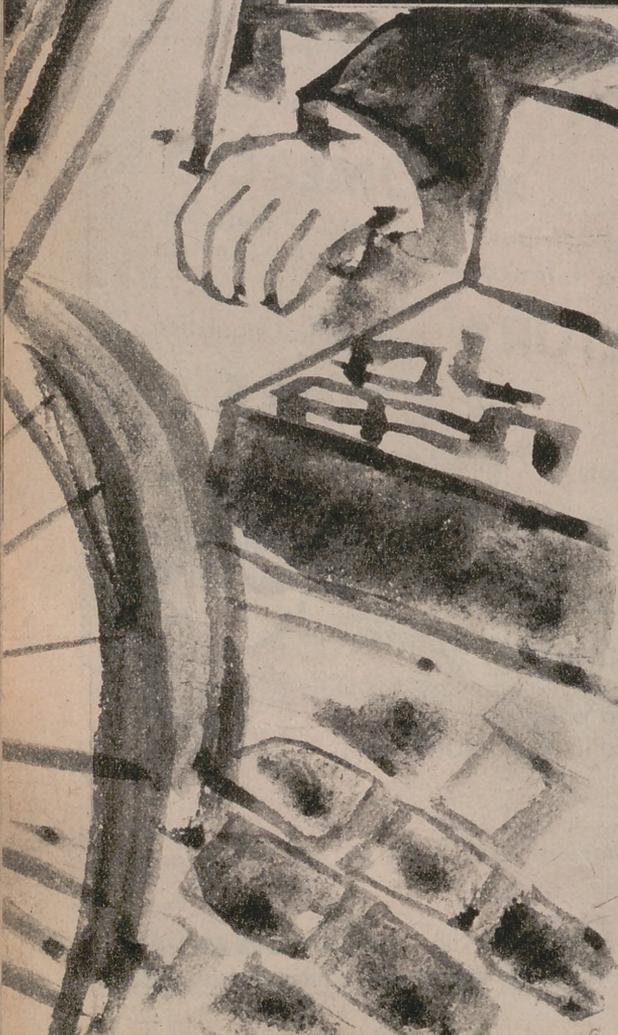
Todos miraron en silencio el carrito del chico y casi asintieron en que era para estarlo. De los doce triciclos revueltos en la plaza ninguno tan pobre como aquél. Todos los demás lucían detalles de prosperidad. Unos abundaban en barras niqueladas; otros, en cómodos cojines y cambio de velocidades. Y todos, todos, cubrían sus dos ruedas grandes con apropiados guardabarros. Además, y eso era lo bueno, la mayor parte de ellos habían superado la rotación rudimentaria con un motor acoplado en el eje de la rueda delantera. Daba gloria verlos, con esa innovación, avanzar sobre los adoquines de la plaza acompañados de aquel repiqueteo del escape. Mientras, Marcos empujaba el suyo con irregulares brusquedades.



TRONOS DE MISERIA

NOVELA

Por Raúl GRIEN DOCAMPO



—Fijaos cómo viene. Da pena, un muchachote así.

Y Marcos venía por el centro de la plaza, uno de tantos mediodías, a golpe de manecillas, bajo un sol ardiente o envuelto en un viento huracanado. A un lado, la cajita muestrario de tabaco de mil marcas, cerillas, lotería, etc. Y en sus gestos, la sonrisa para el grupo que le miraba.

—Ahí viene, fijaos: uno, dos, uno, dos, uno, dos... ¡pobre chico!

—Ya mejorará su suerte, mujer—contestó a Julia uno del grupo.

Pero no era solamente Julia la que se compadecía. Eran las tres mujeres que había entre todos ellos. Tres inválidas que, de siempre, representaban lo femenino en aquella agrupación.

Una de ellas era muy alta, altísima y desgarbada. Cubierta siempre con una especie de camión—un vestido largo y liso—, ocultaba sus piernas entumecidas y paráliticas. Usaba en todo tiempo gafas negras para cubrir aquella sífilis de sus padres que a ella se le había agarrado al borde de los párpados, enrojeciendo el sitio donde debía haber pestañas. Hablaba como silbando y vendía en la boca del Metro más concurrida de la zona. Era muy joven.

La otra, en orden a la edad hacia arriba, era esa Julia que ya medio conocemos. De unos treinta años bastante bien cumplidos. Rubia y de facciones bien proporcionadas. Se maquillaba con cierto gusto y muchos polvos blancos, y se dejaba el pelo suelto y largo. Su cuerpo era ya otra cosa. No solamente había padecido de niña esa parálisis maligna, sino que sus piernas se le habían ido retorciendo hacia adentro, poniendo frente a frente las dos puntas de los pies. De la cadera hacia arriba, todo era normal en ella; hasta tenía un busto llamativo. Pero aquellas piernecitas enanas, raquílicas y acuchilladas por cicatrices hondas y purulentas, hablaban explícitas de la tragedia. Tragedia que Julia apenas debió sentir. Había nacido casi en el carrito de su invalidez. Iban siendo más grandes cada vez, pero siempre fué unida a un triciclo de aquellos. Hasta llegar al que ahora tenía. El mejor, casi, de todos. Recubierto de chapa niquelada, alto, con cojines, estantes filios a los lados, mesita portátil y un motor estupendo de gasolina en el eje central. Después, multitud de detalles: espejo retrovisor, juego de luces verde y roja, correaes, etc. Era, desde luego, la admiración y envidia de los demás el carrito aquél al que, cada poco tiempo, le florecía un detalle nuevo. Todos estaban pendientes, como es lógico, de sus carruajes, única preocupación de los que saben que jamás darán un paso por sí mismos; pero no todos poseían la fortaleza económica que a Julia le permitía aquella ostentación. Era quizá, de las que más vendían. No sólo por el sitio, sino también porque los señoritos, y los que no lo eran, lo pasaban a gusto galanteándola. Su madre, además, revencía contrabando y cosas en los cafés, y su padre abría los coches a los señores.

La última de las mujeres, de las tres que había, era ya mayor. Debía tener algo así como cincuenta y tantos años. Achaparrada siempre, parecía un tonel encajada como iba en su vehículo. Le faltaba una pierna entera y no veía del todo bien. Usaba, en lo alto de su gordura enorme, unas gafas graduadas con cientos de dioptrías. En el resto era normal; tan normal que era madre de tres hijos mocetes ya. Tenía cierto aspecto de sucia. Ese aspecto seboso de todas las mujeres gordas como ella. Apenas tenía cuello y su pelo era ralo y también grisiento. Lo curioso en ella era ver cómo se pintaba aquellos labios suyos, casi sin perfil, con un corazón de curvas muy marcadas. Apoltronada e inmóvil al alcance de la caja de reventa, aparentaba ser un informe montón de carne humana. Pobre mujer. También ella, como las otras dos, se compadecía de la indigencia ostensible de Marcos.

—Con lo buen mozo que es—decían.

—Ya cambiará su suerte, poco a poco, mujer. Y el muchacho ganaba ya el grupo. Entonces el tema era otro. Casi siempre el negocio o las peripecias ocurridas en el día.

II

Creció el tiempo. Y se repitieron muchas más mañanas. Muchas. Casi trescientas sesenta y cinco. Todas llenas de horas y de hechos. Rematadas todas con aquella asamblea en la plaza. Con el sol fuera, con la lluvia bajo las arcadas y con el frío en las entrañas del feudo de Mauro. Enton-

ces todos ellos comían de lado, a la altura del mármol agrietado de las mesas. Así, de una manera u otra, muchas mañanas. Casi trescientas sesenta y cinco, desde que Julia y los demás conocimos a Marcos.

Efectivamente, había ido cambiando, poco a poco, su suerte. Pero no por azar. Todos los del grupo habían hecho lo suyo. Marcos se había ganado su voluntad y su simpatía. Incluso los que antes eran los más jóvenes, los galanes, entre todos, le tuvieron afecto. Marcos era también un gran chico. Al menos así lo parecía. Y supo hacerse querer por ellos.

—Di, Marcos: cuando eras normal, ¿qué te parecía nuestra vida?—le preguntaban.

Y nuestro muchacho, de golpe, recordaba otra vez sus años de dos piernas y rectas las espaldas.

—Siempre os consideré con admiración—se justificaba hábilmente.

Pero sabía que no era así. Nunca se había dado cuenta de que aquellas gentes existían. Jamás pensó en esa legión de hombres y mujeres, que veían el mundo de los paseos, del ir y venir, a media altura. El era normal entonces y daba, como los demás normales, zancadas de existencia. A los lados quedaban siempre los revendedores er-tumecidos, paráliticos, viéndole pasar entre los que pasaban también. Quedaban los paráliticos como seres vegetales en su fijeza y como seres faltos de razón en sus miradas indiferentes. Tampoco ellos, los inválidos, se fijaban gran cosa en los que iban marchando. Eran y son mundos distintos. En los cruces, la avalancha que anda, sorteaba el carrito de un hombre de aquellos como si se tratase de la barra fija de un farol o de un trozo de acera levantada. Nadie de los que pasaban, ni Marcos tampoco, sabía si en el triciclo encogía su cuerpo deforme un hombre o una hembra. Y si en la ráfaga, alguno cortaba su paso, para comprar algo, jamás se fijaba en quién le daba el paquete, la caja e incluso los cambios. Había ido directamente a aquel muestrario, llevado de su mirada de elección o de búsqueda. Nada más había visto. Ni a los que, casi siempre, forman corro en torno al carrito. Aquellos que venden la Prensa del día, hilos para collares o juguetes mecánicos. Aquellos seres de pie, únicos con los que cambia impresiones el que vive en la mitad de la altura, sentado y casi empotrado. Únicos que también conocen alguna confesión de invalidez. Los demás, no; los demás nada saben de ellos. A lo sumo se fijan en la movilidad de su triciclo, cuando en la angostura de un intenso tráfico, cruza el parálitico las calles en rodado desafío. Entonces, los normales, incluso Marcos antes, sonríen el espectáculo.

—¡Vaya tío! Fíjate cómo sortea los atascos—dicen unos a otros.

Es lo único que llama su atención. Ese desprecio al accidente, de quienes saben de articulaciones anquilosadas. De quienes muy poco tienen que perder, en su integridad. De quienes, en muchos casos, desafían conscientes a una sociedad que consideran un poco culpable de su drama. De quienes imponen su condición de desgraciados, en favor de unos derechos que creen poseer. De quienes piensan, sólo en muchos casos, que los normales—a quienes ellos suponen felices—les deben un trato especial. De quienes, en definitiva, hacen abuso de su condición tarada, en los casos en que eso se da. Es entonces sí, cuando los que van y vienen por su pie, saben de estos seres en tronos de tragedia. Pero tampoco saben más que de su paso. No piensan casi nunca, en señalados minutos de su vida. Esos instantes en los que sus gentes o amigos les trasladan del carro a la cama, del carro a una silla, o del carro a otra parte. Esos instantes en los que sus cuerpos soportan la higiene, esa higiene del trapo y jabón, chocando con muñones o huesos artríticos, con rigidez de siempre. Esos instantes en los que, a diario, se curan las cicatrices en actividad... En fin, nada de eso piensan, los que van erguidos, cuando por un alarde de él llama la atención el paso de un tarado. De un protagonista de ese mundo aparte. En el que todos se conocen y encasillan entre sí. En el que rivalizan en la puesta a punto de sus corros. En el que se comparan, mutuamente, sus deformidades para gozar una felicidad de gradaciones. En el que luego se protegen en comunidad, apretándose sus filas ante los que no saben sufrir. Ante los que imaginan incapaces de comprender su sufrimiento. Incluso ante los que no tienen su inútil condición desde la infancia.

Por eso Marcos tuvo mucha suerte en la acogida. El había sido normal, como sabemos. Y los inválidos, al admitirle, podían ensañarse en el caído ahora, por suponerle altivo un día. Un día. Antes de aquellas muchas horas de sanatorio. Horas de amplias galerías, orientadas a unas brisas que curaban los huesos, reblandecidos. Horas de camilla rodante en las que Marcos pensó mucho sobre los trozos de pierna cortados. Horas en las que todo su ser, se inundó con mentalidad de hombre de triciclo.

—Di, Marcos, cuando eras normal ¿qué te parecía nuestra vida?—volvieron a preguntarle, con cierta desconfianza, muchas veces más.

Y la respuesta era siempre fingida. Marcos pensó en inválido cuando lo fué realmente. No antes, como aparentaba decir. Pero aquello le dió resultado. Se hizo querer por todos. Y Julia, por eso o por lo que fuera, se enamoró de él tremendamente.

Muy pocos días después de conocerle en la plaza, renqueando el muchacho, como le hemos visto, en su pobre triciclo verde, hacía ahora casi un año, Julia sintió no sabía qué cosas. En principio tan sólo deseos de ayudarle.

—¿Quieres que te remolque como estos días atrás, Marcos?—le dijo una vez cuando, terminada la tertulia, se volvían cada uno de ellos a sus puestos de reventa.

Y Marcos ya decía siempre que sí. Y en el grupo, los demás, mascaban un nuevo comentario.

—No hay nada, no hay nada—coqueteaba Julia ante ellos cuando Marcos no estaba presente—. No hago más que ayudarle, como todos nos hemos propuesto. Mi motor es potente y puede con los dos. Eso es todo, vaya.

Pero no; eso era el principio. Hace ya muchos días de ello. Casi trescientos sesenta y cinco. Poco a poco, el remolque se hizo diario y el carro de Marcos se pobló de detalles, que Julia arrancaba del suyo. Desde una tarde en que la muchacha cogió, entre las suyas, la mano de Marcos. Desde entonces todo cambió poco a poco.

Era uno de los finales de jornada. Julia tenía ya por norma recoger al muchacho en su esquina del Matadero y dejarle en el paseo de las Acacias, donde vivía con una hermana suya, asistente de varias casas fuertes. Nada había en aquello hasta entonces, como hemos visto, más que el deseo de ayudar a Marcos a moverse. El motor del triciclo de Julia era potente y bien podía con los dos. Marcos, dispuesto a dejarse remolcar, se agarraba, de lado, a las barras niqueladas donde Julia apoyaba los codos, y se desplazaban a la par, rueda con rueda, por las avenidas verdes de la ciudad. Pero aquella tarde, desde la que todo cambió bastante, Julia llegó más temprano que nunca a recoger a su amigo, el antiguo guerrillero de montaña.

—Es que..., no creas que se hacía gran cosa hoy, Marcos. Estaba cansada de no vender casi nada..., y pensé que tú..., a lo mejor..., tampoco tenías buena tarde.

—Pues no muy buena, tampoco, no.

—Entonces me dije: Voy a recoger a Marcos y casi nos da tiempo a pasear un poco. ¿No quieres?

—Bueno.

Y se fueron, una vez más, rueda con rueda. Cerraron sus pequeñas estanterías y se fueron. Rumbo al parque del Sur, donde nadie habría a aquellas horas.

Julia olía muchísimo a perfume y Marcos a tabaco. Se gustaban entre sí los olores. Pero nada se decían. Iban respirando fuerte, en la velocidad más corta que aquel motor de gasolina daba. Marcos atenazaba con una de sus manos la barra niquelada del carrito de Julia, la perfumada muchachita rubia de busto normal, busto incluso precioso, pero de piernas enanas y retorcidas.

—¿No habías estado por aquí, Marcos?

—No, nunca. Hay tantas cuestras que me habría reventado subiéndolas a mano.

—Claro, eso sí. Pero, ¿ahora te gusta?

—Sí, ya lo creo; está muy bien el parque este.

—¿Me agradecerás este paseo, entonces, Marcos?

Marcos la miró con más fijez que de costumbre. Había dicho todas aquellas cosas con una voccecita de tono tan mimoso que al muchacho le sorprendió un poco. Casi se dió cuenta allí, por vez primera, de que quien le remolcaba a diario era una mujer. Y pensó, o, casi mejor, recordó, que cuando él andaba por su pie no se le daban mal del todo las mujeres. Y aquella, Julia, era

mujer. Pensó también... Pensó muchas cosas en el momento y volvió a mirar a la muchacha. Como diciéndole un sí largo con los ojos.

—Di, Marcos. ¿Me lo agradecerás?—volvió a preguntar ella aun habiendo interpretado aquella mirada afirmativa.

—Sí, Julia, sí. Te agradeceré esto y mucho más.

Y Julia apretó, bruscamente entre las suyas, la mano fuerte que Marcos llevaba en su triciclo. Y entonces pararon. Pararon debajo de unos álamos altos que temblaban con la brisa del atardecer. Parados así se apretaron, en nudos extraños, todos sus dedos y se hicieron cientos de cadenas con sus miradas. Sus gargantas también estaban llenas de nudos, como si la saliva se les hiciera grumos.

—Te lo tenía que decir un día u otro, Marcos. ¿Sabes? Yo no supe nunca lo que era esto. Nadie me quiso, fuera de los de casa, y yo tampoco sentí por nadie lo que empecé a sentir por ti, Marcos. ¿Qué será eso?

—Los dos lo sabemos, Julia. Yo también te vi de una manera extraña todos estos días.

—¿Es cierto eso, Marcos? ¿Entonces tú también me quieres algo?

—Pues claro que sí, pequeña. Yo necesito también un cariño que hace años no tengo, ¿comprendes?

Y Julia comprendió, y desde entonces se lo dió ella, se lo prodigó a manos llenas. Como si enfermase o enloqueciese, perdió el control de todo, volcándose hacia Marcos. Y fué a partir de ahí cuando la vida del muchacho empezó a cambiar visiblemente.

Un día se revisó la venta que alcanzaba en aquella esquina del Matadero. Y entre todos sortearon, en una de aquellas asambleas en torno a la comida, un buen empujamiento para Marcos. Julia pesaba mucho en aquel grupo de gentes desgraciadas. A casi todas ellas las había ayudado en ocasiones. Era un poco la «señora» de toda la parte aquella de ciudad. En la zona nueva y en la de la estación otras u otros llevarían asimismo la dirección de sus respectivos grupos de tarados.

Por lo tanto, y casi de golpe, Marcos se convirtió en el consorte en cuanto a atenciones. Atendiéndole a él mimaban a la benefactora.

—Hemos de ponerte el faro rojo detrás, Marcos—le dijeron un día.

—Toma, Marcos. De mi otro triciclo tengo estos guardabarros, bastante nuevos aún—le ofrecieron en otra ocasión.

—Chico, este es el color que le va a tu carrito, y no ese espantoso verde—se ufanaba incluso el mismo Mauro, el tabernero, la mañana aquella en que le pintó por fuera el cochecito a nuestro hombre.

Y así cada poco tiempo. Hasta llegar a que su carro fuese casi el segundo de aquellos doce. El primero era también como de él. Era el de Julia, su novia. Porque ya eran novios, ante todos, desde la tarde aquella del parque del Sur.

—No me gusta nada, Julia, tu trato a los señores del bar.

—Pero Marcos querido, si son sólo clientes.

Y la chica relamía el regusto de los celos de su novio. Sentía el cosquilleo de saberse atendida y vigilada. Sentía dichosa el peso de un dueño, de un amo preocupado.

—Son sólo clientes, guapo mío. Y además muy buenos clientes. ¿sabes?

—Bien, pero no creo yo que sea necesaria tanta sonrisa con ellos. Sobre todo cuando yo estoy cerca.

—Es que no saben aun que tú eres mi novio, Marcos. No saben que sólo tú serás mi hombre. Que nada más que en ti pienso, aun cuando les sonrío, Marcos.

Y Marcos carraspeaba fuerte, dueño absoluto de la situación. Si su columna vertebral estuviese dura se habría erguido. Le satisfacía del todo oír a la mujer en su entrega de palabra, una vez más. Tantos como siempre. Y ese siempre era constante. Como constante era, casi, el rodar unidos. Entre las dos luces del atardecer y por muy poco tiempo entre las del alba. Pasando sobre sombras de árboles y estatuas, codo a codo.

—No es posible un cariño más fuerte, ¿verdad, Marcos? ¿verdad? ¿verdad? ¿verdad? ¿verdad?

Entonces contestaba con aquellos argumentos que tanto repetía en la Plaza Vieja, ante el grupo en tertulia. Aquellas frases que sublimizaban

las más burdas sensaciones del contrahecho auditorio.

—Tan sólo los que sabemos de sufrimientos podemos querer así, Julia—decía—. Nuestras relaciones son siempre de alma con alma. ¿No ves que nuestro cuerpo apenas cuenta en la atracción? Nuestro amor es, pequeña, tan sólo pureza.

Y se doblaba de la cintura hacia arriba para besar a la muchacha, que se echaba también hacia adelante, ofreciendo su cara con los polvos bastante revueltos.

—Eso es, Marcos. Te oí decir siempre eso mismo. Nosotros estamos purificados con el dolor, ¿verdad?

—Claro. Aunque sólo sea porque no tenemos la soberbia, el orgullo, de nuestro físico normal. ¿No comprendes? Somos humildes queriendo, Julia, y la humildad lleva al amor más fuerte—sentenciaba aquel Marcos sin piernas, pero un día orgulloso y altivo hasta pretender hacer la guerra por sí solo en las montañas.

Y la chica rubia, de extremidades raquílicas y purulentas, suspiraba muy hondo. Como casi hacían los que en la taberna de Mauro oían tan oportunos argumentos en ocasiones. Y como aquéllos, también la muchachita de busto normal decía lo que pensaba.

—A ti debe creésete, Marcos. Has sido fuerte y sano casi toda tu vida.

Y volvían a rodar normalmente en busca de crepúsculos con sombras.

III

—... dos cincuenta, y las siete cincuenta del paquete, diez pesetas, y quince, las veinticinco, don Cristino. Muchas gracias... Y a propósito, don Cristino, no me volvió a decir nada de aquello que me habló. ¿No hay nada aún?

—Tienes razón, Julita. No he vuelto a insistir sobre el asunto. Y precisamente creo que ahora hay algo de eso. Creo que reparten algo ahora. Hoy me enteraré y mañana te daría una tarjeta para el señor que lo lleva, si ya se dan, ¿eh? Ya le hablé de vuestro caso.

—Muy bien, sí, señor. Muchas gracias, don Cristino, muchas gracias. Usted lo pase bien.

—Adiós, guapilla.

Y el llamado don Cristino, delgado y de cabeza pequeñita, acarició la barbilla de la revedadora antes de alejarse. Después subió al taxi que le esperaba.

Julia se fué pronto también aquella tarde. La vieja de los periódicos y el limpiabotas de la boca del Metro la vieron poner en marcha su triciclo, canturreando cosas muy bien entonadas. Tarareaba con gracia y muy contenta. Se fué feliz. Se fué precediendo a las carcajadas intermitentes del tubo de escape humeante.

Y llegó a la meta de todos los días.

—No lo creo yo tan fácil, Julia. No puede ser tan fácil—dudaba Marcos repitiendo para sí la frase que enfriaba el optimismo de su novia.

—Que sí, Marcos, que sí. Yo sé que don Cristino puede hacerlo. Y lo que sí es cierto es que el Ayuntamiento, de vez en cuando, atiende peticiones de estas.

—Bueno, pero aunque sea así habrá cientos de solicitantes.

—Pero para eso es don Cristino. Ahí empieza a jugar su amistad con los señores de allí.

—No sé, no sé. Lo ves demasiado sencillo, guapa. ¡Sería tan maravilloso! Entonces sí que dejarías tú la calle para siempre, Julia. Yo me bastaría para nosotros dos. Estoy seguro. ¡Oh, qué estupendo! Pero, no, no lo creo tan fácil.

—Esperaremos a mañana, Marcos... Pero..., eso de que yo dejaría la calle no se a qué viene.

—¿Eh?

—Que yo no querría dejar nunca la calle, Marcos. ¿No sabes que he nacido en ella? Trabajaría menos, pero, no; todos estos, nuestros amigos, Mauro, Justo, Encarna, etc., no podrían dejar de verme. Ni yo tampoco a ellos. No, Marcos, no digas eso. Trabajaría menos, pero no puedo olvidar que nací casi en la calle.

Y se oyó una tos fuerte. De frente, y recontando sus pisadas solemnes, un guardia se acercaba hacia ellos. Traía las manos atrás, y cuando las destrenzó hacia delante fué para decirles que parados no podían estar allí. Interrumpían el paso de peatones en la acera y de coches y autobuses en la



calzada. Que se fuesen. Que se fuesen arrastrando—quizá pensase el guarda—su condición extraña. De semipeatón y semicoche. Que se fuesen a los barrios menos concurridos.

Y le hicieron caso.

—Te decía antes, Marcos (¡Oh!, este guardia es una bestia); te decía que no debemos olvidar nunca que casi nació al aire libre.

—Pero...

—No, no sería de ese modo, querido. Ya de niña formó parte de mi vida el pasar de la calle sobre mí. Estuve siempre al sol, y en las mañanas de frío me abrigaban mucho al salir de casa. ¿No ves que nuestros miembros son ruedas? Los interiores son muy pequeños para ellas. No, no. ¡Ojalá que se resuelva eso! Pero para que tú tampoco dejes de estar siempre entre nosotros... ¿Verdad que seríamos los mismos, guapo mío?

—Bueno, bueno, pequeña. No quise decir que dejases del todo la calle, y menos a todos nuestros amigos. Se hará lo que tú quieras, en definitiva. Por otra parte, creo que es anticiparse en nuestras opiniones.

—¿Por qué?

—Porque sigo creyendo que no hay gentes tan buenas que ayuden así a los demás, sin recibir nada de ellos.

—¿Marcos...!

—Claro, pequeña. ¿Cómo van a...? En fin, es que me parece demasiado bueno todo eso. ¿comprendes? De todos modos, volverás a insistir con don Cristino, ¿verdad? Sería mucho dinero el que nos ahorraría...

—Mañana mismo lo sabremos, Marcos. Claro que volveré a insistir. Tú te lo mereces. Además deseo verito entero para aumentar mi orgullo de haberte querido como te quiero.

—Pero, ¿cómo se conseguirá?

—Esperemos a mañana, Marcos.

Y aquel mañana llegó al día siguiente. Y llegaron con él noticias mucho más que buenas. Don Cristino se había enterado y le había dado a Julia—a Julita, como él la llamaba—una tarjeta de su puño y letra para aquel señor que llevaba aquello. Era indudable entonces lo propicio del momento. Pero no había más remedio que cumplir unas condiciones impuestas por el Ayuntamiento. Julia había querido llevar todo el asunto en secreto, pero no podía ser. No había más remedio. El flacucho don Cristino le había dado instrucciones de última hora.

—Don Cristino hará todo lo que esté en su mano, amigos; pero me ha dicho que esto es necesario para que nuestra gestión salga adelante.

Estaba la taberna de Mauro llena de tarados cuando Julia hablaba. Era un mediodía de lluvia insistente y los triciclos lucían manchones de barro.

—Al final de la solicitud deben ir vuestras firmas—continuaba la enamorada parálitica, casi en el centro del grupo, mientras comía de una tartera de cinc.

—La verdad es que Marcos—decía Luis, el del carrito grande, al viejo Ernesto, rígido como un palo, estirado siempre sobre los vértices salientes del vehículo suyo—. La verdad es que Marcos—volvió a decir—es el único que puede aprovechar esta oportunidad.

—Desde luego que sí. A casi todos los demás tendrían antes que cortarnos las dos piernas para poder usar ésas que dan.

Y aquello era cierto, realmente. Ninguno del grupo aquel de doce inválidos, excepto una de las hembras, carecía de piernas, como Marcos. Todos lucían de ellas su inmovilidad su atrofia y hasta su torcedura; pero ninguno presentaba los muñones a ras de ingle, como el antiguo guerrillero de montaña. Tendrían que serrarle los huesos sin calcio, a cualquiera del grupo que pretendiese usar aquellas piernas de aluminio y plástico que iban a darle a Marcos. Era justo, pues, firmar en la solicitud que Julia les mostraba, en la que se pedía en nombre de todos la concesión, justificándola en una serie de razones. Además, don Cristino, a quien le hacía aquel favor, era la pareja de novios y no a ningún otro.

—Pues, claro que no hay inconveniente, Julia. Tú quieres a Marcos, y eso nos basta. El también se lo merece—fueron diciendo uno por uno.

Y quedó resuelto todo en un momento. Mientras llovía fuera con acompañamiento de gotas salarinas.



—Por otra parte, ya dijimos que ninguno de nosotros podíamos beneficiarnos de eso, ¿no?—decía el muchachito moreno víctima de un terrible artritismo que había deformado todas sus articulaciones y que desataba además sus nervios, moviendo la cabeza a un lado y a otro, como un péndulo, durante todo el día—. Si la petición fuese para otra cosa que nosotros pudiésemos usar, otro cuento sería. Tendríamos que sortear o algo así, ¿no?—insistía bamboleando su cabeza como un pin-pon humano.

—¡Ah, naturalmente que sí! Piden sólo las piernas mecánicas, que sí no. Aunque estoy de acuerdo en que ellos dos nos quieren, y eso es ya bastante.

Nada de aquello oían Julia y Marcos. A un lado de la tasca miraban y remiraban las dos piernas artificiales de Mauro. Ninguno de aquellos comentaristas, un tanto dudosos y disconformes, llegaba a ellos. Tan sólo habían oído de sus gentes la parte buena, el sí colectivo que a todos les llevó a firmar la petición.

En aquel rincón de la tasca, Mauro, el antiguo hombre del triciclo, les explicaba ahora sus experiencias de hombre erecto.

—Te harán llaa al principio... Luego se te formará un callo ancho y entonces podrás ya apretar bien estas correas... Si se te sueltan por ir flojas no te obedecerán los hierros y te partirás la cabeza... Los ejes de la rodilla debes tenerlos constantemente engrasados con aceite... Todas las noches, al desengancharte las piernas, los repasarás... Los zapatos debes dejarlos, como yo, siempre fijos en los pies... Así sabes que siempre llevas la suela asentada igual... Metes fácilmente la pierna del pantalón por ellos... Procura que te den unos pies pequeños... Estos son del ocho... Al empezar a andar, claro está, usarás unas muletas como estas mías, de antebrazo... Yo podré dejarte éstas, si tú quieres... Notarás, ¡ya verás, ya!, notarás como si fueras en un asiento alto y te parecerá imposible guardar el equilibrio... Notarás cómo tu cuerpo termina aquí arriba y de aquí para abajo, un vacío... Como si fueras en el aire... Cuando los muñones empiezan a obligar a moverse a la pierna te dará la sensación de que ésta tarda mucho en obedecer... Claro está, es un cuerpo insensible, y mientras tiras de los tensores, ya harías vuelto a mover, tus muñones cinco o diez veces más... Desde luego, no quieras apurar al dar el paso... Cuando tienes bien asentada y tiensa esta pierna echas la otra; así, ves, un poco al aire, como loca... Y aprietas contra el suelo hasta que esté rígida también... Entonces echas ya la otra... Y así... Nunca se te ocurra intentar echar una de ellas cuando tienes la otra algo doblada... Te matarías...



—Claro que sí, Marcos. Atiende bien a esto—interrumpía Julia desde su postura de eterna parálitica.

—O sea que—volvía a explicar pacientemente Mauro—el paso lo darás haciendo fuerza en la que tienes fija... Llegará un momento, como me pasa a mí, en que ya tienes tal práctica que te parecerán tuyas... Yo ya me sé de memoria los fallos, la parte donde debo recargarme y todo eso... Lo que debes hacer es ir siempre derecho, no tumbado hacia adelante, como algunos... No. No, tú siempre irás...; pero, ahora pienso que tú... ¿Tú no tienes rota la espina dorsal también?

—Pues sí, sí...; tengo blando el hueso..., pero... Y Julia interrumpió otra vez:

—Es que, con las piernas, le darán también un chaleco de esos de aluminio, ¿sabes, Mauro?

—¡Ah, bueno!

—Pero nada digas de esto a los compañeros, ¿sabes, Mauro? Ellos creen que sólo son las piernas, ¿comprendes?—recalcó la muchacha otra vez. El tabernero no respondió nada. Tosió y carraspeó.

—Para qué vamos a decirle todo eso, ¿no te parece?—apoyó Marcos por su parte.

—Sí, desde luego, ¿para qué?... Bueno, muchacho, ya sabes que desde ahora estoy dispuesto a enseñarte todo lo que yo hice.

Y Mauro se metió lentamente, tirando de sus pasos en la parte de atrás del comedor.

Dos semanas después, Marcos no necesitaba ya que nadie le agarrase por la cintura, como en los primeros días. Cuando las primeras veces se ponía de pie se caía con frecuencia y debían sujetarle por la espalda, con muletas y todo. Creyó realmente que nunca sabría moverse por sí solo. Todos los amigos de la plaza Vieja contribuían con Julia y Mauro a que los ejercicios del muchacho progresasen. El que más y el que menos le sujetaba desde el carro, en los paseos de prácticas por toda la plaza. Otras veces, apoyado en uno de los triciclos, y sin muletas, iba dando los pasos muy medidos y contados. Luego terminaban esas prácticas y Marcos se volvía todavía a su carrito, con las piernas y todo. Por la ciudad se movía así. Pero solamente dos semanas duró eso, como hemos visto. Al cabo de ellas, el antiguo guerrillero dejó una mañana para siempre su triciclo recién pintado tras la puerta de la casa de su hermana.

Se le vio llegar gigante a la plaza, un mediodía de neblina. Julia venía con él muy lentamente, empujando a mano las dos ruedas grandes de los lados de su carro. Marcos venía con mucho miedo y muy concentrado en su andar. Todos, desde la taberna, le vieron acercarse como asistiendo a un auténtico espectáculo.

—¡Qué buen mozo es!—decían las mujeres.

—Ya no os da tanta pena, ¿verdad?—ironizaba uno del grupo—. Ya su suerte ha cambiado del todo.

—Es cierto—intervino alguien a su lado—. Ya no viene con aquel uno-dos, uno-dos de su carrito pobre de hace tiempo.

—Pero ¡qué figura tiene!—volvió a decir una de las mujeres—. Nadie suponía semejante estatura en él.

Marcos avanzaba intentando sonreír. A su derecha, Julia rebosaba orgullo, aunque venía también preocupada por la experiencia de su novio, al que le seguía con la vista cada uno de sus pasos, viendo cómo el pantalón largo color gris de Marcos se hundía en oquedades. Viendo los zapatos negros muy brillantes e hinchados, como si estuviesen ocupados por una horma de aristas vivas. Chirriaban en cada flexión, como zapatos sin vida, sin esa savia o sangre de todos los zapatos que es el sudor. Jamás sudarían los pies de Marcos.

Todos comieron satisfechos aquella mañana y hablaron de todo. Mauro se sintió celoso porque alguien le dijo que Marcos andaba ya mejor que él. Y no pudo callar su denuncia involuntaria.

—Así, cualquiera. Yo jamás tuve ayuda en mi espalda y el equilibrio tenía que guardarlo a base de músculos. Pero con un chaleco como el de él... Así jamás puede fallar e irse hacia adelante.

—Sí, es cierto que yo le noté estos días muy dura la espalda cuando le sostenía.

—Eso noté yo también. ¿Quién le dió esa armadura?

Eran varicos ya los que intervenían, y Mauro se asustó. Manifestó no saber nada más y volvió a la puarte del fondo donde había otro grupo.

En la taberna se continuó hablando de todo, pero había sembrada ya una semilla insidiosa.

—No han obrado del todo con limpieza—se decía en un corro.

—Desde luego que no. El chaleco ése le vendría al pelo a Ernesto, con su espalda blanda, ¿no es pare?

Y uno de ellos sentó el argumento de más consistencia.

—Pero... aunque ninguno pudiese lograr el chaleco tampoco. Eso es lo de menos. Pero ¿por qué no se nos dijo con toda claridad? Si han tenido siempre confianza en nosotros, ¿por qué obran en eso como si fuésemos extraños? ¿No os parece que entre nosotros no caben las mentiras?

—Estoy de acuerdo. Pero apostaré lo que fuera a que no ha sido cosa de «nuestra» Julia. Ella habría querido hablarlos, como siempre lo hizo, y él no lo habrá permitido.

—Sí, eso es lo más seguro. Julia no nos ocultaría nada, fuese lo que fuese. Pero Marcos siem-

pre dije yo que era un poco distinto a todos nosotros.

—No, yo tampoco creo eso. No debemos olvidar todo lo que nos aconsejó en mil cosas. Y la cantidad de gentes que nos trajo como amigos y como clientes. ¿Es que no recordáis que por él vamos a los partidos de fútbol y a casi todos los cines de por aquí?

—Bueno..., pero... entonces, ¿a qué vino eso de no decirnos...?

Julia, sorteando las mesas con su carro, se acercaba a cada grupo sonriente.

—¿Qué? ¿Qué os parece el avance de mi Marcos? Ya parece otro, ¿verdad?

—Sí desde luego, ya parece otro.

—Es cierto, Julia, ya parece otro. Además, está más tieso que nunca...

Julia se cortó un poco y miró fijamente a los del carro. Miró así en redondo unos instantes y no supo qué decir.

—Sí, es muy buen mozo—fué lo único que dijo.

IV

—Mira, Julia, ni me importan tus inválidos, ni Mauro, ni nadie. Sé y puedo valerme por mí mismo y no voy a estar pendiente de herir o no las suspicacias de esas gentes que para nada sirven. ¿Comprendes?

—Pero, querido. No hables de ese modo. Yo sólo te contaba lo mal que les sienta el que no les visites ni un solo día desde hace ya dos meses. Tan mal como les había parecido aquella vez del challoco el que no les...

—Bueno, ¿y a mí qué me importa lo que les parezca y lo que les haya parecido? Yo nada tengo que ver con ellos, ¿no comprendes? Nada tuve que ver nunca, la verdad. Ellos me mimaban y adulaban, ¡bueno! Yo nada les pedí jamás. Y si nada tuve que ver nunca con ellos, ¿voy a tener ahora? Ahora que puedo moverme sin ayuda de ellos, sin ayuda de nadie. No, no, ni verles siquiera. Mi vida es ya otra, Julia; mis amigos, otros también, y mi ambiente en nada se parece a aquel vuestro, ¿comprendes? ¿Qué hago yo ya entre esas gentes taradas?

—Pero..., Marcos..., yo...

—Lo siento, chica, lo siento. Ya lo sé. Si tú les pertences, yo no lo impediré, ¿te enteras?

—Marcos querido, es que yo soy tuya mucho más que de ellos... pero...

—Pero ¿qué?

La muchacha lloró a borbotones y el llanto no la dejó decir más. Fueron las últimas frases que se cruzaron aquellos antiguos novios.

Julia había ido a esperar al muchacho a la Empresa donde estaba de ordenanza desde hacía dos meses. Julia continuaba revendiendo aquellas cosas en el mejor puesto del barrio de la plaza Vieja. Muchas veces había intentado recoger a su novio después de la jornada de la tarde y no lo había logrado. Marcos no se dejaba ver y salía mucho antes con parte de sus compañeros. Los porteros que quedaban recibían a Julia en su carrito de entumecida parálitica con cierta burla y le hacían preguntas de intención. Julia estaba desplazada, acorralada, burlada, como perseguida en un mundo hostil al suyo. Y se refugiaba siempre con miedo en su grupo de la plaza, dentro del feudo de Mauro.

Todos respetaban su silencio con una especie de solemnidad ritual. Julia no hablaba casi nada. Había adelgazado notablemente y no vendía a ce-

rechas, con su intranquilidad y sus huidas constantes desde el puesto de reventa, a ver a Marcos a través de la verja que cercaba la puerta de la Empresa. Le veía muy poco. En cuanto los de dentro notaban la presencia del triciclo fuera de la reja hacían ocultarse al antiguo guerrillero con chanzas y alusiones a su absurdo noviazgo con aquel ser deforme y desgraciado que en la calle agrandaba sus ojos para ver lo que quería, lo único que quería realmente.

Julia huía una vez más, como una alimaña acosada, hacia su mundo. Los polvos de su modesto maquillaje se corrían en manchones de un llorar profundo. Volvía a meditar, taciturna, en la taberna y a insistir un día y otro ante la puerta, tras la cual Marcos se le ocultaba cada vez más frecuentemente.

—Marcos querido, es que yo soy tuya mucho más que de ellos..., pero...

—Pero ¿qué?—le había interrumpido él en aquella última conversación que Julia logró hilvanar la tarde en que le sorprendió al salir.

Y la muchachita, indefensa, inferior, burlada y como loca no pudo ni supo decir más. Se había ahogado en una congoja de nudos y gemidos. Lloraba, con la cabeza apoyada en el guía de su triciclo. Todo estaba cerrado: las cajas de tabaco, las de piezas de mechero, etc. El motor de gasolina estaba también parado.

Marcos estaba de pie, muy de pie, muy estirado, apretando en una mano el bastón contra el suelo. Estaba preocupado, mirando hacia atrás y hacia los dos lados. Pensaba en las miradas de sus compañeros o de gentes conocidas, atentas quién sabe desde qué rincones. Estaba visiblemente incómodo y apenas miraba a la muchacha rubia, que gemía a su lado al borde de la acera. Intentaba irse e intentaba, al parecer, que Julia se fuese antes que él. Hacía gestos de desagrado, como deseando cortar aquello. Pero la inválida, de piernas raquíticas y purulentas, no alzaba un momento su cara para mirarle. No daba oportunidad para romper del todo aquel momento. Tan sólo lloraba y lloraba repitiendo, eso sí, el nombre de Marcos, Marcos, Marcos, entre sollozos. Y la escena duró poco, muy poco.

Se oyó una tos fuerte. De frente y recontando sus pisadas solemnes, un guardia se acercaba hacia ellos. Traía las manos atrás, y cuando las destrenzó hacia adelante fué para decirle a la muchacha que, parada, no podía estar allí. Interrumpía el paso de peatones en la acera y de coches y autobuses en la calzada. Que se fuese. Que se fuese arrastrando—quizá pensase el guardia—su condición extraña. De semipeatón y semicoche. Que se fuese a los barrios menos concurridos.

—Porque no está con usted, ¿verdad—preguntó el agente a Marcos, todavía de pie en el mismo sitio.

—No, no..., guardia... Nada tiene que ver conmigo esa mujer..., esa pobre mujer.

Y aprovechó aquello, aquel brutal arranque que le salió de muy adentro para cambiar de dirección y huir.

El guardia urbano insistió a la chica que se fuese. Que se fuese al extrarradio..., a los suburbios.

Y Julia, sola ante sí misma y ante todo, le hizo caso. Pequeña, pequeña, cada vez más, se fue perdiendo allá en el fondo de la calle.

Y una ráfaga fría cruzó la escena, llevando en remolinos varias hojas revueltas de aquel dorado otoño que por entonces cubría a los hombres y a las cosas.

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

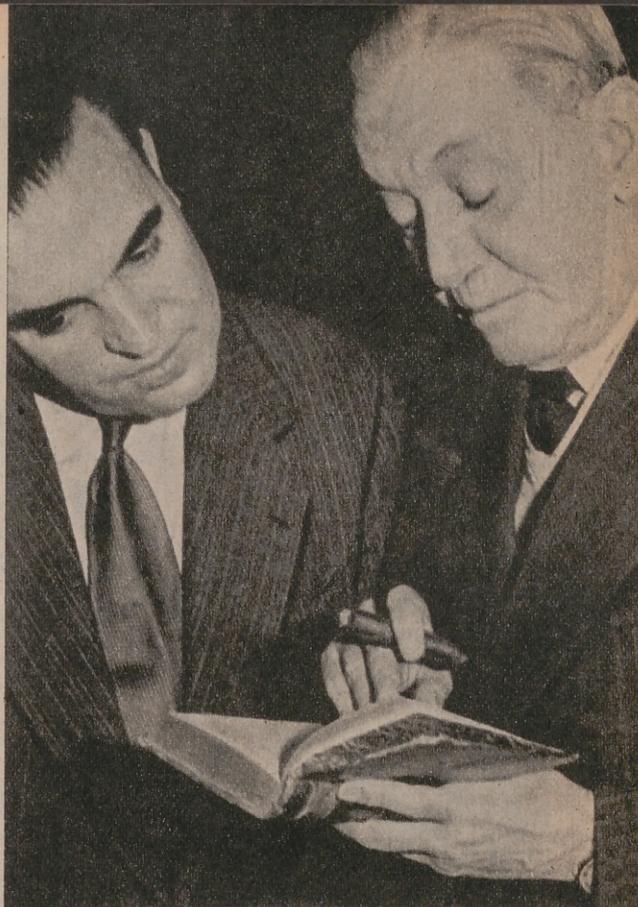
RAMON PEREZ DE AYALA, 1955

"LOS LIBROS SON DESPERTADORES DE LA CONCIENCIA"

SU CLARO Y ELEGANTE ESTILO LITERARIO ES TAMBIEN FORMA PERSONAL EN ESTE PULCRO ESCRITOR

"Ahora, a la vejez, es cuando uno necesita usar de las rentas de su trabajo"

INTELIGENCIA Y METODO



NO quisiera pasar los linderos entre historia y periodismo. Mi objetivo es periodístico: la actualidad. Cualquier excursión por otros tiempos, si se hace inevitable, habrá sido después de forzar mi propósito.

¿Acaso no es tema interesante registrar el contraste de un trozo de historia literaria con nuestros días? Por bien satisfecho me daría si pudiese crecer algo de nuestro tiempo, depurado ya por el frío juicio crítico de quien tiene por virtud suprema de su aguda inteligencia precisamente el análisis.

El Ramón Pérez de Ayala de 1954 es el que quiero conocer, es decir, conocer personalmente. Desde la última década del pasado siglo, allá en Oviedo hasta el día de hoy, han pasado los años, y los días, como nubes de marzo, es decir, rápidos, pero bien cargados. La cosecha, para quien haya sabido espigar, debe ser abundante. Y Pérez de Ayala—inteligencia y método—ha de conservar, sin duda, copioso grano de cuantos hombres y afanes se fueron sucediendo.

Algo así como temeroso respeto sentí, recién abierta la puerta, al contemplarle sentado en una habitación frontera. Esperaba ya. Y la veneración sucedió al respeto cuando, cerrada la puerta, él vino por el pasillo con su blanco pelo bien peinado, avanzando firme su enjuto cuerpo. Algo trascendía: la pulcritud. Su claro y elegante estilo literario es también forma personal en él.

BUSQUEME USTED EDITOR

Con expresión sincera, lejos del protocolo, fué acercándose. Yo lo

había presentado muy distante por los años y por la altura de su obra. Y no. El mismo se encargó de acercarme. Al final pareció que los minutos que estuvimos juntos habíanse expandido, por simetría, a lo largo de nuestras vidas. Amigos de mucho tiempo.

Parecerá extraña esta revelación de timidez. He de confesar que fui víctima de un prejuicio. Creí, asesorado por aquello de que el estilo es la persona, que Pérez de Ayala sería humanamente escueto, exacto, preciso, ajustado, sin más ni menos, al determinante de cualquier circunstancia suya, en este caso el entrevistador. Pero hubo más, mucho más. Hubo, manifestó, preocupaciones, anhelos, humor, risas, sonrisas y el reflejo, unas veces triste y otras alegre, del inmediato contorno de su familia.

Algo nos acercó más.

—¿El último?

Levantó el codo y sonriente agitó con la mano izquierda un número de EL ESPAÑOL, antes situado en el brazo izquierdo del butacón, como si hubiera sido su inmediata lectura.

—El último.

Aquel halago fué el signo de la charla.

—Ya sabe usted que por principio soy opuesto, ahora y siempre, a las entrevistas. Charlemos. Charlemos.

Y blandía con su mano derecha un buen puro. Un puro algo desproporcionado para su figura, bien acomodada en el butacón.

—La verdad es que no sé por dónde empezar. ¡Ha escrito usted tanto y de tanto!

Apenas movía la pierna derecha, cruzada sobre la izquierda.

—Tanto que habría para llenar

no uno ni dos, sino más de tres volúmenes con mis trabajos dispersos.

—Pues solvencia tiene la firma.

—¡Búsqueme usted editor!

Desconcertado le oí reír su risa, quiero decir una risa reglada, rítmica, casi de compás binario. Terminó pronto de reír, dando un sorbito, como si llamase la atención o tirase de las bridas a la dentadura. Y luego sonrió con boca intencionadamente cerrada.

Le miré fijamente, pero más fijamente me miraba él. El cigarro puro no humeaba.

Sin detenerme en el problema, aunque sí es conveniente tomar nota para los que comienzan, me acordé del campo abierto de América, país, al parecer, sin puertas.

—Pero usted ha estado hasta ahora en América.

Y me seguía mirando fijamente. Al acercarle lumbre aproveché la ocasión para ojear el pequeño contorno. Las pocas cosas asequibles a mis ojos indicaban que aun no ha terminado el proceso de acomodación al nuevo hogar.

—Ahora, a la vejez, es cuando uno necesita usar de las rentas de su trabajo.

—¿Piensa retirarse del ejercicio de la literatura?

—Aun escribo. Hoy mismo he terminado varios artículos periodísticos.

LOS QUE HAN PENETRADO EN AMERICA

Reclamado por el teléfono, salió de la pequeña habitación vestido con pantalón de rayas, chaqueta y corbata negra. Un diplomático.

Habló del tiempo, de los años.



«Ahora, en mis postrimerías, he vuelto a la lectura del latín, que tenía abandonado y casi olvidado...»



«A la vejez es cuando uno necesita de las rentas de su trabajo», nos dice sonriendo



«A cada lectura del «Quijote» se descubren cosas nuevas...»

No de los años pasados, sino de los que pueden pasar. Parece que le obsesiona esto. El tiempo futuro le ocupa, si no le preocupa.

Como ampliación, añade al sentarse de nuevo:

—Le he dicho que hay tiempo. Hay otros escritores más viejos que yo.

En efecto, algunos escritores son de mayor edad. Lo sabe y lo tiene presente. Más de una vez repitió la misma frase.

No creímos, por tanto, conveniente abrir brecha en este lado de sus dimensiones humanas. Mentalmente en numeramos sus coetáneos que han avanzado con paso firme por el campo de la literatura. Tres años más que él tenían Ricardón León y Villaespasa, y ahora Concha Espina; uno, Gabriel Miró y Marquina. Un año menos, Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez; dos, Eugenio d'Ors; tres, Ortega y Gasset. Más lejos en el tiempo están Antonio Machado (nacido en 1875), Azorín y Manuel Machado (1874), Díez Canedo (1873), Baroja (1872), Valle Inclán (1869), Blasco Ibáñez (1867). Benavente (1866) y Unamuno (1864).

Aunque parco en palabras, de su lenguaje mímico, muy correcto, pero expresivo al fin, podía deducirse que no ha prestado mucha atención a los del 98. No son santos de su devoción, sin negar

los méritos que cada cual pueda tener. Los ha visto a su manera, previo juicio crítico.

—Usted viene de América. ¿Quiénes son los que han penetrado allí?

—Los «tres grandes» de fin de siglo.

Mi rápido gesto de querer saber le hizo dar cierto énfasis a lo que iba a decir. Ello implicaba, además, un reconocimiento, y para mí, una pista de su línea literaria.

—Los «tres grandes de fin» de siglo son Juan Valera Menéndez y Pelayo y Pérez Galdós.

Con las manos dió valor de rotundidad a las palabras. Cerró el número y lo rubricó en el aire.

—Bueno, ¿y del noventa y ocho?

—Unamuno... Machado... Y, prescindiendo de clasificaciones o agrupaciones temporales o temáticas, Ortega y Gasset, Marañón, Menéndez Pidal... Ahora, últimamente, García Lorca. Y también Cela y Julián Marías.

—Bueno, de Julián Marías... e- penamos algo. Creo que no lo ha dicho todavía.

—Coincidimos, Dar los buenos días al «maestro» lo hacen diariamente los niños en el colegio.

Mirándome, reía. Pérez de Ayala, por lo menos el Pérez de Ayala que acabo de conocer, expresa su juicio, no favorable o no tan favorable como comúnmente se acepta, con una ironía seca, coartada, por vía negativa. Y luego la subraya con una sonrisa y a veces con risa teclada.

—¿Y el grupo de Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Salinas, Jorge Guillén?...

—Dámaso Alonso, como conferenciante.

—¿Y d'Ors?

—Tuvo éxito al principio.

—El que sí creo que tiene allá plaza es García Sanchiz.

—Es otro género. Pero sí. Con su hispanismo y las charlas ha tenido éxito. Es hombre de talento.

Pérez de Ayala no altera el tono de la conversación. Refrenda la intención con sonrisas al final de cada frase. En la sonrisa está muchas veces la contestación. Y también en el corte de las últimas palabras. Por su método en el discurso, precisión en la frase y exactitud en los vocablos, cuanto dice tiene un valor directo y concreto, y a lo que no dice hay que concederle también un valor. En lo silenciado con silencio expresivo suele haber también algo.

—¿Lee literatura española actual?

—Pues sí. No mucho. A Cela y Carmen Laforet.

—¿Alguno de estos dos ha penetrado allá?

—Cela. Tiene talento de novelista.

EL MUNDO FAMILIAR

El leve ruido de unos pasos vacilantes suspendió por unos momentos la conversación. Apareció en la puerta, diminuta y un poco extrañada, la graciosa figura de una niña de año y medio. Quedó quieta, con los ojos muy abiertos y un dedo en la boca.

Alterné las miradas entre niña y abuelo. Aquella nena me miraba y el novelista miraba a la pequeñina con los brazos abiertos, sonriente y con esa contracción de músculos de la cara que

suele acompañar a los sentimientos de cariño.

—De la familia?

Pérez de Ayala volvió en sí y luego se dirigió a mí:

—Sí. Una nieta. Tengo cuatro.

La familia, agitada por cuatro nietos, es su mundo de ahora. Parece que la calle está lejos para él. Allí, en las breves dimensiones del piso, pulsa y ausculta su mundo nuevo. Y su existencia—ocupaciones y preocupaciones—gira en torno de aquel núcleo.

Luego apareció otro, un mozo de trece años, alto, resuelto, de pelo crespo.

—El mayor.

Algo rebosó de su locución cuando así hablaba. Un algo superior a los simples vínculos.

—Hemos hecho un convenio—dijo, dándole unas palmaditas y mirándole la cara—. Hemos convenido que él sea Benjamin, el menor de la casa. Y tiene autorización para llamarme José.

El niño, con la cara inclinada hacia el suelo, algo coartado por las circunstancias, sonreía y a veces elevaba los ojos.

—¿Estás satisfecho—dije—con el «concordato» propuesto por el abuelo?

—Esa última palabra está suprimida aquí.

La advertencia tuvo todos los matices de un «respice», cordial, pero significativo. Hasta levantó el brazo derecho para mover doctoralmente el dedo índice.

—La palabra abuelo aquí no existe.

Y tocó, sonriente, la barbilla del muchacho.

—Aquí no hay más que «Alo».

En poco tiempo quedó sumergido entre los cuatro niños, cada uno situado en la parte del butacón que le era accesible. La cara de «Alo», sólo la cara, que era lo visible, se movía entre aquel grupo escultórico, por un momento inmóvil. Pero pronto comenzaron los movimientos en busca de mejor acomodo. «Alo» parecía una fuente, un surtidor de regocijo.

LOS DOS POLOS

La abuela, mientras tanto, apareció brevemente, sin pasar el dintel de la puerta. Con acento algo extraño, inglés, hizo unas recomendaciones.

Aquella escena familiar, sin barreras del tiempo, puso al descubierto un trasfondo muy humano. El hombre que a través de su obra parece puro entendimiento trabajando en análisis, temblaba y reía. Y se volvía de espaldas al tiempo, al tiempo que le espera, para dar la cara a los que comienzan a vivir. En una palabra, buscaba la nifex, los principios, como huyendo de ese punto de referencia a que antes aludió, recordando a un escritor de más edad.

Y, sin embargo, no había angustia. Había serenidad. Y humor. ¿Era todo consecuencia de un hallazgo?

De pie, y dando con la palma de la mano en las cabezas, fué despidiéndolos uno a uno. Quedó en medio de la habitación, con su pantalón de rayas, chaqueta y corbata negras. Y encendió el puro. Sería cosa de estudiar el matiz psicológico que consigo lleva muchas veces el acto de volver a encender un puro.

Creí el momento propicio para

preguntar qué obra preparaba. Me pareció haber adivinado algo en aquel denso ambiente familiar. Y le pregunté.

Pero el rostro de Pérez de Ayala cambió bruscamente. Dió un salto im presionante en su expresión. Silencioso, se dirigió al butacón y miró al suelo. Su voz perdió naturalidad y sonaba algo quebrada por una emoción contenida.

Tenía en curso un libro titulado «Sendero ardiente», un canto de la tierra, algo así como el «Derum natura». Las investigaciones de hoy hacen actuales muchas ideas de los clásicos antiguos, como aquellas de los átomos.

La voz parecía más quebrada.

—Pero la muerte de mi hijo, en el mes de marzo último, lo truncó todo.

Resonaba tan hondo cuanto decía, que llegué a la siguiente conclusión: Entre estos dos polos—los niños y el hijo desaparecido—se mueve este hombre.

Y tal vez esa muerte ha torcido su vida.

LOS «CUATRO GRANDES»

—Al hablar de «los tres grandes» de nuestro siglo de oro parece que usted no daba total conformidad a la enumeración de los autores así denominados. ¿Qué cambio o inclusión haría usted?

—La de Calderón de la Barca. ¿Qué tiene de menos Calderón? Calderón es tan grande, cada uno en lo suyo, como Cervantes, Lope o Quevedo. Algunos temas fueron explanados por Lope y por Calderón, y, sin embargo, sólo han quedado las obras de Calderón. En conjunto, la obra calderoniana es la mejor.

—Aparte de su opinión, ¿tiene usted pruebas de crítica o de aceptación?

—Su difusión por Europa. En Europa es más conocido Calderón que Lope. Y también ha tenido más imitadores o afiliados, y más traductores.

Era rotundo y contundente no sólo en lo que decía, sino en el modo de decirlo. Después de todo hay entre ellos, Calderón y Pérez de Ayala, cierta analogía. Pérez de Ayala creo que busca con el entendimiento los significativos valores de las cosas.

—Los Autos Sacramentales de Calderón es algo único. Su altura es pareja a cualquier otra obra de nuestra literatura.



Don Ramón Pérez de Ayala rodeado de sus cuatro nietos. La familia es su mundo de ahora, en torno a ella giran sus ocupaciones y preocupaciones

—¿Y Quevedo? Esta pregunta obedece a que, en el curso de varias entrevistas, he oído a jóvenes su predilección por este autor tan vario. Hay cierta inclinación a él. ¿No cree que es una de vuestras mentes más fuertes y capaces?

Observé cierta impasibilidad en don Ramón, más bien una impasibilidad algo propensa al retraimiento. No hallé el a entimiento que esperaba. Generoso conmigo, sólo contestó:

—Yo no me atrevería a expresar esta afirmación.

En verdad, sentí decepción, y él lo notó. Rápidamente, por tanto, prosiguió en tono amable:

—Juan Valera, por ejemplo, le echa en cara muchas cosas. Entre otras, que habiendo viajado tanto en unos tiempos en que había ya muchos progresos científicos, filosóficos y de otra índole, no mostró preocupación ni ocupación en ello. Y yo mismo he leído algunas de sus traducciones de clásicos, y, en verdad, son bastante malas.

Y me miró después sonriente.

—Ahora bien—repuso a los pocos momentos—: tiene sonetos muy buenos, muy buenos. De los mejores que hay.

—Y en la poesía propiamente dicha, ¿a quién considera usted suprema realidad?

—Garcilaso. Sin un Garcilaso no hubiera habido poesía en España. Después, fray Luis de León.

Con creciente satisfacción fué escuchando don Ramón mi relato de que varios premios, de la más diversa índole, han sido últimamente otorgados a gente de formación clásica. El nacional de periodismo, a un ex estudiante de Comillas; el «Adonais», a un joven licenciado en Letras, especializado en Filología Románica e inspirado en epítafios latinos, y el «Nadal», a otro ex estudiante de un seminario de la Rioja.

—Buen año para los «ex».

Tuve por respuesta una sonrisa y un gesto con la cabeza inclinada, como cuando se dice: «¡Vaya, vaya!»

—A lo mejor significa un renacimiento y revalorización de las Humanidades.

Se irguió un poco y, alzando las cejas, exclamó:

—¡Dios lo quiera!

Era de esperar. Pérez de Ayala no ha dejado de acercar su aguda inteligencia a los clásicos de la antigüedad. A ello achacan algunos la falta de calor en algunas de sus producciones. Ahora, por último, ha vuelto a ponderar y señalar las ventajas a que una formación humanística puede conducir. No hace mucho expuso su parecer: «La enseñanza del latín tiene como finalidad la educación de las formas eminentes de la inteligencia, que se reducen, en suma, a procurar o saber hallar lo esencial en lo accidental, la unidad en la diversidad, la simplificación en lo complejo y la síntesis en lo múltiple.»

—Ahora, en mis postrimerías, he vuelto a la lectura del latín, que tenía abandonado y casi olvidado.

Y, sin embargo, hubo un momento en que, por venir al caso, recité en latín, con cara de escolar triunfante, más de la mitad de una de Las Tristes de Ovidio.

—No sabe usted lo que significa, el goce que produce, el redescubrimiento del latín en la edad madura, y en esta edad, aun cuando lo tenga uno casi perdido por el desuso.

—¿Por qué?

—Porque a cada nueva lectura se descubren, según la edad del lector, otras capas más profundas, como en las minas inagotables.

—Y, además, por su decisiva influencia en nuestro clasicismo.

—Exacto. El idioma latino y la literatura latina se corresponden con la íntegra y equilibrada madurez del espíritu occidental, de donde lo nuestro procede. Es así, quíerese o no. Y para darse cuenta de ello hace falta madurez.

—¿Y qué clásico latino considera más actual?

—Horacio. Su Poética es hoy tan valedera como cuando la escribió. Y quizá más.

No poco tiempo se dedicó al diálogo sobre autores de nuestra lengua madre.

—¡Ah! La influencia de Luciano de Samosata en Europa ha sido decisiva.

Estábamos ya en los hombres-enlace entre lo griego y lo latino. Por estas dos arquetípicas literaturas ha buceado él con sumo provecho.

—Ha influido Luciano en nuestro Cervantes. El «Coloquio de los perros» lo encontrará usted, no expuesto, pero sí esquematizado en Luciano. Hay grandes escritos imbuidos de lucianismo. Otros de los nuestros, Quevedo. De los ingleses, Defoe y Swit.

—Y Valera. También utilizó Valera la sátira levemente lucianesca.

—Y si tenemos en cuenta la influencia posterior de Cervantes en la novela europea... El inglés Fielding escribió «Joseph Andrews», una especie de Quijote que tiene por protagonista a un clérigo. Una epopeya cómica quería hacer. En la misma época el novelista Sinollet tradujo a Cervantes. Y luego Dickens no estuvo lejos de éstos.

—¿Acaso parten, por coincidencia, de un mismo género de vida, llena de aventuras y reveses?

—Tuvieron todos una vida azarosa. Es indudable la influencia de Cervantes en el arranque de los grandes novelistas ingleses.

LA VIDA Y LOS LIBROS COMO CANTERA

Los minutos iban consumiéndose con el latín y sus influencias. Y no creo que sea fácil reconciliar a muchos de nuestros lectores con el latín. Injusticias que hay.

—Usted concede mucha importancia a las lecturas predilectas de los escritores.

—Como que descubren el secreto de sus afinidades vitales y sirven al mismo tiempo para explicarnos en qué consiste y arraiga la característica distintiva de su concepción y de su estilo.

—¿A qué lecturas se ha entregado usted con conciencia de lector que ha de escribir?

Contesta con un indefinido:

—He leído mucho.

Pero no puede negar su admiración por lo clásico. Y hay en él cierta sencillez contemplativa a lo Berceo. Y muestra entusiasmo por Calderón. Y se desenvuelve con un espíritu crítico y prosa razonadora, como Jovellanos y el vecino Feijóo. Y ha estudiado hasta el más nimio detalle a Galdós, su figura obsesiva.

—En Galdós se halla el más completo repertorio de paisajes hispánicos no superados por nadie. Tenía extraordinarias condiciones de pintor. Y en obras de Valera hay paisajes andaluces maravillosos. ¿Por qué dar la primacía del paisaje a los del 98?

Además, Pérez de Ayala, por su conocimiento de idiomas, ha estudiado bien las literaturas inglesa—de esta nacionalidad es su esposa—, la francesa y la italiana.

—He leído despacio y más de una vez en su idioma a Dante.

—Para usted, ¿cuál es la cantera de un creador?

—Hay dos: la vida y los libros. Dos canteras que no se agotan.

—¿Y su norma?

—Esas. Los libros son desperdadores de la conciencia. Pero lo esencial es la vida, las dimensio-

nes íntimas de la propia vida. Los libros sólo sirven para alambicar anchas y hondas zonas de esa intimidad.

—¿Su proceso formativo?

Fué rápida su respuesta. Al acercarse—estábamos de pie—inclinó la cabeza mientras alzaba los hombros como si quisiese mostrar algo impreso en sus espaldas.

—Estudié con los padres jesuitas.

Me miró:

—Llevo esa impronta.

Con un gesto de brazos dió a entender que era suficiente.

—Después... los libros y la vida.

Había que entrar por otro lado.

—Entonces, ¿qué autor le ha impresionado más?

—Cervantes. Es el mejor humorista. En días tristes para mí, recién muerto mi hijo, lo he leído buscando una evasión. Un frecuente efecto fué el acudirme esposa a preguntarme por qué reía.

Y prosiguió con verdadera fruición:

—A cada lectura del «Quijote» se descubren cosas nuevas. Lo mismo que en los clásicos latinos.

—Bien, ¿y qué personajes de teatro?

—Los de Calderón.

—¿Qué diferencias, subjetivas y objetivas, observa entre su juventud y el momento actual.

—No me he planteado ese problema. Pero no creo que haya diferencias.

Y sigue escribiendo. Ahora sólo artículos para la Prensa. Su asentamiento y acomodo en el nuevo piso, recién venido de América para quedarse aquí definitivamente, le hacen gastar tiempo y distraer trabajo. Y hecho niño, bajo el nombre de «Alo», entre los nietos, deja pasar los minutos y las horas. Lee a ratos. Cuando puede.

—¿Me supongo que alguno de éstos será su libro de ahora?

Del pequeño y cercano anaquelel eligió sin titubear uno bien en cuadernado.

—Este.

Dejo girar como rehilete un puñado de hojas. En las páginas impares había unos versos latinos; en las pares, otros franceses. Eran versiones francesas de los himnos del «Breviario». Traducciones de Prudencio, de San Ambrosio... hechas por Corneille, Racine y otros.

—Le veo con ánimo de acometer esta empresa.

—Algunas traducciones directas del latín hay en «Belarmino».

—Pero una obra de conjunto...

—No. Eso, no.

Hizo brincar de nuevo las hojas. Leyó algunas estrofas y aclaró el significado de ciertas acentuaciones. Lo dejó cuidadosa e intencionadamente abierto encima de una mesita.

—Sin embargo, creo que es «Sendero ardiente» quien tiene más probabilidades de seguir adelante. ¿Acierto?

—Creo que sí.

Jiménez SUTIL
(Fotografías de Mora)

Galernet



**Esta es
la marca...**

que le ofrece la garantía absoluta de una escritura suave, rápida, limpia y duradera.

EXIJA LA PALABRA ***BIC*** GRABADA SOBRE EL CUERPO Y SOBRE LA PUNTA

HAY PUNTAS
BIC
a partir de
6 pesetas

BIC

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

EL LIBRO QUE ES
MENEJER LEER

CARTAS DE BORMANN

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA DEL DESAPARECIDO
MINISTRO DE HITLER DESDE EL TIEMPO DE STALIN-
GRADO A LA CAIDA DE BERLIN

Martin Borman fué odiado y temido por sus rivales en el tiempo en que fué algo así como el lugarteniente de Hitler en su Cancillería. Desde su puesto de canciller del partido, con su absoluta devoción a Hitler, llegó a ser el hombre más poderoso después del Führer en los últimos años del Gobierno nazi en Alemania. Permaneció con Hitler hasta el fin, y después de haber realizado los últimos ritos ante la pira funeraria de Hitler, escapó de Berlín. Si logró salir con vida de la empresa es algo que todavía se ignora. Martin Borman no ha vuelto a dar señales de vida.

Estas cartas, estas cartas de amor a su mujer, escritas por Borman desde los tiempos de Stalingrado a la caída de Berlín, revelan de una manera completa el carácter y sentimientos del jefe nazi. Aparece Borman en estos documentos como un pequeño burgués sentimental, como un místico visionario que trata de actuar como un héroe de ficción.

Estos documentos de la correspondencia de los Borman fueron conservados por la señora Borman, quien se los llevó con ella cuando tuvo que huir al Tirol. El editor de este libro las recogió directamente de manos de la gente que logró salvarlas.

Las cartas están escritas en un estilo muy sencillo, desprovisto totalmente de preocupaciones literarias. Damos aquí algunos de los ejemplos más significativos.

Trevor-Roper.—«The Borman letters». The private correspondence between Martin Borman and his wife from January 1943 to April 1945, edited with an introduction by... Widenfeld and Nicolson, 1954, 200 págs.

EL NERVOSISMO DE HEINRICH HIMMLER

«De Martin Borman a Germa Borman,
Cuartel General del Führer.
16-1-1943.

Querida mía: Como te había anunciado, la visita que Heinrich Himmler nos hizo hoy ha sido un verdadero placer. Está ofendidísimo y parece que este enfado no data de ayer o de hoy. Se siente injustamente tratado por el Jefe y pone ejemplos sobre la cuestión de las cosas ocurridas en los últimos años. Dice que mientras a la gente que no vale para nada se la trata bien, él, Heinrich Himmler, ha estado relegado, y etc., etc. No quiso ni oír mis objeciones. Le dije que el Jefe también tenía el derecho de ser injusto de vez en cuando—¿acaso no somos nosotros injustos una y otra vez, a pesar de nuestras buenas intenciones?—. No sirvió para nada todo esto. La actitud de H. H. ha sido tan agria y desconsiderada que en otras

The private correspondence of

THE

Hitler's 'missing' deputy from the time

BORMANN

of Stalingrad to the fall of Berlin

LETTERS

With an introduction by H. R. Trevor-Roper

circunstancias no me hubiese quedado otro remedio que levantarme y decirle: «Lo siento, pero debo retirarle su uniforme. El Führer es el Führer y está por encima de toda crítica.»

Sin embargo, tuve en cuenta el estado de los nervios de H. H., y así se lo dije: que por causa de este estado nervioso veía las cosas del modo que no eran. Cuatro semanas de descanso y volvería a recordar las gigantes empresas del Führer y los veintitrés años de esfuerzo continuado. Si los nervios nos hacían los esclavos a nosotros de vez en cuando, no cabía duda de que también al Führer le puede pasar lo mismo, aunque sea sobrehumano. De todas maneras sobrepasa por entre nosotros como el monte Everest. Y aun si él llegase a despreciarnos en un súbito cambio de humor, deberíamos conservar hacia él la más viva gratitud, hacia nuestro querido Führer.

El Führer es el Führer. ¿Dónde estaríamos nosotros sin él?

Con amor, tuyo, M. B.»

«MAMA» GERMA

«De Germa Borman a Martin Borman.
16-1-1943.

Querido «papá»: La maleta está ya hecha y Agnes te va a poner también las botas dentro. Desearía poder escribir algunos versos que le vinieran bien a las fotos. Seguramente te vendría bien un abrigo si en Pullach te tienes que poner el uniforme gris. Pero los dos abrigos están en Obersalzberg y el único capote del uniforme marrón está en su colgador en Berlín, preparado para el 30 de enero. Así que no te imagines que lo vas a tener en Pullach para dormir encima de él. Aparte de esto, todo está en buen orden.

Hasta la próxima vez, querido mío. Desearía poder estar contigo todo el tiempo para cuidarte. La nieve está cayendo sin cesar un instante.

Tu «mamaíta.»

«De G. B. a M. B.

«26-1-1943.

Corazón mío: Ayer por la tarde, cuando llegué a casa, encontré la carta de la señora Totti que te adjunto. Te mando también la carta que me escribió a mí, por si te interesa. Los niños están todos muy bien y felices. Artmut, Germa y Eva están tomando el sol. Heiner también ha vuelto de la escuela y está saltando de una parte a otra, afuera. Helmut ha terminado sus deberes y juega con los soldados. Eike e Irma volverán a casa hasta dentro de un rato. La abuelita se bañó esta mañana ayudada por mí. Un baño a la noche la excita y después no puede dormir. Todo marcha en la casa dulcemente, como tú sabes.

Hasta nuestro próximo encuentro. ¿Será el 30 de enero o no antes del 24 de febrero? En cualquiera de los dos casos estoy todavía más ansiosa ahora de estar contigo de nuevo.

Tu «mamaíta.»

«De G. B. a M. B.

(Sin fecha).

Eva ha telefonado. No se podrán pasar más películas americanas sin un permiso especial del

ministro Goebbels. ¿Serías tan amable que hicieses el favor de llamarle por teléfono en Berlín y pedirle que siga mandando películas americanas a Berghof?»

ATENTADO CONTRA EL FUHRER

«(Copia).
Cuartel General del Führer.
20-7-1944.
8,40 de la tarde.
Circular número 3.

¡Muy urgente! ¡Para atenderse inmediatamente!
Con toda probabilidad el Führer hablará por radio al pueblo alemán esta noche.
¡Viva Hitler!

M. Borman.»

«(Copia).
Cuartel General del Führer.
20-7-1944.
9,20 de la noche.

Circular número 4.

¡Muy urgente! ¡Atención inmediata!

1.º Añádase a la lista de criminales complicados en el atentado contra el Führer al general Olbrich.
2.º La feliz salvación del Führer del atentado significa la salvación del pueblo alemán.

La banda de criminales reaccionarios evidentemente atacaron al Führer y a sus leales oficiales de acuerdo con el Comité Nacional de la Alemania Libre con asiento en Moscow (general von Seydlitz y el conde Eisiedel).

Si el atentado hubiese salido como pensaban, el Poder ejecutivo hubiese quedado en manos de los generales Fromm Olbrich y Hoppner, después de lo cual se hubiese pactado con Berlín. Que de esta paz hubiese salido la muerte del pueblo alemán, es algo obvio.

De aquí que el fracaso de este criminal atentado signifique la salvación de Alemania, porque ahora las esperanzas abrigadas por los traidores generales han sido destruidas.

¡Viva Hitler!

M. Borman.»

AMOR Y DIFICULTADES

«De M. B. a G. B.
Cuartel General del Führer.
27-7-1944.

Mi querida niña: Hoy hay solamente tiempo para decirte tres palabras, mejor dicho, cuatro: ¡Yo te quiero locamente!

Y tus hijos son parte de ti.

Cuidate por mí.

Más apasionadamente que nunca.

Tuyo, M.»

«De M. B. a G. B.
29-7-1944.

Mi querida «mamaíta»: Te repito lo que dije a Kronzi: si soy tan feliz porque tenemos nueve hijos es porque yo sólo no te podría querer tanto como te mereces. Así, los diez juntos, haciendo un gran esfuerzo, podemos responder a tu gran amor.

Tú, la más querida, la más amada, la más dulce Mummy-girl.

Tuyo, M.»

«De M. B. a G. B.
30-1-1945.

Cuatro de la tarde.

Mi querida «mamaíta»: 1.º Te adjunto algunas cartas que te van a hacer reír.

2.º Por favor, toma suficientes precauciones relativas a las dificultades por el racionamiento de comida que pronto tendremos que afrontar. Yo creo que deberías secar tantas manzanas como pudieses; es mucho mejor comer una manzana seca que nada. Piénsalo y haz tus planes con anticipación. Envía de nuevo miel—vamos a poner unas cincuenta libras—a Haus-See antes de marchar. Comprueba si tienes una adecuada provisión de miel y averigua personalmente si Hayer ha almacenado la miel en sitio suficientemente al abrigo de las bombas.

3.º Por lo que respecta a vegetales, yo mismo voy a escribir a Dittmer. Helmut llevará la carta. Si él nos manda lo que queremos, entonces tú debes mandar la mitad de las provisiones a Haus-See como reserva.

Mientras tanto, en Berlín y en los distritos de los alrededores, una gran cantidad de gente se vuelve nerviosa y descorazonada; un hecho que—

la vista de las atrocidades rusas—no es sorprendente ni es siquiera el más deplorable: los bolcheviques están arrasando todo. La violación es un chiste para ellos, y el asesinato en masa, algo que ocurre todos los días. No caigáis nunca los niños y tú en las manos de esas bestias salvajes. Aunque espero que el peligro no crezca y que el Führer llegará a dominar la situación como ha dominado otras antes de ahora.

Debemos triunfar.
Tuyo devoto, M.»

EL ENEMIGO CRUZA EL ODER

«De M. B. a G. B.
31-1-1945.

Querida mía: Los tanques enemigos han cruzado el Oder cerca de Wriezen. Estas han sido las alarmantes noticias de esta mañana, después de las cuales creimos necesario despertar al Führer.

Tú conoces Wriezen—que está muy cerca, al lado de Jackelsbruck. Bueno, esto significa otro poco de pánico con el que tenemos que luchar. El Führer y sus generales han tomado ya las medidas necesarias.

Como puedes imaginar, montañas de gentes en Berlín están mucho más asustadas de lo que la situación autoriza. Voy a enviar mañana a Kinkel a Alt-Rehse por algunas maletas. El contenido de una lo pondré en la refrigeradora de Pullach. La señorita Kruger está esperando para enviar el correo, así que esto será todo por hoy.

Guarda siempre tu amor para M.»

«De M. B. a G. B.
Berlín W. 8.
2-4-45.

Querida mía: El Mando del Ejército en Viena es tan malo que uno debe estar preparado para oír lo peor. Espero que habrá Mando lo más pronto posible. Alguno que sea capaz de restaurar la situación. De todas maneras, toma nota de lo siguiente:

Al primer signo de un ataque real a las áreas de Salzkammergut y Obersalzberg, las mujeres y los niños deben trasladarse inmediatamente al Tirol. Tenemos medios de transportes suficientes, y la columna M. T. de Greiderer estará preparada con coches si la necesidad llega. La mujer de Helmut tendrá que acompañar a la columna.

Haz el favor de discutir esto con Helmut en gran secreto para que él pueda hacer sus planes y tomar todas las precauciones posibles.

Lo repito: no penséis que el momento va a llegar; pero el tiempo empleado en prepararse nunca estará perdido. Me pone triste y enfadado no tener cosa mejor sobre la que escribirte de momento; pero ya lo intentaré cuando lleguen los felices tiempos de la paz.

Siempre tuyo, M.»

FINAL Y ESPERANZA

«De M. B. a G. B.
3-4-45.

Querida: No interpretes mal mi carta de ayer por la noche acerca del posible traslado al Tirol. Mi carta fué el resultado de la gran ansiedad que tú concoces. Por el momento ningún peligro te amenaza. Viena está a 330 kilómetros de distancia, y los americanos, en Heidelberg, a 460 kilómetros. Sólo tenemos que esperar y ver qué pasa.

La abuela en Weimar, está preocupada de verdad, porque Eisenach ha estado bajo fuego de artillería desde ayer y hoy dicen que se van aproximando los tanques. Pero lo peor de todo es la gran desesperación que ataca a todos—militares y civiles—, que hace extenderse el sentimiento de que «no tiene sentido el resistir un minuto más». Una y otra vez le he hecho notar al Führer la devastadora obra de los incesantes ataques aéreos sobre la moral de los ciudadanos. Cualquiera que se pase la vida huyendo y refugiándose, pronto adquiere un sentimiento servil, de rendición.

Según los informes que acaban de llegar ahora mismo, a las diez y media de la noche, 1.000 vehículos, de los cuales 300 ó 400 están armados, se encuentran en las afueras de Meiningen. ¡Qué miserables son las fuerzas con las que contamos comparadas con las de ellos!

Consérvate bien y fuerte, brava «mamaíta» mía. Eres la mejor madre que puedo desear para mis hijos.

Y por esta razón yo soy totalmente y siempre tuyo. M.»

NARRACIONES Y NOVELAS

Director: MARIANO DEL POZO



¡LAS RELACIONES INTERNACIONALES, BAJO UN NUEVO PUNTO DE VISTA: EL HUMOR!

¡LOS ALTOS PERSONAJES DE LA POLITICA RUSSOOCIDENTAL EN LA MAS REGOCIANTE INTIMIDAD!

Osos en el caviar, por Charles W. Thayer

Las peripecias de un diplomático norteamericano — yerno del actual embajador en España, Mr. James C. Dunn— en West Point, Moscú, Berlín, Hamburgo, Kazán, Kuibyshev, Kabul y Londres, en los años 1929-43, la tumultuosa época en que se fraguó, y desarrolló en gran parte, la Segunda Guerra Mundial. Una sonrisa en cada línea y una carcajada en cada página. 60 ptas.



El telón de caviar, por Charles W. Thayer

De la Yugoslavia del guerrillero Tito a la Corea de Syngman Rhee, pasando por las campañas alemanas en Rusia, la trágica «liberación» de la Europa oriental por las hordas soviéticas, los problemas de la ocupación de Alemania y Austria por los aliados, etc. El testimonio de un observador directo, amenizado con innumerables detalles históricos de auténtica comicidad. 50 ptas.



¡LA PRIMERA POTENCIA DEL MUNDO DESCRITA POR EL PRIMER PERIODISTA DE EUROPA!

Las 48 Américas, por Raymond Cartier

Una descripción, Estado por Estado, del gran coloso americano, desde las playas de California a los rascacielos de Manhattan. El desfile de las tierras, los hombres y los hechos que han forjado y forjan la más admirada y discutida de las naciones: los Estados Unidos de América. Todo el interés de una novela en la historia de la vida misma. 75 ptas.



Certar y remitir en sobre abierto, franqueado con 15 céntimos

	N.º ej.	TITULOS
NOMBRE	OSOS EN EL CAVIAR
DOMICILIO	EL TELON DE CAVIAR
POBLACION	LAS 48 AMERICAS
PROVINCIA	CATALOGO COLECCION

Solicita el envío, contra reembolso, de los libros siguientes:

Ediciones Rialp, S. A.
PRECIADOS, 35. Tel. 31 85 68
MADRID

BRISÉ LE JOUG

LIBERTÉ



Pierre Poujade, jefe, en Francia, de un movimiento cuya finalidad principal es la supresión de los impuestos

El día 23 de enero, domingo, París, agrisado, tenía los ojos clavados en el Sena. Miles de parisenses, acodados en los puentes, seguían la altura del agua. En el puente del Alma llegaba tan arriba que apenas se veían los arcos del «vojo» de los puentes. Las inundaciones hicieron que, en algunas calles, los transeúntes tuvieran que acogerse a la singladura marítima de las lanchas. Toda Francia asistía, en aquellos momentos, a la tragedia de departamentos enteros. Y, sin embargo, contra viento y marea, millares y millares de hombres subían de las más hondas provincias francesas, superando la inundación, para asistir a una cita en París.

La gente de los puentes se preguntaba: «¿Es un nuevo 6 de febrero?» Aquel 6 de febrero de 1934 en el que la sangre corrió en París. Entonces, los asaltantes de París, fueron los ex combatientes; hoy son los pequeños comerciantes, los «pujadistas».

«UN MEDIO CENTRO DE ATAQUE»

La historia comenzó así. Casi de forma ridícula y quizá como comienzan muchas historias que llevan a la cárcel; negándose a pagar.

Saint-Céré es una villa del cantón de Figeac, en el Lot. Tiene, como todas las ciudades y aldeas del mundo, sus pequeños orgullos. En Saint-Céré ha nacido el mariscal Canrobert, la volvió a dar fama Pierre Benoît y, por último, vive allí Pierre Poujade.

Pierre Poujade es un hombre atlético, vigoroso, con afición y devoción por la oratoria. Ha sido, no hace muchos años, pues tiene ahora treinta y cinco, medio centro de un equipo de fútbol. Está casado con una argelina morena y tiene cuatro hijos.

Durante la guerra, Poujade se enroló en Aviación y, al sobrevenir la derrota, huyó a España y desde aquí pasó, como tantos otros, a Inglaterra para incorporarse allí a las Fuerzas Libres. Restablecida la paz regresa a su «Midi» natal, al Medoc francés, y comienza la etapa de los trabajos. Vive en una zona pobre, quizá en una de las más pobres de Francia, y, por lo tanto, las cosas no dan mucho de sí. Representa, primero, a unos librerías y luego, posteriormente, se establece con una pequeña papelería-librería. Se cumple así, en cierta manera, el deseo de cualquiera de los hombres del «Midi»: la independencia. Muchos de los pequeños artesanos de estas

OCHOCIENTOS MIL HOMBRES MOVILIZADOS CONTRA LAS CONTRIBUCIONES

EL MOVIMIENTO «POUJADISTA» QUIERE CONQUISTAR PARÍS

El «jefe» Pierre Poujade ha sido medio centro de un equipo de fútbol

tierras se ayudan «con un pedazo de tierra, con unas gallinas o unos conejos. Una vida chica que ellos prefieren siempre a cualquier empleo, aunque éste mejorara su nivel de vida. Una cosa se odia: al Fisco.

Así estaban las cosas. Pierre Poujade había llegado a consejero municipal y nadie pensaba que pasaría de ahí cuando, un día de sol, en el verano de 1953, los vecinos supieron que se efectuaría una operación de control fiscal. Cuando llegaron los agentes, Poujade, organiza la resistencia, reúne a los comerciantes, habla a las gentes, esgrime la razón de la fuerza y, los agentes, asombrados, tienen que retroceder.

Pues bien, ese día comienza el «pujadismo». El medio centro es de ataque.

EL «MOVIMIENTO PUJADISTA»

Lo que ha pasado en Saint-Céré corre, como un reguero de pólvora, por todo el cantón, y desde muchas villas se llama a Poujade para organizar la resistencia. Hace frente a los agentes de las contribuciones y no teme la batalla abierta. Por algún sitio corre hasta su pequeño hilo de sangre. Es, aunque pequeña, una guerra. Y una guerra que, de pronto, adquiere enorme repercusión política. El nombre de Pierre Poujade pasa su departamento y se convierte en un banderín. Ahora

lo que hay que hacer es organizarlo. Y eso es lo que hace Pierre Poujade.

Lo primero es instituir de una forma ordenada la lucha antifiscal. Una enorme publicidad sucede a los incidentes de Toulouse, Clermont-Ferrand, Rodez, Castelsarrasin, Roanne y Vendome. Miles de descontentos entran en las filas de una revuelta que no tiene doctrina, que no es más que eso: la señal de un enorme descontento.

Ese es el momento en el que funda una nueva organización: la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos (U. D. C. A.), que en dos años ha llegado a tener más de 300.000 afiliados. Metido en harina, Pierre Poujade recorre en todos los sentidos Francia y Africa del Norte, unos 70.000 kilómetros en dieciocho meses. Cuando regresa, los resistentes antifiscales son un movimiento de opinión considerable: el «movimiento pujadista».

MIL FRANCO S CADA AFILIADO.—CIENTOS DE MILLONES DE FUERZA

Poujade se deja arrebatarse por la oratoria. Un fondo de sinceridad aparece en sus frases violentas, airadas o puramente gesticulantes. De pronto se ha convertido en un «jefe». A los veinte años, cuando jugaba al fútbol, era ardiente partidario de las milicias de Doriot, después lo fué del general De Gaulle, pero ahora él quiere hacer su política.

Por lo pronto ha tenido que dejar la librería. Son los afiliados los que le dan para vivir. Por suscripción nacional le han regalado un coche, una villa le ha regalado un traje. En otros sitios le han ofrecido un gabán. Es quizá una cosa pintoresca, pero que refleja exactamente el clima de la situación.

De todas formas, hoy, el «movimiento pujadista» mareja ya centenares de millones de francos. Cada afiliado cotiza, anualmente, con 1.000 francos. Parece que, en esta ocasión, a los pequeños comerciantes y artesanos no les duele pagar. Otros dicen que lo que se les pide son 300 francos, pero el hecho cierto es la abundancia de medios. Tanto es así, que ya se acusa a Poujade de no rendir cuenta del empleo de los fondos.

Comienzan a aparecer entonces sus tremendas diatribas. Sus frases dan la vuelta a Francia. Algunas se hacen célebres. El 10 de enero, en el discurso de Lyon, usando toda la truculencia posible, señala que «dos funcionarios del Tesoro son unos asesinos; todos ellos tienen sangre en las manos».

«PARIS, LA CLOACA DE FRANCIA»

En la misma semana que ahora termina, cuando Pierre Mendes-France o P. M. F., como ahora se gusta decir para acabar antes y por la afición mundial a las siglas, se dedica a los grandes problemas económicos de Francia, Poujade estalla su gran globo sonda: la movilización a París. Cuando alguien le pregunta si se trata de un nuevo 6 de febrero, responde:

—No se trata de eso. Nosotros

salvaremos la libertad y salvaremos el régimen.

Pero al incitar a todas sus gentes a la cita en París el día 24, entiendo ésta, en realidad, como una auténtica «marcha a París». Así les dice: «París es la cloaca de Francia; pero son las grandes botas de alcantarilleros para pisar la capital.»

Otra frase ha dado también la vuelta. En un discurso advirtió: «Vosotros diréis: el jefe representa nuestra voluntad.» ¿Recuerda su tiempo en las milicias de Doriot? El caso es que un éxito popular de tal categoría ha superado, quiérase o no, las ideas favorables o adversas que de él personalmente se tengan. Quienes primero lo han comprendido así son los partidos políticos. Porque el hecho cierto es que Poujade no trae doctrina. Se plasma en él con cerca de los 400.000 afiliados y otros tantos simpatizantes, un descontento hondo cuyo carácter no se puede adivinar todavía.

LOS PARTIDOS POLITICOS, TERCEROS EN DISCORDIA

Controlar una masa tal no puede dejar de interesar a nadie. El «movimiento pujadista» cuenta con representantes y afiliados en cincuenta departamentos y representación, en cierta manera, la situación de la clase media francesa. Tales son los hechos.

Los partidos de extrema derecha han lanzado sus cables. Por otro lado, hacia fines de 1953 los comunistas han sostenido constantemente a P. P., a Pierre Poujade, pero las buenas maneras duraron poco. Los «pujadistas» eliminaron de sus cuadros a los comunistas y, a su vez, el partido comunista ha dado la consigna de desacreditar «personalmente» al presidente de la U. D. C. A. sin acometer de frente a la masa de seguidores, porque ésta supone una enorme corriente de opinión que todos quisieran poder manejar.

A su vez, los grupos sindicales encargados tradicionalmente de la defensa de los intereses de los pequeños comerciantes y artesanos no encuentran una salida hábil para hacer frente a la tormenta. Dudan, en general, entre el deseo de aprovechar el movimiento de opinión creado inconscientemente, por el «pujadismo» en torno a sus corporaciones, y el de poner en guardia a sus afiliados ante los medios de acción de Poujade.

A su turno, Poujade y sus lugartenientes no quieren perder su independencia, que ellos consideran, en cierto modo, como fundamento de su éxito. No quieren oír hablar de alta política:

—Si nosotros—dicen—nos metemos a legisladores, ¿qué harán los diputados?

Su carta son las reivindicaciones, nosotros no queremos las exacciones fiscales, sino la imposición base, única fórmula honesta para la percepción justa del impuesto.

EL GRAN FRAUDE FISCAL

Una de las quejas más esgrimidas por Pierre Poujade es que la Administración francesa emplea procedimientos inquisitoriales para organizar el control de

las tasas fiscales. Si bien es cierto que el descontento está arraigado y supera ampliamente lo económico para alcanzar otras esferas, como son los baches de inestabilidad política, los reverses internacionales, etc., no se entienden bien algunos aspectos de las reclamaciones si no es contando con la pobreza de los territorios que se han convertido en bastiones artificiales. De París hacia el Norte, hacia los departamentos más ricos, las gentes se han mantenido fuera de la órbita del «movimiento pujadista».

Por otra parte hay que tener en cuenta que, según las estadísticas del Ministerio de Hacienda francés, la contribución media ha sido impuesta a los comerciantes sobre un beneficio anual de 376 mil francos anuales.

Como es sabido, las contribuciones a los comerciantes pueden ser impuestas de dos formas: sea según sus beneficios reales, sea de acuerdo con el sistema de «cote-fait». Es éste el que adoptan cuatro comerciantes, de cinco. Consiste, simplemente, en admitir globalmente que el beneficio anual alcanza determinada cantidad y pagar el impuesto sobre esa suma.

Pero el Ministerio de Hacienda dice más: que en un país donde existen rodando dos millones de automóviles, y millones de ellos viajan y disfrutan de altos niveles de existencia, sólo 300.000 franceses han declarado tener ingresos mensuales superiores a los 80.000 francos. Los únicos de los que se conoce exactamente el sueldo, a la hora contributiva, son los empleados y los obreros. Y el control fiscal quiere terminar con ello.

En este sentido, el semanario norteamericano «Time», que hace circular por el mundo dos millones de ejemplares, ha dedicado un artículo a Pierre Poujade, en el que, entre otras cosas, dice: «para la mayor parte de los franceses, defraudar al Fisco es un instinto; para otros, una profesión».

Todavía el «Time» dice una cosa más grave: «Pierre Poujade ha aprovechado esta propensión para el fraude fundando la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos».

El caso es que, cuando se le ha preguntado a Poujade sobre el riesgo de que al achacarse los incidentes antifiscales pueda ser detenido, ha contestado:

—¿Detenerme? No se atreverán. ¡Somos muy fuertes!

Puede ser que sea así; el caso interior de Francia. La falta de autoridad y el descontento puede ser que se den cita en esa frase.

LA MARCHA SOBRE PARIS: EL 24 DE ENERO

Toda la organización «pujadista» fué lanzada a una cita colectiva: trescientos mil hombres se reunirán en París el día 24 de enero. La cosa no parecía una broma. En una alocución, Pierre Poujade, o Pujade, para castellanizar el apellido, sembró la confusión: si el Gobierno no nos da satisfacción tomaremos las copetas de caza y nos lanzaremos a la calle.

El día 21, a las nueve horas

UNION DE DÉFENSE DES COMMERÇANTS ET ARTISANS MOUVEMENT DE SAINT-CÉRÉ PIERRE POUJADE



cuarenta y cinco minutos de la mañana, el presidente de la U. D. C. A. salía en su automóvil para París. Un cuarto de hora más tarde, telefónicamente, sus lugartenientes le comunicaban las novedades: todos los partidos políticos están de acuerdo con entrevistarse con ellos. Sólo el grupo socialista se ha negado.

Media hora más tarde recibe el segundo comunicado; luego, un tercero, un cuarto y un quinto. Este dice: «los socialistas lamentan haber tardado tanto en dar su acuerdo a la entrevista del Palais-Bourbon».

Es así que la marcha a París comienza con el asalto a la Asamblea francesa. Esta se dispone a recibir al hombre que tiene tras él unas tropas que viajan, en esos momentos, desde sus departamentos lejanos a través de una Francia inundada.

En París, «la cloaca» que dice Pujade, las ratas, huyendo de la inundación, han invadido los barrios aristocráticos, los viejos barrios señoriales.

UN MILLÓN DE FRANCO PERDIDOS

Nada más llegar Pujade a París se instala en un hotel, próximo a la plaza de la República, donde ya le esperan sus lugartenientes. Su esposa, que le ha acompañado, está cansada. En el hall la gente les mira. La mujer, excesivamente morena, sube las escaleras mientras su marido lleva las hojas del hotel y hace las primeras preguntas a sus hombres. Las primeras malas noticias.

—El Ministerio del Interior ha prohibido a los pujadistas el acceso al velódromo y a las salas Wagner y del Palacio de la Mu-

Una multitud de 125.000 personas se ha reunido en el Parque de Exposiciones de la Puerta de Versalles, en París, para oír la voz de Pierre Pujade, que dirige el movimiento de los pequeños comerciantes y artesanos de Francia frente al Iteco. Los reunidos se juramentaron a no pagar ningún impuesto al Gobierno mientras estos no sean rebajados

tualidad que, con mucha anticipación, estaban retenidas.

—¿Y qué más?—pregunta.

—Que los administradores de las salas se niegan a devolvernos el millón de francos adelantados por ruptura de contrato.

Pierre Pujade suelta, violentamente, alguna maldición que otra. Alguien que le oye dice que son de las que pronunciaba, en sus buenos tiempos, el mariscal Canrobert, también de Saint-Céré.

Tres de sus lugartenientes habían estado en la mañana en la Prefectura de Policía de París. Al frente de ella está M. Andre Dubois, de quien se habla ahora para el gobierno general de Argelia, que es conocido con un extraño sobrenombre: «el Silencioso».

Apenas les dice nada; la reunión tendrá que celebrarse en las salas del Parque de las Exposiciones de la Puerta de Versalles. Una última cosa les dice: «Los únicos agentes que estarán allí tendrán exclusivamente la misión de guiar vuestros coches al Parque, pero, ¡atención!, nada de manifestaciones a la salida.

El Ministerio del Interior cerrará el paso a la tropa.

Aparte de eso, en muchas Jefaturas de Obras Públicas se prohíbe circular a los transportistas con las expediciones. Los vagones y trenes especiales que había solicitado Pujade se encuentran con dificultad. Sólo en muy escasos lugares es posible organizarlos. Los «pujadistas» contestan con el famoso «direnos» con nuestros coches». Así empieza la enorme caravana que lleva a París, con el agua que cierra el paso en algunos puentes, no los trescientos mil hombres anunciados, pero sí cien mil.

Mientras tanto, el domingo, en la mañana, en un café cercano a la plaza de Italia, se reúnen, con su jefe, los delegados departamentales de la Unión de Defensa. Uno de ellos, de los 22 que asistieron a la entrevista con los partidos en la Asamblea, explica con lentas palabras la recepción: «Duchos, secretario general del partido comunista, nos recibió con los brazos abiertos. Nos ha dicho: «nuestro partido está totalmente de acuerdo con vosotros». El caso es que idénticas reflexiones les habían hecho las organizaciones anticomunistas. Manejar y hacerse seguir por varios centenares de miles de hombres, nada más levantando el descontento de las cargas fiscales, mueve en torno a Pujade la avalancha política.

El hecho cierto es que el lunes 24 se reunían 100.000 hombres, que representaban muchos cientos de miles de descontentos más. Lo que esa fuerza signifique, lo que pueda ser, quizá no pueda responderlo tampoco Pierre Pujade, librero de Saint-Céré, ciudad de la región del Lot.

DESPUES DE LAS ELECCIONES MUNICIPALES

PROBLEMAS DE SUMA URGENCIA QUEDAN SOMETIDOS A LA COMPETENCIA DE LOS NUEVOS CANDIDATOS PROCLAMADOS

LA IMPORTANCIA DE SER CONCEJAL EN ESPAÑA



EL viejo año 1954 queda muy lejos. Pertenecen ya al recuerdo todos los afanes electorales para renovar la mitad de los concejales que ejercían sus funciones en los Ayuntamientos de toda España. Las urnas hace mucho tiempo que han sido guardadas. Desde Irún al más pequeño Municipio de la isla de Hierro, desde Finisterre a Menorca incluyendo a Ceuta y Melilla, cada una de las entidades locales ha elegido sus nuevos gestores. Ahora, en el presente año de 1955, y más concretamente ante el primer domingo de febrero, tomarán posesión de sus cargos los candidatos proclamados. En tal día todos los Ayuntamientos celebrarán una sesión extraordinaria, se dará lectura a los nombres y apellidos de los elegidos y estos irán prestando juramento ante el Alcalde, comprometiéndose a defender los intereses morales y materiales del Municipio. A partir de entonces, permanecerán seis años en el desempeño de sus mandatos. Viviendas, transportes, dotación para los servicios públicos, ensanches, temas de urbanismo, llenarán el orden del día de cada reunión municipal. Y escuelas, presupuestos, tráfico, sanidad; toda una baraja de proble-

mas importantísimos, queda sometida a la competencia de los candidatos recién proclamados.

De esa mitad que se renueva, una tercera parte representa a la Organización Sindical; un tercio, a los cabezas de familia; y el otro, a las Entidades económicas, culturales y profesionales. Los tres grupos acuden a los salones de sesiones unidos por el mismo deseo de engrandecer sus ciudades o aldeas y de resolver, en la medida de lo posible, los problemas que incumben a las Corporaciones. Los vecinos cumplieron con su obligación de votar a aquellos que les merecían mayor confianza; a los nuevos concejales les toca ahora prometer sus cargos y entregarse a la tarea. Como se dirá el 6 de febrero: queda abierta la sesión...

POR QUE TIENE IMPORTANCIA UN CONCEJAL

En nuestro país ser concejal tiene una importancia extraordinaria. Por eso el domingo día 21 de noviembre tuvo una significación especial en España entera. Consciente el Cuerpo Electoral de la importancia que la atribución del cargo tenía, hizo aquella mañana dominguera algo muy diferente a las del resto del año.

Dejaron de sonar los alegres compases de las bandas municipales de Levante porque los profesores tenían que formar parte de las mesas; retardó el candidato zamorano la hora de salida de su excursión semanal, y maduraron el andaluz y el canario.

—¡A votar! Fué el grito unánime de todos los ciudadanos conscientes. Y luego, a la noche, a la mañana siguiente, la elección fué general.

—¿Quiénes, quiénes han sido los elegidos?

Pregunta, que por el tono y el interés, se podría traducir así:

—¿Quién ha sido el afortunado?

—Porque una fortuna es el gozar de la confianza de los concidadanos, el reunir prestigio, honradez, y virtudes cívicas suficientes para que el Cuerpo Electoral del Municipio eleve hasta la dignidad de concejal a un hombre. Ningún requisito le es exigido a un concejal, sino aquellos que nacen de la misma honradez. No hay condiciones de sangre, de profesión, que otorguen la primacía a éste o aquel candidato. Candidato puede ser cualquier ciudadano honrado, eficiente que inspire confianza al Municipio.

—Don Fulano... es concejal. Esta frase, en cualquiera de nuestras ciudades va siempre unida a un gran respeto. Es mucho el prestigio del que goza un concejal.

Porque también son muchas las responsabilidades que pesan sobre los hombros de estos modestos «tribunos de la plebe».

PROFESION PREFERIDA LA HONRADEZ

Ya hemos dicho que la profesión de un ciudadano no le predestina a ser o a dejar de ser concejal. Es más, las preferencias de los españoles en cuestiones de profesión que deben tener sus concejales, tampoco es tan muy claras. Algún sitio ha habido como Ciudad Real, en el que se ha dado la sorprendente casualidad de que los tres elegidos por el tercio de cabezas de familia han sido médicos. Pero el hecho no es más que esto: una

El Ministro de la Gobernación, excelentísimo señor don Blas Pérez González, en el momento de ir a depositar su voto



Los electores se preocupan de comprobar su inclusión en las listas de votantes

casualidad. En la región asturiana (Oviedo) las profesiones liberales han tenido un gran éxito: dos abogados, un maestro nacional y un arquitecto han sido los elegidos por el mismo tercio. ¡No está mal! Algo entienden de esto los industriales e industriales asturianos. El arquitecto planeará viviendas, el maestro nacional se ocupará de los problemas de la enseñanza y cultura tan del día en todos los Municipios, y los abogados acudirán y atenderán a esto y a lo otro. A todas partes. Que este parece ser el destino de los letrados.

Como ven ustedes, los asturianos sabían bien lo que se hacían. Pero la preferencia sigue sin establecer un orden determinado en cuestiones de profesiones. Industriales, comerciantes, empleados, han batido una plusmarca en estas últimas elecciones. También ha habido superabundancia de abogados. Y los galenos, y farmacéuticos antes tan alejados de estas cuestiones, han demostrado patentemente que también para ellos están hechas las Concejalías. ¿Profesión preferida, a fin de cuentas por los electores? No cabe duda: la honradez y buena voluntad.

EN LOS PUEBLOS CASTELLANOS

Si en una capital tiene importancia que un ciudadano sea concejal, en los pueblos el mismo cargo se reviste de una dignidad y relieve interesantísimos. Porque allí, en el amplio pueblo castellano, entre los poblados andaluces, los hombres son mejor conocidos y su labor, por más íntima, es más trascendente para sus conciudadanos. Son esos hombres elegidos los que deben hacer efectivas las ilusiones de sus conciudadanos.

¿Qué tipo de hombre elige un labrador castellano para representarle en el Municipio? ¿Qué prefiere un cabeza de familia aragonés? ¿Por qué hombre se ha decidido el obrero de una fábrica levantina o extremeña?

Es el hombre sencillo el que gana. Un vistazo al panorama que ofrece la provincia de Burgos y nos convenceremos. Miranda de Ebro, Aranda de Duero, Briviesca, Belorado, Castrojeriz, Lerma, Salas de los Infantes, hasta Sedian, Villarcayo, Villadiego y esos felices nombres de Espinosa de los Monteros y Melgar de Fernamental ofrecen un resultado decisivo a este respecto. Ganan en Melgar de Fernamental los agricultores. Ganan también en Pampliega. Ganan en Roa del Duero, donde don Julián Gil Cilleuelo podría unir a su dignidad de obrero del campo la nueva de concejal sindical. Total: que en esta provincia — lógicamente — se prefiere al hombre que tiene contacto con la diaria preocupación de la tierra, con la preocupación de todos.

Por eso sólo ocurre que nos tropezamos una vez con un nombre que corresponde al de un obrero de transportes, César Cabestreros Lagandara, y con otro que se encasilla en actividades diversas. Los demás..., agricultor, agricultor, agricultor, industria de la alimentación, agricultor...



OBREROS Y EMPRESARIOS

milía. ¡Que son gente joven casi todos ellos!

Rotundos son los nombres de esos señoriales pueblos de la provincia de Zaragoza: Ainzón, Gallur, Zuera, el tantas veces citado Calatorao, y aquellos otros de Caspe, Daroca, Ejea, Sos del Rey Católico...

Las gentes, los labradores de esta provincia, se distinguieron desde muy antiguo por su recto sentido de la libertad y por un saber entregar la administración de sus intereses al más digno de su confianza. Provincia fuerte y objetiva en relación con sus hombres. Por segunda vez vemos que gana el hombre colmado de diarias preocupaciones de trabajo. El hombre activo que trabaja por sí mismo y se hace portavoz de sus compañeros. Concejales nuevos, que han vivido las preocupaciones de la Hermandad de Labradores en su mayoría y que se deciden a incluir en sus programas reformas o iniciativas que afectan directamente al trabajador, al obrero, al empresario. El único abogado que asoma por entre la nutrida lista de concejales de la provincia, don Fausto Moya Maluenda, de La Almunia, une a su título universitario el de labrador.

Otro fenómeno a hacer notar es el de que en muchísimos pueblos el empresario y el obrero van emparejados en la elección. Así ocurre en Maella, Sos del Rey Católico, Mallén, etc., etc.

Las cifras son éstas: 183 empresarios, 93 técnicos y 83 obreros.

Alrededor de los trescientos y pico anda también la cifra de concejales por los cabezas de fa-

CALEIDOSCOPIO DE PLANES

Elegir es difícil. Tanto más difícil cuanto que las listas de candidatos en todos los Municipios han estado nutridas de hombres que podríamos llamar adornados de todas las virtudes «concejali-cias» (perdón por la innovación). ¿Cuál ha sido, pues, la palabra elegida por estos hombres, el plan expuesto a sus conciudadanos para ganarse su voto y ayuda?

La Prensa española de mediados del mes de noviembre está poblada de ecos de las palabras de estos hombres.

—Hablan los candidato—anuncia.

Y los candidatos, efectivamente, hablan y hablan. Exponen. Los problemas más urgentes de la provincia, del Municipio, saltan hasta la primera plana. En Málaga, por ejemplo, luego de elegido concejal por el tercio de cabezas de familia, el señor García Saro, como su compañero de candidatura, señor Barrionuevo contesta a las preguntas que le plantea el diario «Sur». Le preocupa el problema del agua y electricidad, planea soluciones en relación con las viviendas de los barrios más humildes. Y, tanto él como su compañero Barrionuevo, se extienden en proyectos con relación a los de nuevos centros industriales, cuyos establecimientos se proponen ayudar y facilitar a toda costa. Y como Málaga es una ciudad turística, también de esto se habla.

—Si sabemos hacer una oportuna propaganda, los veranantes terminarán viniendo ca-



Una anciana cabeza de familia acude a las urnas electorales



Una de las preocupaciones esenciales de los concejales es la construcción de viviendas

da día más al Sur, escarmentados de las lluvias norteanas—vienen a ser las palabras de Barrionuevo.

Con este fin se planean sistemas y medios para hacer más fáciles y baratas las excursiones.

LA BATALLA DEL TURISMO

El Norte no deja tampoco de hacer proyectos para la atracción de turistas. San Sebastián, representa en este sentido al turismo de la costa cantábrica. Las opiniones se dividen.

—El turismo no debe de ser la obsesión de toda la ciudad, declaraba Azpilicueta, farmacéutico y pelotari, el mismo día de su triunfo electoral por el tercio de cabezas de familia.

Mientras el que fué gloria nacional del hockey, Asuero, hoy en día padre de familia casi numerosa, y médico, asegura:

—Turismo por encima de todo: San Sebastián es San Sebastián gracias al turismo.

La batalla como ven ustedes, de Norte y de Sur, en cuestiones turísticas, se presenta dura.

LAS ESCUELAS, EL NIVEL DE VIDA Y... ¡LOS PISOS!

Hay constantes en la preocupación actual de los Municipios españoles. Lo que quiere decir que en España hay unidad. De pensamiento y de acción.

Preocupa, por ejemplo, la elevación del nivel de vida de las clases más humildes. Así lo declaran Matutes, Martí Torres, y Bufi Serra elegidos también por los cabezas de familia en Ibiza. Lo mismo que en Valencia y Zamora. En Valencia Barberá, uno de los nuevos concejales de familia por el tercio ya dicho, plantea todos los problemas relativos a las escuelas. El niño ha de tener aún todo aquello que se considera superfluo en materia escolar, para que su educación no deje nada que desear.

En terminos parecidos se expresan Pastor Olmedo en Zamora. Y Ballester Ballester: nivel de vida, cultura... ¡ah! y el terrible problema de la vivienda. Que de esta sentada parece que va a dejar de serlo. En todos o en casi todos los Municipios de España, se han expuesto planes en este sentido.

Desde Cádiz, donde los señores González Díaz, Durio y Copano han comenzado a actuar, al último rincón de todas las provincias gallegas, el problema de la

vivienda se ha atacado con verdadera furia.

Ventajas de que casi todos los concejales elegidos por el tercio de cabezas de familia, sean en su mayoría, hombres jóvenes, padres de familia, a su vez que conocen los sinsabores de la búsqueda de un piso, y de las estrecheces del propio, con fuerzas y recursos para terminar de una vez con estas preocupaciones.

La buena voluntad no falta nunca.

CONTRA EL ANALFABETISMO

Por tierras de Extremadura preocupan otras cosas. La construcción de almacenes-graneros es un quehacer que ocupa a los pueblos de Aljucen. La Codoñera, Malpartida de la Serena, Valencia del Mombuey, Magacela, Hinojosa del valle, etc. Preocupa la lucha contra el analfabetismo. Y otra vez la constante: la elevación del nivel de vida, la construcción de viviendas para los obreros, para las clases más humildes.

Son nada más y nada menos que 249 nuevos concejales sindicales y aproximadamente el mismo número por el tercio de cabezas de familia los que se enfrutarán con estos problemas del Municipio. ¿Más cifras? Del tercio sindical, el número se reparte así: 152 empresarios, 93 técnicos y 44 obreros. Un porcentaje muy similar al observado en otras provincias españolas.

Aún podemos comparar estas cifras con las de otra provincia cualquiera. Sevilla, por ejemplo. En la provincia de Sevilla han sido elegidos por el tercio de representación sindical 123 empresarios, 41 técnicos y otros 41 obreros. El tercio de cabezas de familia anda repartido entre industriales, comerciantes y profesionales liberales. Entre padres de familia unos y otros.

NUNCA ES TARDE PARA SER CONCEJAL

El interés y el entusiasmo con que los electores acudieron a la votación no fueron sino reflejo del mismo interés y entusiasmo de los concejales elegidos. El cargo es gratuito y obligatorio; ningún deseo material se puede, por lo tanto, mezclar al deseo legítimo de cada vecino de contribuir al engrandecimiento de su localidad. Y en esta aspiración se han unido los jóvenes y los hombres de edad.

En este aspecto Valencia se ha caracterizado por otorgar su confianza (entre los candidatos de representación sindical) a cuatro hombres, ninguno de los cuales ha cumplido todavía los treinta y cinco años.

Por el contrario, en Palma de Mallorca ha obtenido mayoría don Juan Bauzá, comerciante de profesión, que con cerca de setenta años viene a ser uno de los decanos de los nuevos concejales. A su lado don Salvador Llopi, gerente de una fábrica de chocolates y abogado en ejercicio, concejal ahora por el tercio de Sindicatos a sus treinta años, puede ser considerado como un joven en edad de quintas.

Mas para dejar definitivamente la indiscreta cuestión de las edades, aunque bien puede decirse que un teniente alcalde competente no cumple años, cabe añadir que la mayoría de los candidatos elegidos tienen entre los treinta y cinco y los cuarenta años.

Para nadie es tarde. Aun están a tiempo muchos de ustedes para presentarse a las próximas elecciones.

Los problemas que un Municipio tiene pueden ser de mil indoles. El concejal es siempre un hombre apto para atender si no todos ellos a alguno en particular. Además aporta al municipio la provechosa levadura de sus personales inquietudes.

TECNICOS, OBREROS, EMPRESARIOS

En este mundo de iniciativas y resoluciones, el tercio de la representación sindical es el que lleva a las corporaciones locales las inquietudes del mundo del trabajo. Horarios, programas, formación de obreros o asuntos puramente técnicos son elaborados en los planes estos concejales del tercio de Sindicatos. Son en total 12.047 los concejales que se eligen en toda España por los representantes sindicales. 12.047 hombres que no permitirán nunca que los problemas de la fábrica o del obrero sean olvidados.

De esta docena de millares de nuevos gestores, 7.978 son empresarios; 1.714 son técnicos, y los restantes 2.355, obreros. Los planes y proyectos de todos estos empresarios, técnicos y obreros unidos, son innumerables. Algunos que otro sobresale por encima de los demás y se hace notar con impaciencia.

Los 12.000 y algunos concejales del tercio de Sindicatos, pronto estarán actuando. Estos doce mil y algunos hombres, de los cuales sólo 941 han sido reelegidos, y hasta un total de 12.648 concejales últimamente elegidos en los Municipios españoles, van a contar el tercio de Entidades.

SOBRE TODO, GENTE NUEVA

El cuerpo electoral se ha manifestado, pues, por llevar a los Ayuntamientos candidatos de nueva designación. De cada doce concejales del grupo, tan sólo uno ha visto prorrogado su mandato. Las casas consistoriales abren así sus puertas a una nueva promoción que sabrá imprimir un ritmo ágil a la gestión municipal.

Examinando a la ligera los resultados de los escrutinios se observa que aunque la tónica gene-

El transporte entra dentro de los planes de urgencia de los nuevos concejales

ral ha sido dar entrada a valores nuevos, hay localidades en que se ha mantenido un criterio contrario. Tal es el caso de Melilla, donde han sido proclamados por seis años más, don Juan López Crisma, empresario que fué elegido ya en 1951, aunque por incompatibilidad no pudo tomar posesión en la Legislatura anterior; don Tomás Cegado Gómez, periodista, y don Sebastián Billar López. En cambio en Ceuta, los cuatro que han obtenido mayoría prometerán el cargo por vez primera.

Si atendemos a la categoría profesional de los candidatos, junto a Albacete que ha proclamado a tres empresarios, tenemos a Alicante donde tres obreros han logrado otras tantas vacantes de las cuatro que se habían producido: don Inocencio Alcaraz, del Sindicato del Seguro, don Enrique Icardo, encuadrado en el del Olivo, y don Ramón Sáenz, del Sindicato de Banca.

Dando un salto por la geografía de la península consultamos a las urnas de cristal de Vitoria. Los tres concejales elegidos, dos obreros y un técnico, son miembros de la Vieja Guardia y ex combatientes. Hombres hechos a la guerra. Don José Ruiz se incorporó al Ejército a la edad de catorce años; don Alberto Vicente ganó por méritos frente al enemigo los galones de sargento, y don Félix Echevarría, obrero ferroviario, está en posesión de una Medalla Militar.

PROYECTOS Y MAS PROYECTOS

Interesantísimos son los proyectos que los nuevos concejales traen al diario quehacer de los Municipios españoles. Las personalidades, las biografías forman un conjunto armónico aunque poblado de matices diferentes. Aquí está, por ejemplo, Santiago Alvarez, que obtuvo el mayor número de votos; es obrero de la Construcción y nacido en Madrid. Ingresó a los dieciséis años en la misma empresa donde hoy presta sus servicios en la categoría de auxiliar de obras. ¿Qué labor desea realizar este modesto productor dentro del Ayuntamiento de la capital de la nación? El mismo responde a la pregunta:

—Todo proyecto que tienda a beneficiar a la clase trabajadora encontrará en mí el más decidido defensor; más concretamente, dedicaré mis afanes al problema de la vivienda, al de los transportes populares y al de los barrios humildes.

MAS APRETONES DE MANOS Y MENOS REQUISITORIAS

Y ya que uno de los nuevos candidatos sindicales madrileños ha expuesto sus aspiraciones, traeremos también las de don Justo Ualé, apellido que suena en los oídos de muchos vecinos de la capital, por la empresa de su propiedad que ostenta el nombre del nuevo concejal. A los veintinueve años creó el negocio sin más fondos que su voluntad; hoy cuenta con más de 600 productores. Ha

Muchos grupos de viviendas como éste se alzarán en todas las capitales españolas



implantado en él un sistema de beneficios que convierte a la mayoría de los obreros en asociados. Es santanderino, pero avecinado en Madrid desde su juventud. Declara que durante su mandato en el Ayuntamiento atenderá, sobre todo, a la construcción de viviendas baratas y al transporte urbano. Así, pues, se entenderá bien con don Santiago Alvarez.

Don José Iglesias tiene treinta y siete años y es propietario de un bar. Vieja Guardia de Madrid desde 1933, ex cautivo y voluntario de la División Azul. Expone a sí sus proyectos:

—Prestaré especial atención al problema de los suburbios y pondré mi mejor empeño en beneficiar al público consumidor sin lesionar los intereses industriales.

Ya solamente nos queda de los nuevos ediles sindicales a don Francisco Muñoz Lusarreta, empresario de espectáculos y aparejador. Ha venido a reunir bajo su dirección el teatro Reina Victoria, el Calderón, el Cómico, el Fuenarral y el Lope de Vega, todos ellos de Madrid. Se ha hecho cargo también del teatro Calderón y Barcelona, de la Ciudad Condal. Muchos de estos locales fueron rescatados para las representaciones escénicas cuando iban a ser utilizados para otros fines o dedicados al cinematógrafo. Lleva también la dirección de las salas madrileñas Lusarreta y San Cayetano. Habla así de su gestión municipal.

—Como empresario de espectáculos abordaré en el Ayuntamiento el problema de los transportes hasta lograr el nivel mínimo de eficacia y comodidad para los usuarios. Hay que iniciar con premura la solución. Profeso este principio: «Mas política y menos administración». Esto es, más alma y menos circulares; más diálogos y menos órdenes; más apretones de manos y menos requisitorias;

más hermandad y menos burocracia.

Hay, pues, unanimidad entre los nuevos candidatos sindicales madrileños para afrontar resueltamente los problemas de la vivienda y de los transportes. A veces, el corazón y la fe vencen todas las dificultades económicas, o materiales.

UN GRAN CAMPO DE DEPORTES SIN OLVIDAR EL AGUA

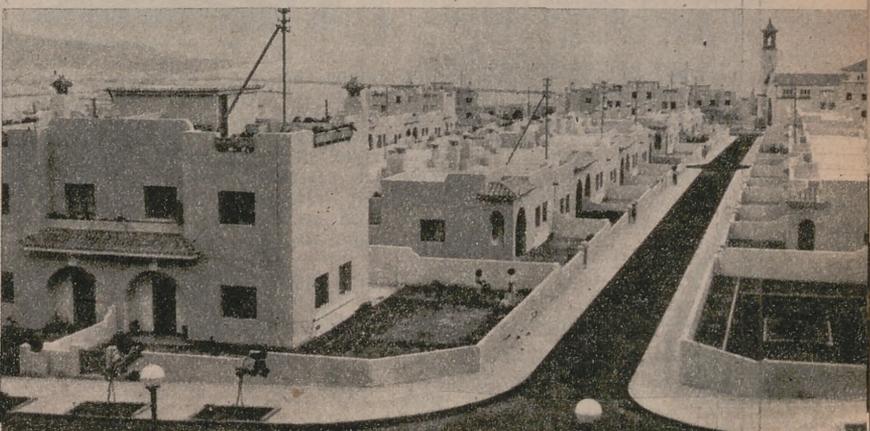
En todos los Municipios españoles se dejan oír los propósitos firmes de los nuevos concejales; con ímpetu renovado, los Ayuntamientos se disponen a proseguir su tarea de engrandecer la Patria a través de los pueblos, las pequeñas ciudades o las grandes urbes.

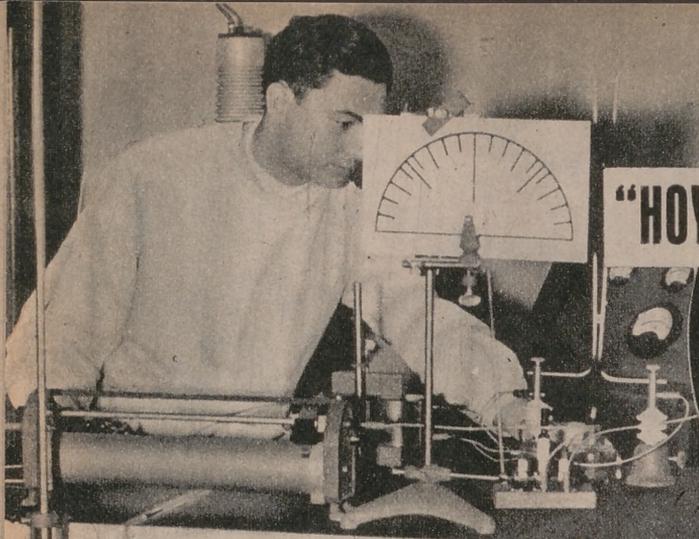
—Deseo hacer cuanto sea posible por el embellecimiento de Zaragoza y atender a quienes solicitan una rebaja los impuestos municipales, o a quienes claman por la construcción de un gran campo de deportes, sin olvidar el agua, los barrios y la construcción de casas baratas—declara don José Blesa, candidato sindical de Zaragoza.

—Trabajar para que Sevilla mantenga su rango de gran capital, con viviendas de renta módica, con sus calles remozadas—son deseos de don Abel Hernández—dependiente de comercio, encuadrado en el Sindicato de la Piel.

Los nuevos concejales llevan a las Corporaciones un creador espíritu de iniciativa, una renovada vitalidad. Los Ayuntamientos reciben con la misma confianza que los vecinos a estos concejales que envía a ellos el mundo del trabajo, los cabezas de familia y las Entidades.

Los Alcaldes pueden ya agitar la campanilla que anuncia la apertura de la sesión.



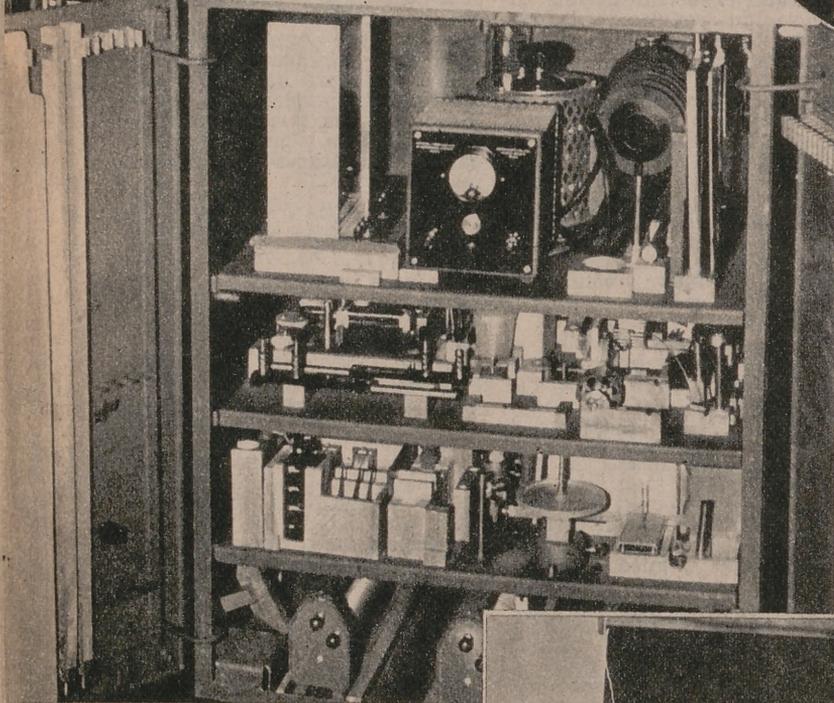


“HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...

**LA INVESTIGACION
AL SERVICIO DE LA
HUMANIDAD**

**EL GENIO INVENTIVO
BUSCA NUEVAS FORMAS
PARA HACER MÁS
CONFORTABLE LA VIDA**

**LA MODA APLICADA
A LA PRACTICA**



Si hubo un tiempo en que las ciencias o el saber científico fué poco menos que despreciado, donde el químico, el físico o el matemático se confundían para los demás con el astrólogo, adivino del porvenir, o con la figura misteriosa del brujo, que decía tener en sus manos todas las fuerzas de la Naturaleza, hoy bien podemos decir que estas mismas ciencias se han adueñado del mundo. Su aplicación práctica rigió la vida de los hombres que hoy esperan, como el enfermo de su médico de cabecera, el diagnóstico del gran inventor o del investigador que acaba de descubrir la última fórmula de un nuevo artefacto, de un elemento desconocido o de una nueva fuerza de energías último modelo. Aquello de «hoy las ciencias adelantan...» ha perdido su artilugio de una letra de zarzuela para convertirse en un indicio exacto y fiel del progreso y poderío de los pueblos, y hasta para bautizar a una edad en la Historia que ya no se llamará «clásica» ni «romántica».

Si es verdad que la investigación, el hallazgo está con frecuencia al servicio de una guerra o de fines que atentan contra la

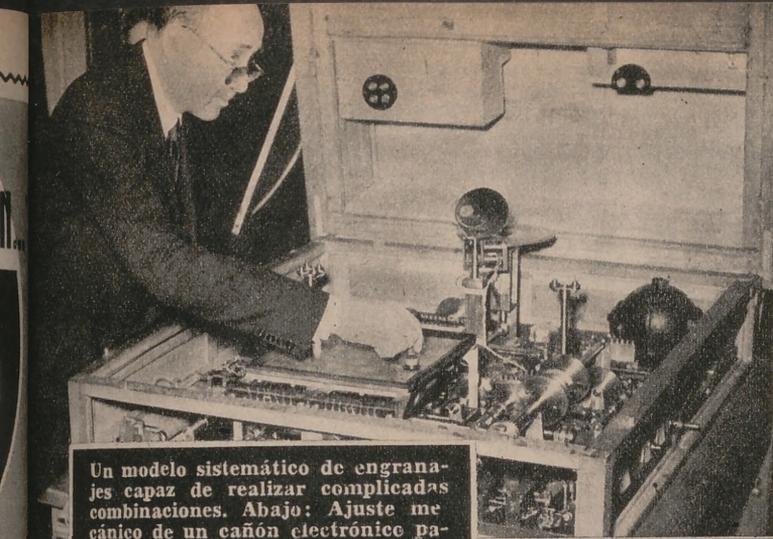


Un moderno aparato para el estudio conjunto de problemas de óptica, mecánica y electricidad. Abajo: un espectrógrafo del último modelo

misma existencia humana, no deja de ser cierto que la paz, la vida tranquila y sosegada de los pueblos es la primera en beneficiarse del esfuerzo y sacrificios de quienes dedican sus días a proporcionar al hombre, con el fruto de su trabajo y de su inteligencia, una vida más llevadera, más fácil y acogedora.

No intentamos, naturalmente, hacer una enciclopedia de inventos. Ni siquiera reseñar todos los

adelantos científicos de nuestro tiempo. Algunos serán de otros países, poco importa, porque nada hay más universal ni con menos fronteras que el fruto de una ciencia o de un estudio, aunque se le quiera nacionalizar, con el sello de «made in...» Una parte reducida de la labor inves-



Un modelo sistemático de engrana-
jes capaz de realizar complicadas
combinaciones. Abajo: Ajuste me-
cánico de un cañón electrónico pa-
ra lámpara de radar con respuesta
lineal



igadora en España la hacemos
a través de eminentes científ-
cos españoles.

**EL «TRANSITOR»: DOS
CABEZAS DE ALFILER**

Dos cristales, del espesor de
un guisante, reemplazarán, en
poco tiempo a las lámparas de
radio. Encerrados en una fina
envoltura de metal, de la que
sobresalen dos pequeños hilos de
cobre, con un peso que no pasa
de los 20 gramos, estos cristales
de germanio forman la parte
esencial del «transitor» que hoy
revolucionará la industria electro-
nica americana.

Gracias a estos dos cristallitos
que simulan el tamaño de cabe-
zas de alfiler, los americanos
han podido obsequiarse, en los
días de Reyes, con este receptor
de radio miniatura apenas un
poco más grande que un paquete
de cigarrillos.

En la industria electrónica, el
«transitor» viene a representar
lo mismo que el motor a reacción
en la industria aeronáutica. Sus-
tituye al tubo electrónico en to-
das sus aplicaciones, como la ra-
dio, la televisión, los aparatos
teledirigidos, el teléfono. En los
fines de semana y con un peso
que no llega a los dos kilos, el
americano, dentro de dos años,
podrá transportar al campo o al
despoblado su receptor de tele-
visión y su disco portátil. En to-
dos los almacenes de Nueva

York se encuentra ya la radio
de bolsillo a precios que oscilan
entre los 50 y 70 dólares.

La existencia de aparatos por-
tátiles de televisión en Norte-
américa es hoy ya una realidad.
Ahí está la famosa R. C. A. que
ha lanzado ya al mercado los
primeros modelos.

**CUANDO USTED REGALE
UNA RADIO, LA REGALA-
RA DE PULSERA**

En 1954 el Ejército norteamer-
icano se quedó con la mitad de
los «transitores» fabricados en
los Estados Unidos. La mayor
parte de los tubos electrónicos
utilizados por las divisiones bli-
ndadas están tendiendo a su des-
aparición y, en su lugar, ven-
drán estos cristallitos del espesor
de un guisante, cuya duración
media de funcionamiento vendrá
a oscilar entre las setenta y cin-
co mil y cien mil horas. Pero
la mayor sensación, el récord del
ingenio lo han alcanzado los in-
genieros del Ejército del Aire:
una radio de muñeca, del mismo
tamaño que un reloj, con capa-
cidad para captar mensajes a
más de 100 kilómetros.

El aparatito en sí, el diminuto
cazador de ondas será, sin du-
da, un alarde de inventiva. Sin
embargo, no creemos que cum-

Microscopio electrónico de 100.000 au-
mentos. Los normales tienen mil

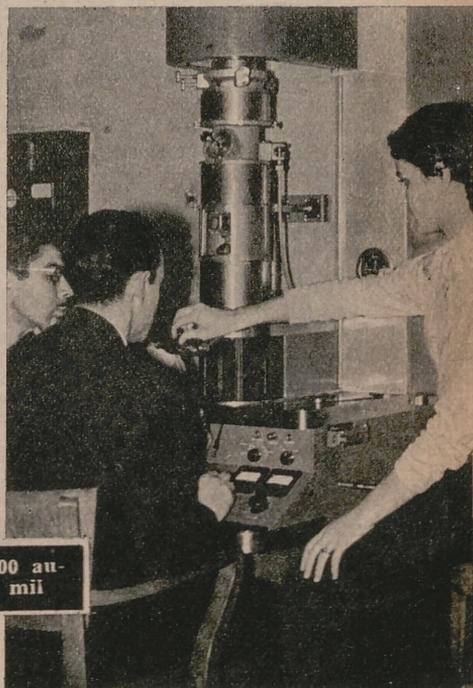
pla los cánones de la comodidad.
Porque, o ha de ponerse a una
altura mediana de sonido y en-
tonces la sala donde se reunie-
sen varios ciudadanos o la cal-
zada por donde transitasen los
peatones se harían ensordecedo-
ras, o habría que ir con la mano
en la oreja, postura poco reco-
mendable.

De todos modos, los america-
nos que ya sueñan con aparatos
de radio, de televisión, tocadis-
cos, teléfonos y radars de bolsi-
llo, podrán comunicar desde
Nueva York con sus amigos de
San Francisco, o de Chicago, o
de los Angeles, sin previo aviso
a la central telefónica. Y esto
sí que es una felicidad. 1955 se-
rá el año del «transitor», como
otro lo fuera de la bomba ató-
mica.

**LA «LUMITYPE»: RE-
VOLUCION EN LA IM-
PRENTA**

No hace mucho tiempo en
los salones del Grand Palais de
Paris se exponían ante un pú-
blico lleno de curiosidad los se-
cretos de la Prensa, del libro y
de la publicidad. La exposición
duró un mes. Los visitantes se
estacionaban siempre en la mis-
ma sala. Era la habitación don-
de se encontraba la «Lumitype»,
una máquina de componer foto-
gráfica, que se propone revolucio-
nar el medio más potente de
expresión del pensamiento hu-
mano: la imprenta. Con este in-
vento, la composición fotoeléc-
trica es ya una realidad. En lugar
de las letras fundidas en plomo
que, tradicionalmente, se em-
plean para imprimir la «Lumi-
type» fotografía el texto, letra
por letra, sobre una película y
lo dispone de forma que pueda
ser utilizado para su impresión
del modo que se desee. La ma-
rilla electrónica ha sido conce-
bida por dos ingenieros france-
ses y realizada en los Estados
Unidos.

El único inconveniente que en
el día de su presentación al pú-
blico tenía esta maravilla de la
invención francesa era su pre-
cio. Si algún visitante del Grand
Palais, al acercarse al represen-
tante comercial de la «Lumitype»
le hubiese preguntado:



—¿Cuánto valé, por favor?
El representante, sin mirar su precio en el catálogo, le hubiese contestado:

—Cincuenta millones de pesetas.

Claro está que, en su construcción industrial, su valor no excede del millón a millón y medio.

La «Lumitype» se asemeja a una simple mesa de despacho con una máquina de escribir eléctrica. El trabajo se realiza del medio más simple. Sobre el teclado de la máquina se pulsa el texto que se quiera componer. Cada vez que se apoya sobre una tecla, la letra correspondiente queda iluminada y su imagen se proyecta sobre el lugar que se le designa en la línea de la película fotográfica. Al fotografiar ocho caracteres por segundo, esta nueva máquina bate el récord de la más moderna linotipia moderna.

Ahí queda, pues, la «Lumitype», revolución en la imprenta, como tentación perenne para todos los propietarios de periódicos.

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

El espectro, además de ser una visión de la mente, constituye el fenómeno que se produce por la dispersión de la luz. Su estudio forma una de las ramas de la ciencia que más ha progresado últimamente y con la que se han obtenido en la práctica mejores resultados. Con el espectrógrafo es posible analizar cualquier tipo de sustancia y estudiar los elementos que la integran. Existe en Madrid, en el Instituto de Óptica «Daza de Valdés» el mayor espectrógrafo de Europa y uno de los mayores del mundo. El diámetro de su círculo mide unos 10 metros, respectivamente.

No hace mucho tiempo, el hijo de un empleado del Metro de Madrid, sufrió una fuerte intoxicación de arsénico. El tratamiento médico tenía que irse dosificando en relación con el grado de tóxicos existentes en el organismo. En descubrir este grado estaba la dificultad. Se recurrió al espectrógrafo, extrayendo muestras de arsénico de las ercias del niño y todo quedó aclarado.

Hará menos de un año que en el pueblo de Cazalla de la Sierra se produjo un gran alboroto. Los vecinos saltaron de alegría. ¡Oro, oro en las arenas del río! Un pastor aseguraba que había encontrado pepitas de oro junto al río del pueblo. Se trajeron muestras de arenas a Madrid. Y el espectrógrafo tuvo su última palabra. Unas palabras desalentadoras para los vecinos de Cazalla: «No es oro todo lo que reluce.»

El doctor Leonardo Villena, fundador y presidente durante varios años de la Asociación Nacional de Físicos de España, nos cuenta el último servicio del departamento de espectrografía del Instituto «Daza de Valdés»:

—España va en cabeza en los países exportadores de sal. Últimamente Islandia, que consume enormes cantidades, reclamó que la sal española poseía una composición química que impedía su utilización en la salazón, porque ennegrecía el pescado. En el Con-

sejo Superior de Investigaciones Científicas, recibimos unos paquetitos con sal de distintas partes de España. Estudiando el espectro, pudo comprobarse que la sal española poseía mejores condiciones que las de cualquier otro país.

MIOPIA NOCTURNA

Hasta 11.000.000 de colores distintos puede distinguir el ojo humano en condiciones normales. Hoy el color es objeto de una medida exacta, con una especificación matemática. El color verde, ideal para señales de tráfico, por ejemplo, vendría a especificarse de este modo: $x=0,125$, $y=0,512$. Una señorita que quisiera su vestido o su rebeca de un color determinado, a gusto de la consumidora, o un ama de casa que pidiese a la fábrica el mosaico que se le acaba de desprender en el cuarto de baño y que, de ningún modo desea que desentene de los demás, no tendría más que indicar por teléfono la fórmula matemática correspondiente y estaba servida. Sin más. Las señales de luces en los aeropuertos, ferrocarriles y carreteras está sometida a un Código internacional matemático de colores de luz.

Según el cómputo estadístico de otras naciones, en España existen unos 300.000 videntes que son ciegos totales para el color.

En una de las habitaciones en el departamento de Óptica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una habitación de paredes, suelo y techo negros, con una silla y un apoyo para la cabeza al fondo frente a unas señales luminosas, se ha terminado de explicar el fenómeno conocido con el nombre de «miopia nocturna». La explicación del fenómeno ha puesto a gran altura el grupo de Óptica de Madrid y muy especialmente a su director, profesor Otero.

Consiste la miopia nocturna en que el ojo normal, cuando hay poca luminosidad, al anochecer, o al crepúsculo, funciona como miope. El fenómeno fué descubierto en plena guerra mundial. Sus primeras consecuencias serían la corrección y nuevas construcciones en los aparatos destinados a observar durante la noche o en los crepúsculos. A España corresponde la gloria no sólo de haber descubierto entonces este fenómeno, sino de haber seguido en su estudio, hasta haberlo podido interpretar correctamente.

Junto a la estadística de españoles que no distinguen bien los colores, se da el porcentaje de ingleses que necesitan una buena corrección en la vista. Los números son estos: el 40 por 100 de la población inglesa lleva, o tendría que llevar, gafas. Sobre un total de 46 millones de habitantes, a más de 16 millones urge corregirse defectos en los ojos.

EL INSTITUTO DE ELECTRICIDAD

Bajo la dirección del ilustre catedrático de Física industrial de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, don José García Santesmases, desarrolla sus actividades en sus diferentes ramas el Instituto de Electricidad del Consejo Superior de Investi-

gaciones Científicas. Algunos de los laboratorios se hallan enclavados en los pabellones de la Ciudad Universitaria.

Quizá la actividad más importante, y sobre la que convergen las aportaciones de mayor número de colaboradores, sea la que se refiere a las máquinas calculadoras electrónicas, vulgarmente llamadas «cerebros electrónicos». Dada la importancia y eficacia que en la actualizar rinden estos «cerebros», por el gran número de sus aplicaciones, ha habido en España, por parte de los técnicos una gran preocupación por construir los tipos más adecuados a las necesidades. El Instituto de Electricidad ha seguido de cerca los progresos y la evolución de las modernas calculadoras y algunos de sus colaboradores han trabajado en los centros más importantes de Europa y América. Como resultado de esta preparación previa se ha cubierto en la primera etapa de un programa amplio el proyecto y la construcción del primer analizador diferencial electrónico, íntegramente realizado en los laboratorios de Madrid.

Este primer «cerebro electrónico» pertenece al tipo de calculadoras llamadas por los técnicos *analógicas*, en las que los números se encuentran representados por magnitudes físicas. El resultado físico corresponde con toda exactitud a la solución matemática buscada.

La calculadora construida es el resultado de un año de labor tenaz y sin desmayo por parte del personal que, bajo la dirección del profesor García Santesmases, ha intervenido en ella, teniendo a veces que vencer dificultades técnicas y económicas.

La utilidad práctica de este «cerebro» es incalculable: operaciones de cambio de signo, suma, multiplicación, división, integración y generación de funciones.

—¿Qué otras aplicaciones puede tener?

—Este analizador es particularmente adecuado para resolver problemas de ingeniería en que intervengan ecuaciones diferenciales. El estudio de la trayectoria de un proyectil, el comportamiento de los amortiguadores de un automóvil, la posición del cañón respecto al blanco que se está moviendo, las fuerzas que un avión ha de vencer para seguir una trayectoria prefijada, son ejemplos sencillos de problemas cuyo planteo matemático se reduce a la resolución de una ecuación diferencial o de un sistema de ecuaciones diferenciales resueltas con toda exacta prontitud por este «cerebro electrónico».

Las calculadoras digitales se han hecho imprescindibles. A ellas dedica el Instituto una atención preferente. Su aplicación es universal: el horario de los ferrocarriles con el importe de los billetes y el seguro sobre equipajes y viajeros, el precio óptimo de una mercancía, la estadística sobre distribución y consumo y hasta la probabilidad de ganar unas elecciones con más elegancia que acudiendo al viejo «pucherazo».

PRODUCTOS PLÁSTICOS

Hablamos con uno de los técnicos del Departamento de Plásticos del Patronato «Juan de la Cierva».

—¿Cuál cree usted que ha sido la principal realización práctica

en la investigación científica de estos materiales?

—Sin duda, y además de las ya conocidas, la que se ha conseguido al alcanzar una mezcla de estos productos con propiedades hidrófobas. Estas propiedades han permitido alcanzar un aislamiento total en los soportes de tendido eléctrico.

—Se han llevado a la realidad estos experimentos

—Basándose en esta mezcla, se han montado en plan experimental unas líneas telegráficas en Mahón y en Málaga. Por los resultados que hasta ahora conocemos pueden decirse que se ha conseguido un mejoramiento de diez veces más de su rendimiento.

Otro de los progresos en la industria del plástico es la fabricación de planchas transparentes, con su aplicación en las carrocerías de automóviles, difusores de luz, objetos de decoración y anuncios luminosos.

LA BATALLA DE LOS GASES

Don Antonio Camarasa, secretario del Instituto «Torres Quevedo», nos habla de los últimos adelantos de este centro de investigación y fabricación de instrumental científico. Una de las direcciones de este Instituto va directamente encaminada a facilitar el estudio y la investigación, dotando a los centros investigadores y de enseñanza del material necesario para su labor. En este sentido y en una de las amplias salas de este edificio de la calle de Serrano, hemos visto algo que ha de revolucionar necesariamente la pedagogía y métodos de enseñanza de las ciencias.

—Al viejo gabinete de Física —dice don Antonio Camarasa—, con material del pasado siglo, único medio, ya inutilizable, con el que contaban nuestros institutos y escuelas, sustituirá, con enormes ventajas; este equipo de enseñanza, que en una mesa-armario, de reducidas dimensiones, tiene todos los elementos necesarios para un completo estudio de mecánica, óptica y electricidad.

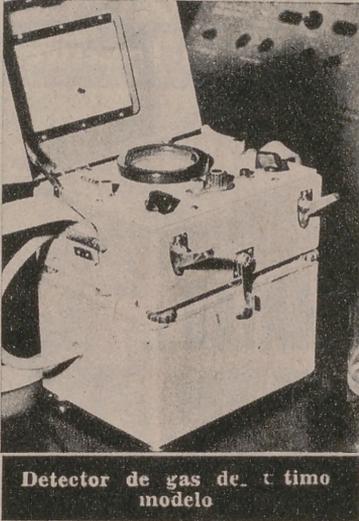
En la sala de exposición, entre infinidad de aparatos e instrumental científico que nos hablan del alto nivel de investigación en España, vemos el último modelo del moderno «detector de gases». Sus dimensiones y peso lo hacen fácilmente portátil. Su empleo está en la medición de los grados de peligrosidad de atmósferas explosivas. Todos sabemos que el grisú es la causa inminente de muchas muertes en las minas de carbón. El «detector de gases» significa la lucha contra este enemigo de los hombres que pasan las horas enterrados en una mina. Con una correa al hombro y en la parte delantera, el detector va indicando, en una escala exacta, la peligrosidad que puede presentarse por la presencia de grisú. En los almacenes de la Campsa y en las minas de Asturias este aparato simboliza ya el guardián de muchas vidas.

LOS CAMPOS DE AVIACION QUEDARAN ANTICUADOS

Don Emilio Novoa, director de la Escuela Oficial de Telecomunicación, nos recibe con su proverbial amabilidad y gentileza.

—Además de otros inventos que están llamados a hacer más fá-

cil nuestra vida, creo que es una gran revolución la que se prepara en la técnica con las aplicaciones pacíficas de la energía atómica, ya consagradas con la construcción de la primera central atomoeléctrica y el primer navío, el submarino «Nautilus», a propulsión nuclear, que permitirá disponer de reservas energéticas inagotables. Por añadidura, el gran milagro de la «pila incubadora», en la que un kilo de materia fisible genera trescientos kilos más de combustible nuclear.



—¿Cree usted, don Emilio, que la invención de «cerebros artificiales» es tan transcendental como afirman sus inventores?

—Desde luego. La introducción práctica de tales mecanismos anuncia la revolución industrial y social más importante que han podido contemplar los siglos. Hasta el extremo que los mismos sociólogos han llegado a sufrir una viva preocupación. Las fábricas sin operarios, en las que todas las operaciones mecánicas son realizadas a la perfección por máquinas reguladas por «inteligencias artificiales» de naturaleza electrónica, tendrán repercusión económica y política verdaderamente insospechada. El proceso de la evolución será, para un futuro muy inmediato, la reducción de la jornada de trabajo, quizá a no más de tres o cuatro horas diarias.

—¿Qué otra novedad considera usted dentro de la ciencia aplicada.

—Puede calificarse también de revolucionaria la que implica la puesta en servicio de los llamados «convertidores de definición» que han permitido, durante el mes de junio último, establecer intercambios de programas televisados, en las jornadas de «Eurvisión», entre todos los países occidentales de Europa, en cadena de seis mil kilómetros, con más de treinta millones de espectadores. Es el primer paso de organización para la televisión intercontinental.

Finalmente —sigue diciendo el director de la Escuela Oficial de Telecomunicación— la perspectiva de poder prescindir de los campos de aviación, por la introducción de aparatos que son capaces de despegue y aterrizaje completamente vertical. Esto nuevos aviones permiten el vuelo de dispositivos sin rotor, sin alas,

sin hélices, y sin más que unos mecanismos a reacción, apartándose de los métodos conocidos, basados en la imitación del vuelo de las aves.

EL APARATO DE RADAR ESPAÑOL

Desde un cuarto oscuro, en un cuarto piso del pabellón de Física y Matemática de la Facultad de Ciencias en la Ciudad Universitaria, hemos visto los montes de Gredos, las sierras del Guadarrama y despegar a un avión del aeropuerto de Barajas. Estamos en el Instituto de Electrónica, dirigido por el doctor Manuel Espinosa.

El doctor Schäfer explica el primer aparato de radar proyectado y construido con patente española. A nuestra vista aparecen dos prototipos con alcance real de cien kilómetros. El segundo tiene unas características especiales. Una mayor facilidad de montaje y el arrastre hidráulico de antena permite seguir automáticamente un blanco en movimiento en cualquiera de sus desplazamientos por medio de un controlador electrónico.

El mismo doctor Schäfer nos dice con cara de satisfacción:

—En el Congreso Internacional de Localización de Bremen, en mayo último, causó a quienes lo observaban una impresión sensacional. Nunca habían visto un aparato de radar semejante. Hoy ha sufrido aún algún perfeccionamiento.

En el mismo Centro de Investigación se construyen todas las piezas necesarias para el radar.

LA ROMANTICA RED DE CAZAR MARIPOSAS

La estampa del cazador o la bella cazadora de mariposas, con la romántica red, acaba de desaparecer. Signo de los tiempos. La red ha sido sustituida por un fusil de aire comprimido que caza, si no con tanta poesía como la idilica red, al menos con más eficacia. Porque la eficacia, en todos sus sentidos, hasta con una significación humanitaria y bellamente propagandística, es producto de una ciencia aplicada. Ahí están los almacenes de las calles de Preciados y del Carmen, de Madrid, que acaban de obsequiar a todos los peatones con una colección callejera, a cuyo amparo los madrileños contemplan, bajo un ambiente agradablemente cálido, los artículos del escaparate.

El fusil de cazar mariposas ha sido inventado por un geometra italiano, Paolo Covanna, que comenzó a interesarse por las mariposas cuando frecuentaba la escuela. Su maestro era un entusiasta entomólogo y premiaba a los discípulos que le traían insectos. La afición a los lepidópteros la unía Paolo a su vocación por la mecánica. El resultado ha sido éste: un fusil y un cuerno, adosado a la culata, para cazar mariposas.

Los entomólogos, los coleccionadores de insectos, están de enhorabuena. La humanidad entera también se sentirá feliz cuando la inventiva, el ingenio de los hombres y las horas de sacrificio y de estudio del científico tengan una exclusiva misión: la paz y la alegría de vivir.

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)

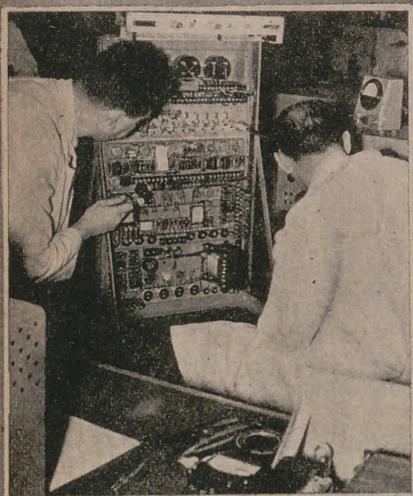
EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

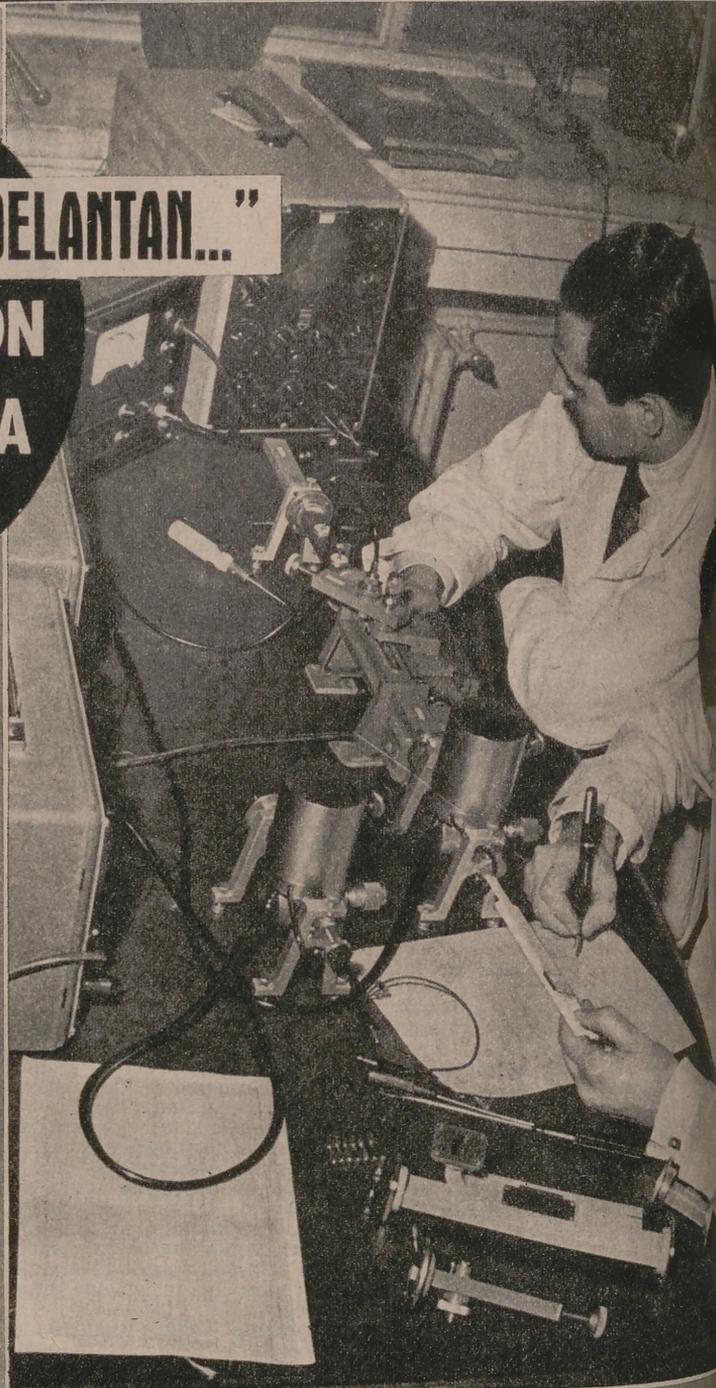
Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

"HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN..."

**LA INVESTIGACION
AL SERVICIO DE LA
HUMANIDAD**



En esta página, ofrecemos varios aspectos del trabajo científico en el Instituto de Electricidad del Consejo de Investigaciones. Abajo, una antena de radar construida en España



**EL GENIO INVENTIVO BUSCA NUEVAS FORMAS
PARA HACER MAS CONFORTABLE LA**

Vea página